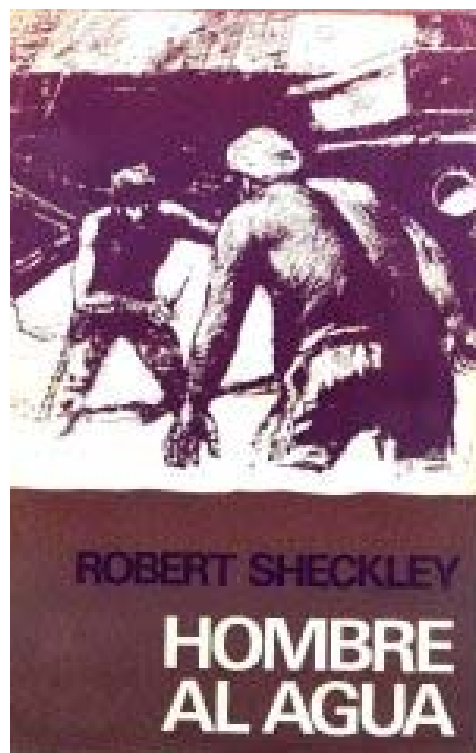


HOMBRE AL AGUA



Robert Sheckley

Título original: *The man in the water*

Traducción: Fernando Velasco

© 1962; Robert Sheckley

© 1971; Editorial Noguer. Colección Esfinge, nº 18

Edición digital de J. M. C. Febrero de 2003.

Contraportada:

Dos hombres se encuentran solos en un velero inmovilizado por la bonanza en el Mar de los Sargazos, a medio camino entre St. Thomas, de donde ha partido, y las Bermudas. Uno es un viejo lobo de mar, duro y astuto, el otro un joven sin carácter, débil y pusilánime, que sólo aspira a demostrar que no es una nulidad.

Su problema consiste en cómo demostrarlo. Y para ello, su mente enfermiza sólo concibe un camino: el del crimen. Sin embargo, para cometer un asesinato hace falta algo más que el deseo de ejecutarlo. Sobre todo cuando la realidad es irreal, alucinante y fantástica, y cuando la fantasía puede convertirse en realidad. ¿O es acaso una realidad ofuscada por la fantasía?

Con el mar como testigo, la calma enloquecedora, un sol de justicia y la negrura de la noche, los hechos se descomponen en un mosaico cuyos elementos se trastocan y superponen en una ausencia total de lógica y continuidad.

La alucinante y sobrecogedora historia tiene un ritmo espasmódico que no ofrece tregua al protagonista ni al lector, y cuyo final es de todo punto sorprendente y por lo lógico e inesperado a la vez.

El autor, Robert Sheckley, nacido en Nueva York en 1928 de una familia de emigrantes rusos, comenzó desde muy joven su carrera de escritor, destacando en seguida como uno de los más originales creadores de novelas de ciencia-ficción. En una de ellas se inspiró la película "La décima víctima", que dirigió Elio Petri y protagonizaron Úrsula Andress y Marcelo Mastroianni. Con HOMBRE AL AGUA, Robert Sheckley da realmente la medida de sí mismo.

PRIMERA PARTE

1

Si por lo menos pudiese poner en marcha el motor... Si lo consiguiera, lo habría resuelto todo para siempre. Aquel motor podía ser la vida o la muerte para él. Había de olvidar todos los demás peligros, al menos por el momento: tenía que poner en marcha aquel maldito motor, costara lo que costase.

Dennison se deslizó a lo largo del puente, sin hacer ruido, y descendió por la escalerilla, evitando el tercer escalón, que era inseguro. En la cabina la oscuridad era total. Apartó a tientas la escalera y la apoyó con cuidado sobre una litera. Detrás de la escalera estaba la masa fría e inerte del motor.

Lo primero, los tubos del carburante. El motor había estado parado mucho tiempo y todas las conexiones estaban atascadas. Dennison tenía que arreglarlas todas, una por una, dejarlas en perfecto estado, si quería que el motor se pusiera en marcha.

Lo primero, los tubos del carburante. Dennison se sentó en el volante y tocó el carburador. Sus dedos hallaron el conducto del carburante y lo siguieron hasta la primera válvula. La abrió, luego se inclinó sobre el motor y siguió a tientas el conducto hasta que llegó a la segunda válvula, cerca del depósito. También la abrió.

Hasta ese momento todo había ido bien. Pero ahora tenía que encontrar la válvula de la toma de agua.

Debía de estar a estribor, detrás del motor, paralela a la bomba de agua. Los contraídos dedos de Dennison rozaron el motor, moviéndose en la oscuridad como las patas de una tarántula peluda, más allá de las bujías, más allá del generador, más allá de la descarga. Dennison avanzó un poco más. Sus dedos encontraron la bomba de agua y siguieron el delgado tubo hasta que hallaron la válvula. Trató de abrirla.

Estaba agarrotada.

Haciendo un esfuerzo por dominar el pánico, ejerció mayor presión sobre la pequeña rueda de acero. La válvula no cedía. Tal vez hubiese podido dominarla con un destornillador, pero a lo mejor se partía. Y ¿por cuánto tiempo funcionaría el motor, sin la refrigeración del agua?

Luego tuvo la sospecha de que había manipulado la válvula en sentido equivocado. Intentó girarla en sentido opuesto y, a los pocos instantes, la válvula cedió.

Hasta aquí todo había ido bien. No tenía que dejarse llevar por el nerviosismo, esto era todo. ¿Qué era aquel rumor?

Era sólo un crujido de las tablas del puente. Calma. Pon ahora en marcha el motor.

Apretó los dientes y se esforzó en recordar lo que seguidamente tenía que hacer. El interruptor de la batería: sí, era eso. Lo encontró hacia babor y lo manipuló. Luego sus dedos tocaron un objeto liso y alargado, un objeto que estaba en el aire y, al tacto, parecía una serpiente. Retrocedió bruscamente y se dio un golpe en el codo con el volante. ¡Una serpiente! Y ¿cómo diablos podía haber subido a bordo? A bordo de una embarcación eran frecuentes las ratas y los escarabajos, pero ¿una serpiente?

Sí, podía suceder. Oyó decir una vez que había subido una a bordo de un buque, que pasó por la toma de agua que se había quedado abierta. Esta vez podía haber ocurrido lo mismo.

Pero no, la toma de agua estaba protegida por una red metálica; él mismo lo había comprobado. Era posible que la serpiente hubiese subido a bordo por cualquiera de los tubos.

Empuñó el cuchillo y atacó cautamente las tinieblas, allí donde debía de hallarse la serpiente. La hoja dio en algo liso que retrocedió de un salto.

¡Una serpiente!

Era mejor largarse de allí.

Pero la serpiente estaba entre él y la escotilla. Hubiese podido salir a través de uno de los portillos de proa, pero era muy posible que la serpiente estuviera deslizándose hacia él. Tenía que saberlo seguro.

Sacó una cerilla del bolsillo y la encendió. Y la serpiente estaba allí, junto al motor, con la cabeza chata y brillante sobre las espiras del cuerpo negro, presta a lanzarse.

Pero no era una serpiente. Dennison comprobó que se trataba de uno de los gruesos cables que iban de la batería al motor. Se había desprendido del electrodo y quedado tieso en el aire, negro y retorcido, fijado sólo en el motor. Probablemente se habría soltado mientras la embarcación se balanceaba violentamente.

Fijó el extremo del cable al electrodo. Era demasiado lento. Necesitaba unas tenazas y una llave inglesa para asegurarlo sólidamente. Pero no sabía dónde encontrarlas. Y el motor ¿se pondría en marcha aunque estuviera flojo un cable de alimentación?

Probablemente no. Tenía que conservar la calma. Por ahí habría unos alicates.

Se le apagó la cerilla y Dennison oyó un nuevo rumor.

Es mi imaginación, se dijo, sudando en la cabina a oscuras, saturada de aire viciado. El encuentro con aquella serpiente imaginaria le había despertado de nuevo un feroz dolor de cabeza.

Oyó una driza golpear contra el palo mayor. Algo blando se arrastraba por el puente. Buscó a tientas, y sus dedos encontraron unos alicates. Estaban oxidados, pero aún se cerraban y abrían. Frenéticamente fijó el extremo del cable. ¡Hecho!

Oyó sobre su cabeza crujir las tablas del puente y las drizas golpear contra el mástil. Las velas restallaron rabiosamente y la embarcación escoró bajo una repentina ráfaga de viento. El foque se tensó de pronto. Pero ya el motor estaba a punto. No se tomaría la molestia de dejar en su sitio la escalerilla: subiría al puente encaramándose sobre el volante. Arriba...

¡Maldición! Había olvidado la palanca del cambio...

La veía mentalmente: una barra de bronce, de unos noventa centímetros de largo y ocho de ancho y de un espesor de un centímetro o poco más, que se colocaba en la adecuada hendidura, en el pavimento de la cubierta de popa. Sin aquella palanca no podría embragar.

¿Dónde estaría la condenada? Por su mente pasaron, fulminantemente, todos los escondrijos de la embarcación, los más extraños. La palanca podría estar en cualquiera. No había esperanzas de encontrarla a tiempo. Estaba perdido. ¡El destornillador!

¡Claro! Estaba volviéndose estúpido. El enorme destornillador podría adaptarse perfectamente a la hendidura, como la palanca de bronce. En algunas embarcaciones se usaba habitualmente un destornillador, en lugar de una barra de bronce, que costaba demasiado. ¿Por qué no lo había recordado en seguida?

Tomó el destornillador y trepó al puente. Una ligera brisa agitaba las velas lo suficiente para hacer crujir los mástiles. La luna, en cuarto menguante, fulgía aún. Bajo aquella luz fría, Dennison escrutó atento el puente, las sombras de la cubierta de popa, detrás del mástil, incluso hasta el bauprés, detrás del cabestrante.

Todo estaba en orden. El capitán James no había aprovechado la ocasión para subir a bordo.

Ahora bastaba con poner en marcha el motor. Si el motor funcionaba, se habría salvado. Descendió a la cámara y se ocultó tras los mandos. Movié la palanca del acelerador a un tercio; metió el destornillador en la hendidura, y se aseguró de que estuviera en punto muerto. ¿Había algo más? ¿Había olvidado algo?

No había olvidado nada. El motor tenía que funcionar. Pero no podía dejar de pensar en todas las averías que podía tener un motor marino: sedimentos en el depósito del carburante, agua en el

carburador, baterías casi descargadas, bujías casi consumidas. Además, había las averías que se producen con menos frecuencia: una bobina suelta, un muelle Bendix agarrotado, atascado los pistones, corroído el relai del arranque, la toma de agua obstruida por las algas...

Decidió no pensar. Tenía que funcionar aquel maldito motor. Conteniendo la respiración, se inclinó hacia adelante y apretó el pulsador de la puesta en marcha.

2

Dennison estaba encendiendo el fuego, cuando vio a dos australianos que subían por la colina. La noche antes había descubierto la pequeña embarcación de dos palos, un tosco queche, mientras maniobraba para entrar en el puerto, enarbolando una bandera australiana, tan grande casi como la vela de mesana. Dennison los había observado mientras hacían la policía del puente e izaban la bandera amarilla de la cuarentena.

Ahora los dos estaban subiendo la colina: eran jovenzuelos altos y bien plantados. El más alto tenía una gran barba rubia y los cabellos casi blanqueados por el sol: parecía un vikingo. El otro, también más de metro ochenta, tenía los cabellos de color rubio arena, y parecía el medio centro de un equipo universitario. Vestía sólo pantalones cortos y sandalias, y su bronceado era de un color pardo rojizo. Tenían tóraces anchos y vigorosos, y poderosos hombros, bíceps y antebrazos. Ambos trascendían una extraordinaria fuerza física y excelente salud.

Su presencia bastó para intimidar a Dennison, que era un hombre de estatura media y más bien delgado.

—¿Qué hay? —preguntó el barbudo, con voz apacible y aguda que sonaba un poco extraña en un coloso como él—. ¿Te preparas un poco de forraje?

—Colación —repuso Dennison.

—Bueno —dijo el otro—. Frutos del árbol del pan, ¿eh?

—Sí. Y peras.

—En las islas Maurizius vivimos casi exclusivamente de frutos del árbol del pan —dijo el barbudo con su voz aguda—. Una vez tostados no resultan tan mal.

—Y si le echas un poco de zumo de limón encima... —añadió el otro.

—Acomodaos —dijo Dennison—. Pero tened cuidado de un hijo de buena madre que anda por ahí armado de una escopeta. Es el propietario de este terreno.

Habló con el tono profundo y cordial, de hombre a hombre, que usaba siempre con los tipos forzudos. Los australianos aceptaron con un movimiento de cabeza. El barbudo dejó en el suelo un viejo foque que llevaba bajo el brazo.

Dennison le echó una ojeada.

—Me parece podrido.

—Lo está —repuso el bajo—. El sueco iba a tirarlo para que el moho no atacase también a las demás velas. Entonces Alex y yo nos lo quedamos.

—¿Y para qué sirve? —preguntó Dennison—. Se romperá al primer soplo de viento.

Comenzaba a adquirir un levísimo matiz de acento australiano.

—Como vela no vale nada —dijo el bajo—. Pero tiene los anillos de bronce, ¿lo ves? Y un cable de acero inoxidable. Los quitaremos y nos los quedaremos. Y luego, cuando consigamos encontrar un poco de tela resistente, fabricaremos un foque nuevo.

—Bueno —observó cordialmente Dennison—. Sois australianos, ¿verdad?

—Sí.

—Yo también lo soy, de más allá. Sidney. Port Moresby.

—No me digas —exclamó Alex, el barbudo—. Los dos somos de una tierra a doscientas millas al sur de Wyndham. Una vez estuvimos en Sidney, ¿verdad, Tom?

—Condenadamente ruidosa —comentó Tom.

—Y bonita. Desde niños trabajamos en la cría de ovejas. Es increíble lo que uno se puede aburrir con las ovejas.

—Aburrir mortalmente —dijo Tom—. Por tanto decidimos irnos por ahí a ver mundo, antes de hacer nada. No tenemos mucho dinero, y Alex ha construido un barco.

Alex enrojeció hasta la raíz de los pelos de la barba.

—El barco lo construimos juntos, Tom.

—Yo te eché una mano en la tablazón —repuso Tom—. Pero fuiste tú el que pensó en lo más difícil, y en el ensamblaje.

Eran dos jovenzuelos muy modestos, observó Dennison un poco sorprendido. Si él hubiera sido tan alto, fuerte y musculado como aquellos dos, se habría dado mucho postín.

—¿Y qué tal vuestro barco?

—Muy bien —repuso Alex—. Lo construí sin planos, y he tratado de lograr que se parezca a esas embarcaciones de velas cuadradas que usan los pescadores de perlas. Pero al proyectarlo debo de haber

cometido algún error, porque sotaventea un poco y hay que estar siempre con los ojos muy abiertos. Pero quizás una mesana mayor fuera suficiente para arreglar las cosas.

—Hicimos un buen viaje hasta las Mauricius —dijo Tom—. Luego nos detuvimos en la Reunión y después en Durban. Nos hubiera gustado detenernos un poco en Madagascar, pero no teníamos dinero.

—Los sudafricanos fueron muy amables —comentó Alex—. No nos permitieron pagar nada. Nos dieron de comer y ropa. Un círculo local nos pintó gratis la Monsoon. El Yatch Club nos regaló una vela de estay completamente nueva. La nuestra ya estaba hecha tiras al sur de Madagascar.

—Casi habíamos decidido quedarnos en Durban —añadió Tom.

—Pero no nos quedamos —replicó Alex—. Teníamos la intención de dar la vuelta al mundo, más o menos, y así doblamos el cabo de Buena Esperanza. Luego remontamos la costa occidental de África. Una parte de costa muy desagradable. Después llegamos a las islas de Cabo Verde.

—Allí la vida es carísima —comentó Tom—. Teníamos en la cabeza la idea de llegar hasta Inglaterra. Faltó poco para que tomásemos a bordo a una pasajera de pago, pero luego cambió de propósito. Así atravesamos el Atlántico y llegamos aquí. ¿Puedo tomar un poco de fruto del pan?

Comieron peras y frutos del árbol del pan, en silencio. Luego Tom dijo:

—¿Port Moresby?

—Sí, en el cuarenta y ocho —repuso Dennison con estudiada desenvoltura—. Huele que apesta. No me gustó nada —añadió con ese leve matiz de acento australiano.

Los dos asintieron. Acabaron de comer y se levantaron.

—Ahora tenemos que irnos —dijo Alex—. Hemos de buscar algún trabajo para ganar unos dólares.

—Es casi imposible —contestó Dennison—. Creedme, lo he intentado.

—Lo sé —repuso alegremente Tom—. Pero lo intentaremos. Echaremos una ojeada a la ciudad y luego nos iremos a pescar. ¿Y tú?

Dennison se encogió de hombros.

—Yo quisiera poder irme de esta maldita isla.

—He oído decir —dijo Tom— que un norteamericano acaba de comprar un queche precisamente aquí. Esa embarcación de quince

metros que estaba anclada cerca del muelle de la Guardia Costera. Me parece que está buscando a alguien dispuesto a navegar con él hasta Nueva York.

—¡Nueva York! —dijo Dennison—. ¡Mi ciudad!

—He oído decir que buscaba tripulación —dijo Alex—. Luego volverá al Caribe en busca de pecios sumergidos.

—¿Por qué no va a verlo? —preguntó Tom—. Es el capitán James. Parece que es un tipo bastante pintoresco. Tal vez sea divertido navegar con él.

—Iré a verlo.

—A propósito, esta noche celebramos una fiesta. Un par de amigos nos han ofrecido llevar bebidas. Ve tú con nosotros.

—Iré —repuso Dennison.

—Es posible que vaya también James. Y casi todos los muchachos del puerto. Ve cuando quieras, al anochecer.

—Iré —repitió Dennison—. Buena suerte.

Siguió con los ojos a los dos australianos que se alejaban con los hombros desnudos, que brillaban al sol como si fueran de bronce dorado.

Ser como ellos...

Dennison suspiró. Se secó la boca con la camisa hecha jirones. Nueva York...

En Nueva York vivía su hermana. Podría conseguir que le prestara dinero, una buena suma. Si se lo pedía por carta no se lo mandaría, pero si iba a pedirselo personalmente, sería distinto. La verdad es que ella no se lo negaría. Y con algún dinero en el bolsillo iría a City Island y encontraría un yate que se dirigiera al sur. O incluso podría volver con James.

Luego, cuando regresara allí con un buen fajo en el bolsillo, las cosas serían distintas. Podría asociarse con James para ese trabajo de recuperación de pecios. Fuera como fuese, tenía buenas perspectivas: un schooner para transportar mercancías, una escuela de esquí acuático, la navegación charter para turistas, o además un trabajo de recuperación, pero propio. El Caribe ofrecía muchas posibilidades.

Iría a ver al capitán James y aceptaría ir a Nueva York con él. Por fin cambiaba el viento. ¡Menos mal! Después de meses de calma chicha, finalmente sucedía algo. Y así seguiría, se prometió Dennison.

Se levantó, se metió entre los pantalones los jirones de la camisa y decidió ir a la ciudad. Faltaban casi cuatro horas para el anochecer. Mientras tanto podría encontrar algo en el caso de que James no lo aceptara. En el fondo, era absurdo basarlo todo en la

posibilidad de regresar a Nueva York. Quizás encontrase algo mejor. Cuando la rueda de la fortuna gira, suelen presentarse docenas de oportunidades y se puede elegir. La puerta de las buenas ocasiones se abría, y uno se siente entonces de nuevo un ser humano, en lugar de un triste elemento de un paisaje tropical.

Bajó por la empinada y polvorienta carretera que conducía a Charlotte Amalie, pasó ante las barracas miserables de los indígenas, los grandes almacenes de vinos, las tiendas de platería y porcelanas, y llegó a la ferretería de Heikkla.

Había dentro una fresca penumbra. Heikkla estaba haciendo un complicado nudo con un cabo. Lo hacía a menudo, por cuenta de individuos que no eran capaces de hacer bien un nudo. Era flaco y calvo. Levantó los ojos cuando vio a Dennison, y suspiró.

—No tengo nada para ti —dijo inmediatamente—. Ya te lo he dicho.

—No quiero nada —repuso alegre Dennison.

—¿Por qué no te largas de St. Thomas?

—Búscame tú el modo de irme.

—Lo he encontrado —respondió Heikkla—. Hay un pequeño carguero que necesita un primer oficial que pueda trazar una ruta. Primer oficial, piénsalo, Dennison. Zarpa para las islas de Sotavento, con una carga de cemento y madera.

—Sospecho que sería el único blanco a bordo —observó Dennison.

Heikkle se encogió de hombros.

—¿Y qué? Creía que querías irte de St. Thomas.

—Pues claro. Pero no quiero encontrarme en tierra en Santa Cruz o en Antigua. ¿Cómo se llama esa bañera?

—Lucy Bell. Ahora está anclada en el muelle de la ciudad.

—Es una idea —dijo Dennison. Ahora estaba seguro de que la fortuna había cambiado—. Lo pensaré. Pero tengo en perspectiva algo mejor.

—¿Qué es?

—Un viaje hasta Nueva York, donde podré hacerme con un buen asunto. En Nueva York tengo amigos. ¿Con quién jugarás al ajedrez cuando yo me haya ido, viejo?

—No hay muchos jugadores de ajedrez en esta isla —repuso Heikkla—. Pero Nueva York... Estamos en octubre, Dennison. Llegará en pleno invierno. He oído decir que hace un frío de perros.

—¿Y qué?

—Tal vez fuera mejor que aceptaras el puesto de primer oficial a bordo de la Lucy Bell. Estás en los trópicos desde hace mucho tiempo. ¿Cómo te ha dado la venada de pasar el invierno en Nueva York?

—No es que me tire demasiado. Es ese asunto que me espera.

—Bueno —dijo Heikkla con tono dudoso—. Si estás tan seguro de procurártelo...

—Claro que puedo procurármelo. Precisamente por esa razón quiero irme a esa maldita ciudad.

—Entonces, ¿te vas de veras?

—Sí.

En la penumbra de la tienda Heikkla vaciló.

—¿Estás otra vez sin blanca?

—Sí —repuso Dennison con un vago acento finlandés.

—Toma —Heikkla le dio un billete de un dólar muy sobado—. Echaré mucho de menos nuestras partidas de ajedrez.

—Yo también —dijo Dennison—. Mil gracias. Si cambio de idea y me voy a la Lucy Bell, te lo haré saber. ¿Cuándo zarpa?

—Dentro de un par de días, una semana todo lo más.

—Te diré algo. Gracias una vez más.

Cuando estuvo en la calle, Dennison se congratuló consigo mismo por su desenvoltura. Pero esos finlandeses eran precisamente unos sentimentales.

Ahora tenía dos posibilidades de irse de St. Thomas. La fortuna cambiaba de veras. ¡Primer oficial de la Lucy Bell! Dos buenas ocasiones: ¿se presentaría la tercera? Y además tenía un dólar, lo suficiente para una buena comida a base de carne. Y aquella noche había fiesta. Sería cosa de locos: conocía bien a los australianos. La situación era realmente prometedora.

3

Desde el Yatch Club, Dennison podía ver embarcaciones de una docena de nacionalidades atracadas en los muelles o ancladas en el puerto. Después de la estación de los huracanes, casi cada semana llegaban y salían nuevos barcos. St. Thomas era un puerto muy popular entre los apasionados por el yachting.

Llegaban de todas partes: descendiendo al sur, fuera de la corriente del Golfo, de Boston o de Nueva York, o bien haciendo etapas en cada isla de oriente a occidente, a través de las Bahamas, Cuba, Haití y Puerto Rico. Casi todos los barcos que llegaban de

Europa preferían la conocidísima ruta meridional, que tocaba primero en las Canarias y después en el Caribe. Algunos buques descendían aún más al sur, en busca de los vientos alisios, atravesaban el Atlántico y llegaban a Trinidad o Barbados, y luego hacían ruta al norte, a lo largo de la cadena de las Pequeñas Antillas. Alguno atravesaba el Atlántico septentrional, como habían hecho Gerbault y Barton. Poquísimos elegirían la ruta más breve y peligrosa que tocaba Groenlandia y Terranova.

De cualquier lugar que llegasen y a cualquier sitio que fueran, muchos barcos recalaban en el puerto franco de St. Thomas.

Aunque conocía de vista y por el nombre todas las embarcaciones ancladas en el puerto, Dennison no había subido jamás a bordo de una de ellas. El pase de visita, indispensable para ricos y para pobres, era el disfrute de un barco. El que no lo tenía no lograba nada, y sólo un golpe de suerte podía conducir a uno a bordo del sueño flotante de alguno. Si, en cambio, poseías una embarcación (bastaba un armatoste de seis metros de eslora) valías lo mismo que una estrella de cine propietaria de un schooner de treinta metros, o como un industrial jubilado con su gigantesco motor-sailor recargado de trastos mecánicos de toda clase. Cabía, acaso, que fueras más importante.

Dennison comprendía a los veleros y los amaba. Había crecido en Amityville, en la orilla meridional de Long Island, y su primera embarcación había sido un dinghy. Luego había tenido un sloop. Cuando frecuentaba las escuelas superiores (sus padres vivían aún en aquellos tiempos) había poseído un pequeño cat-boat deportivo. Por dos veces había formado parte de una tripulación en la competición de las Bermudas; y una vez, poco antes de entrar en filas, había sido enrolado para conducir un yol a lo largo de un canal navegable, el Intracoastal Waterway, de Thunderbolt, Georgia, a Fort Lauderdale, Florida.

¡Aquella sí que había sido una gran experiencia! Fue como poseer un barco enteramente suyo. Es más, incluso fingió que era realmente suyo. Y, en su calidad de propietario, en los puertos de la ruta se había mezclado con los demás propietarios, ricos y pobres. Había sostenido muchas agradables discusiones técnicas sobre varios muelles, y una vez lo invitaron a tomar una copa a bordo de un lujoso crusier con camarotes.

Aquel viaje le había abierto los ojos. Poseer una embarcación significaba tener una patria, una posición social, una ocupación, una aureola de sólida virilidad y la sensación de pertenecer a un círculo exclusivo. Si poseyera una embarcación, todos los demás propietarios de buques serían sus hermanos. Si no la tenía, no lo sería nadie.

Años después de lo de Corea, Dennison había intentado muchas veces adquirir un barco, pero siempre le había faltado el dinero necesario.

Conocía casi todos los buques que estaban en el puerto, porque los chismes sobre los yachtmens eran interminables en la pequeña St. Thomas. Desde el muelle podía ver el nuevo diez metros sueco, llegado de Goteborg llevando a bordo dos hombres de mediana edad. Uno de ellos había tenido que ser hospitalizado a causa de un envenenamiento con alimentos en malas condiciones; su compañero, que andaba a la cuarta pregunta, estaba intentando, aunque haciendo de tripas corazón, vender el barco. Junto al buque sueco estaba amarrado un modelo en grande de la famosa Spray de Joshua Slocum: el propietario era un exfabricante de material eléctrico, y en su compañía navegaban la mujer y un amigo. Luego estaba el viejo sloop del tipo Friendship, anclado no lejos del muelle de la Guardia Costera. Lo había llevado hasta allí un jovenzuelo que se llamaba Tony Andrews, con la ayuda de dos amigos. Pero los dos amigos lo habían plantado en St. Thomas: habían pensado que ya estaban hasta las narices de los cruceros oceánicos. Tony tenía la intención de continuar, aunque era difícil para un hombre solo maniobrar la gran vela mayor. Había, además, otro pequeño sloop, de la clase Vertua, de quince metros de eslora, que había llegado de Inglaterra; el propietario era un hombre barbudo, de cara impenetrable, y tenía una mujer muy bonita. Más allá había un cúter desvencijado, llegado de Nueva Escocia. El propietario tenía la intención de llegar hasta Tahití; pero llevaba ya tres años en St. Thomas, se pasaba el tiempo reparando motores y dínamos y parecía que no tenía el menor deseo de hacerse a la mar. Había también un escritor norteamericano, que vivía a bordo de un yol de construcción española anclado en el muelle norte. Era un hombre flaco, quejumbroso, muy apegado a sus propias convicciones. Escribía una cantidad enorme de cuentos y todos los días iba en bicicleta hasta la oficina postal de St. Thomas para ver si había llegado una carta de aceptación de su obra. Cuando le devolvían las narraciones (y siempre era así), su humor, que solía ser agrio, se hacía negrísimo. No tenía evidentes fuentes de ingresos, pero parecía que nunca iba corto de dinero.

El día anterior había llegado un gran yol argentino de los que tomaban parte en competiciones. Un bergantín, llegado de Antigua, estaba repostando agua y se disponía a hacerse a la mar al alba. También estaba en el puerto el viejo schooner de carga del capitán Finnerty, llegado de St. Maarten.

La fiesta ya había comenzado: Dennison consiguió ver a mucha gente a bordo del queche australiano. El escritor norteamericano le dio un pasaje con su dinghy.

La fiesta había comenzado en sordina. Los dos enormes australianos conversaban cortésmente con los invitados. Circulaban de producción local, aportado por los huéspedes más solventes. El breve crepúsculo tropical cedió rápidamente el lugar a la noche.

Llegó más gente, que llenó hasta lo inverosímil la cubierta de popa del queche. Se encendió un farol de querosén y se colgó del palo de mesana: lanzaba sobre la embarcación una luz amarilla suave. Los huéspedes se sentaban donde podían. Los australianos estaban encaramados en el cobertizo y balanceaban las piernas desnudas sobre el camarote lleno de gente.

Llegó luego Tony Andrews, de Beddford: era alto y robusto, casi tanto como el más membrudo de los dos australianos, y, para aquella ocasión, se había peinado escrupulosamente. El capitán del bergantín compareció para beber algo, después de haber acompañado a la ciudad a los turistas que llevaba a bordo, a escuchar la steel-band importada de Trinidad. Un francés, con el sombrero encasquetado, se enzarzó en una discusión con el sueco sobre las ventajas de una vela mayor sin botavara. Comenzaron a citar varios precedentes: Marin-Marie la había utilizado con resultados excelentes cuando atravesó el Atlántico con la Winnibelle. Era cierto, pero también había que acordarse de la desventurada experiencia del capitán Olson con el Loki, que estaba aparejado precisamente de este modo.

Todos hablaban de cosas marineras. Su razón de existir era la navegación oceánica. Discutían los riesgos de su actividad, las mejoras que aportar a los aparejos, los caprichos del tiempo y del viento, los errores que había en los mapas náuticos y en los manuales, el modo mejor de atravesar las zonas de las bonanzas ecuatoriales, y lo que se debía hacer en caso de huracán.

Dennison escuchaba ávido: se hallaba en su ambiente.

El francés y el sueco estaban perfectamente de acuerdo por lo que se refería a los huracanes. Estaban convencidos de que la única solución, si los pillaba un huracán, era arrojar un ancla flotante. El inglés, que hasta aquel momento no había dicho una sola palabra, declaró que jamás tomaría a bordo uno de aquellos malditos trastos.

—Leed a Errol Bruce —dijo—. La única solución en caso de huracán es precederlo.

Los australianos, que navegaban pasablemente, sin pensar demasiado en teorías, declararon estar de acuerdo con él. Una vez habían intentado lanzar un ancla flotante. Era un regalo del Yatch Club de Wyndaam. La arrojaron durante un huracán en el sur. Y aquel maldito trasto se había hundido. Empezaron de nuevo por el principio. Esta vez el ancla comenzó a flotar inútilmente en la superficie. Arrojaron lastre y volvieron a probar. Esta vez el ancla

funcionó como debía, pero estuvo a punto de cargarse el timón. Por último, el ancla flotante desgastó el cabo y el revestimiento del cable y se fue a la deriva, después de haber roído un profundo surco en la borda: y allí estaba el surco por si alguien quería verlo.

—Eso es —dijo el capitán del bergantín, Tomlinson, que era considerado una autoridad en lo que se refería a navegar por aquellas aguas—. El ancla flotante le fue muy bien a Voss, porque su Tilikum no tenía quilla. Pero esos malditos chismes son inútiles para embarcaciones como Dios manda. Hay que preceder al huracán, a mi entender, y asegurar a quien esté al timón con un cabo atado a la cintura.

—Menuda pejiquera —observó el francés—. ¿Cómo se hace virar un barco con un cabo atado a la cintura, que se enreda por todas partes?

—Pero puede evitarse la triste experiencia de irse de cabeza al agua —dijo el capitán del bergantín.

—Lo comprendo cuando se está solo a bordo —repuso Tony Andrews—. Pero un hombre no debería nunca caer al agua. Y si cae, su compañero puede subirlo a bordo.

—¿Usted cree? —preguntó el escritor—. No siempre es tan fácil, permítame que lo diga. ¿Recuerda aquella competición en Honolulu, cuando aquel fulano cayó al agua con un salvavidas? Todos los barcos que andaban por allí se lanzaron a buscarlo, incluso aviones. Emplearon nada menos que veinticuatro horas para encontrarlo: iban a suspender la búsqueda.

—Es cierto —intervino el sueco—. Y yo recuerdo cuando uno de mis hombres cayó al mar desde mi Thor, en el Shagerrak. El viento soplaba a treinta nudos, pero las olas no superaban el metro y medio o el metro ochenta. Hice girar inmediatamente el buque cuando lo oí gritar, y poco faltó para que me cargara un palo. Y además, cuando viré, no conseguí verlo. En un mar con la espuma y las olas que no llegan apenas a metro y medio, yo no lograba gobernar con ráfagas de cuarenta nudos, tratando al mismo tiempo de encontrar a un naufrago. Las adelanté, retrocedí y lo descubrí. Pero me empujaba un viento demasiado fuerte, y él no logró alcanzar el barco a nado. Le eché un salvavidas y se agarró a él, pero el salvavidas era blanco y no conseguía distinguirlo entre la espuma.

—¿Y consiguió por fin izarlo a bordo? —preguntó Dennison.

—No. Encontré el salvavidas. Probablemente las olas se lo habían arrebatado. Estuve por aquella zona durante todo el día e incluso lancé un llamamiento por radio. Hallaron su cuerpo más tarde: había sido arrojado a la orilla, cerca de Havstenssund.

Durante unos instantes todos permanecieron en silencio. Luego Finnerty dijo:

—Creo que las sondalezas de seguridad son algo bueno. Pero si de veras uno no quiere correr riesgos, que se quede en tierra. A mi entender, tiene razón el capitán James. Dice que si un hombre no es capaz de estar a bordo de su barco, puede irse al diablo: merece ahogarse.

—¿Dónde está el capitán James? —preguntó Alex—. No veo su queche.

—Está al otro lado de la isla, en el muelle de la ciudad —repuso Finnerty—. Está cargando provisiones. Dijo que quizá no pudiera venir a la fiesta.

—Esperaba que viniese —dijo Alex—. Este hombre quiere ir a Nueva York con él.

El viejo Finnerty, que tenía la barba gris y un bronceado de color caoba, miró a Dennison.

—Bueno —dijo—, si te embarcas con el capitán James trabajarás duro, sin duda. Es un tipo que no tiene contemplaciones ni con él mismo ni con los demás. Pero navegarás como un verdadero hombre y con un marinero de veras.

—Yo también he oído decir esto —dijo Dennison, que no sabía casi nada de James—. ¿Hace mucho que lo conoce?

— ¡Oh, sí! —repuso Finnerty—. James y yo fuimos oficiales a bordo del tres palos Star of the Ocean, que acabó por irse a pique ante el cabo de Hornos. Supongo que todos ustedes habrán oído hablar del capitán James.

Finnerty miró en torno suyo.

—¿No? Bueno, no está en el Caribe desde hace mucho tiempo, pero es famoso en África e Indonesia y en las costas de la China meridional. Sí, y también en Sudamérica, y en las islas de la Melanesia, en el Pacífico. James es un gran aventurero auténtico. Uno de los últimos de su raza, caramba.

—No creo que la raza se esté extinguiendo —observó el escritor con una sonrisita—. Creo que la definición «gran aventurero» puede aplicarse a muchos de los presentes.

—No en el sentido en que yo lo entiendo —replicó Finnerty—. Todos navegamos con nuestros buques y algunas veces es un trabajo peligroso. Algunos de nosotros han escalado montañas o cazado tigres o luchado en la guerra. Son actividades condenadamente peligrosas y yo no quiero en modo alguno minimizarlas. Pero eso no significa ser un gran aventurero, no quiere decir que sea como el capitán James.

—¿Por qué? —preguntó el escritor.

—Porque él pertenece a una raza especial —replicó Finnerty.

—No entiendo.

Finnerty se rascó la cabeza.

—No sabría cómo decirlo. James acaba siempre por encontrarse en el lugar más expuesto; quizá no me explico bien... James ha combatido en casi todas las guerras de los últimos años. Ha sido buscador de oro en Nueva Guinea, ha mandado un schooner de carga en las Nuevas Hébridas, ha trabajado en el Senegal con los mercaderes de esclavos...

—Hay muchos aventureros de este tipo —contestó el escritor—. No hay miedo de que la raza se extinga. Es más, diría que se va multiplicando. Son tipos que vuelven a casa llevando fotografías de salvajes desnudos y de cumbres montañosas y escriben artículos para el True o para el National Geographic. Tienen la casa llena de pieles apestosas, cabezas momificadas, lanzas, recipientes hechos de calabazas...

—James es distinto —replicó Finnerty—. Los tipos a quienes usted se refiere no son grandes aventureros, son coleccionistas de souvenirs. Se guardan siempre las espaldas y juegan sobre seguro.

—¿Y James?

—Nunca juega sobre seguro. Los auténticos grandes aventureros están hechos así. Y suelen morir jóvenes.

—Entonces, ¿por qué James no ha muerto todavía? —preguntó el escritor.

—Dele tiempo —dijo Finnerty—. Es demasiado duro para morir fácilmente.

—Por lo general, todos los cazadores de gloria son tipos duros —observó el escritor.

—¡Usted no ha comprendido nada! —exclamó disgustado Finnerty—. James no busca la gloria. Se comporta de ese modo porque está hecho así. Eso es todo. Y no se considera ni un advenedizo ni un explotador ni un gran aventurero. Nunca piensa en sí mismo. Actúa como actúa, porque es así. ¿Entiende lo que quiero decir?

El escritor se encogió de hombros.

—Todos los hombres tienen una imagen idealizada de sí mismos. Es típico de la naturaleza humana, y James no puede escapar a la regla. Algo pensará de sí mismo.

—Y esto demuestra todo lo que ha comprendido usted —dijo Finnerty—. No me sorprende que nadie acepte sus cuentos.

Los dos hombres se miraron irritados. Tony Andrews se apresuró e intervenir.

—James me parece un tipo extraordinario. Eso es —dijo a Dennison—. Si tantas ganas tienes de partir, ¿por qué no te vas conmigo? Mis amigos me han dejado plantado y me iría bien una ayuda. No tienes dinero, ¿verdad?

—Exactamente —respondió Dennison.

—Igual que yo —replicó alegre Tony—. Pero tengo a bordo víveres en conserva para unas cuantas semanas y unos buenos útiles de pesca. Escucha, tengo la intención de dirigirme a Nicaragua. Allí están construyendo un dique. Podremos trabajar durante cierto tiempo, ganar algún dinero y largarnos.

Finnerty sacudió la cabeza y miró a Dennison.

—Navegar con el capitán James es una experiencia que no debiera dejarse escapar. Si te acepta, idiantre, sería tanto como navegar con Slocum! En tres semanas aprenderías más que en tres años solo.

El escritor sonrió, pero no hizo comentarios.

—Gracias por el ofrecimiento —dijo Dennison a Tony—. Te lo agradezco sinceramente, y lo pensaré. Pero, mira, el capitán James va a Nueva York y allí me espera dinero. Si fueras al norte...

—Nunca iré más allá del norte de Miami —respondió Tony—. ¡Caray, dentro de poco será invierno en Nueva York! ¡Y hará un frío de todos los diablos!

—Lo sé —contestó Dennison—. Mi intención es marcharme en cuanto tenga mi dinero.

—Pero sigue pensándolo —añadió Tony—. Mi ofrecimiento sigue en pie.

Dennison asintió. ¡Tres! Tres posibilidades, tres caminos entre los que podía elegir. La puerta estaba abierta, más bien desquiciada. Podía ir al sur con la Lucy Bell, al oeste con Tony, o bien al norte con el famoso capitán James. La rueda de la suerte había girado realmente y él era libre: la elección sólo le correspondía a él.

Las botellas de ron seguían circulando, la fiesta se animó. Los huéspedes siguieron sosteniendo sus opiniones con mayor encarnizamiento, y estalló alguna discusión. La mujer del inglés comenzó a coquetear con Alex ante los ojos de su propio marido. Alex usó de una galantería tosca y ruidosa, pero parecía que no sabía a qué carta quedarse. Un acordeón gemía y el farol de querosén se balanceaba lanzando luces amarillas y sombras negras en las caras de los huéspedes.

Dennison, que ya estaba borracho, se volvió dogmático. Trataba de describir al impasible inglés el archipiélago de las Tuamoto.

—Es lo más imposible de este mundo —dijo—. Atolones, escollos a flor de agua y una gran cantidad de islillas todas iguales. Corrientes que no figuran en las cartas náuticas. Casi es imposible navegar. Esas corrientes te atacan de improviso... Por poco no se cargaron al Charles B. Morgan.

—Es necesario estar muy al cuidado —dijo el inglés.

Los dos australianos comenzaron a reñir. Estaban de pie en el cobertizo y se tambaleaban, tratando de agarrarse. Luego Tom dio un empujón a Alex, que cayó en medio de la cubierta de popa. Otro cualquiera se hubiese roto un hueso, pero él se puso rápidamente en pie, riendo, agarró a Tom por el cuello y por una pierna y lo lanzó contra las jarcias de estribor, que temblaron bajo su peso e hicieron balancearse el barco. Los invitados se apartaron para dejar espacio a los contendientes. Tom se levantó, vacilando, como un enorme gato, y se lanzó sobre Alex.

Aunque había asistido a muchas riñas, Dennison jamás había visto una escena semejante. Aquellos dos jóvenes gigantes se arremetían con tal fuerza que hubiesen tenido que romperse los huesos. Pero acaso estaban demasiado borrachos, o quizá muy entrenados en este tipo de peleas. Caían sobre el puente, rodaban, se daban patadas que enviaban al adversario a estrellarse contra los palos y las jarcias, y siempre volvían a levantarse dispuestos a comenzar de nuevo.

Es increíble, pensó Dennison. Además, tampoco están furiosos uno contra otro. Se pelean como dos tigres y ni siquiera están enfadados. Una pelea semejante podría costarle la vida a un hombre normal, y ellos ni siquiera estaban enfadados.

Le aturdía aquella lucha feroz realizada sin ira, es más, con un evidente afecto mutuo, sin exclusión de golpes y sin que ninguno de los dos fuese herido. En cierto modo era lo más extraño que había visto.

Tom agarró a Alex por la barba, le hizo perder el equilibrio y lo arrojó al mar. Los invitados se precipitaron a la borda haciendo inclinar el barco y miraron el lugar por el cual Alex había desaparecido. Transcurrían los segundos y Alex no aparecía.

—¿Crees que le ha sucedido algo? —preguntó Dennison.

—Nada como un esqualo —repuso Tom tranquilamente—. Además, no conseguirías hacerle daño ni siquiera con un hacha.

Pero pasaban los segundos y Alex no comparecía. El francés murmuró algo a propósito de las barracudas, y el sueco sacudió tristemente la cabeza: quizá pensaba en su compañero que había caído al agua en el Skagerrak. Y Alex seguía sin aparecer.

Tom se asomó por la borda, tanto que estuvo a punto de caer. De pronto Alex saltó sobre él, escupiendo aire y agua, lo agarró por el cuello y lo arrojó al mar. Todos aplaudieron.

Esto señaló el fin de la pelea. Los australianos volvieron a subir a bordo, más tranquilos y más serenos. El viejo Finnerty, que se había quedado dormido en la cabina, se asomó para preguntar qué estaba sucediendo.

Dennison no consiguió apartar de su mente el recuerdo de aquella pelea. Aquellas dos figuras heroicas, semidesnudas, aquellos hombres hechos de acero y caucho, que se golpeaban a conciencia sin hacerse daño, gritando como niños...

Sí, como niños. Pero eran niños que se divertían insensatamente, con aquellos cuerpos de hombres y aquel maravilloso juguete que era su barco de vela, y su violento juego que aturdiría a los adultos. ¡Era espléndido ser un niño así!

La fiesta había terminado. El escritor se había dormido y la pareja inglesa acompañó a Dennison a la orilla. Ahora que la cuchipanda había concluido, los dos recordaron quiénes eran y quién era Dennison. No le fue difícil intuir su desaprobación.

—Bueno, ha sido una fiesta magnífica —dijo Dennison, cuando llegaron al muelle.

— ¡Hum! —murmuró el inglés.

Su mujer calló.

—Bien, hasta la vista —dijo Dennison, y se dirigió con ágiles pasos a lo largo del muelle.

Estaba furioso. Trataban de humillarlo, ¿eh? Aquel maldito inglés probablemente poseía menos de cien dólares. Y un barco. Y posiblemente era también un poco ignorante. Y su mujer estaba dispuesta a acostarse con el primer recién llegado.

Dennison echó a andar camino de Beach Cove y la emprendió a puntapiés con las piedras. Ya es hora de que haga algo, pensó. He hecho el vagabundo durante tanto tiempo que ahora la gente ni se digna hablarme..., excepto los tipos un poco infantiles como esos dos australianos. Ahora ha girado la rueda de la fortuna y debo aprovecharme de ello. En este ridículo y maldito mundo lo importante es poseer algo.

Caminaba ahora con pasos torpes y los ojos se le llenaron de lágrimas. Y lloró. Había llegado el momento de valorarse a sí mismo, honestamente.

Bien sabe Dios que valgo menos que ellos. Y, sin embargo, soy más instruido que ellos. Lo malo es que siempre he sido un tipo inquieto. El dinero y las cosas no me han atraído nunca tanto como para preocuparme por su posesión. Lo hubiese logrado si hubiera tenido ocasión. Aquella vez en Shanghai... Claro, ¿y aquella vez en Malaca, qué diablo? Sí, qué diablo.

Ser sólo un tipo simpático no sirve para nada. Los demás le juzgan a uno por la cartera y por la ropa. No miran nunca al hombre que hay dentro de ese vestido.

Hace demasiado tiempo que soy sólo un tipo simpático. Durante doce años he sido un tipo simpático a la deriva. Sin embargo, no soy un hombre a quien haya que arrinconar. ¡No, maldita sea!

He visto muchas cosas. Más que ellos. He dado la vuelta al mundo. ¿Cuántas personas pueden decir lo mismo?

Tres años en la New York University. Y no quedé mal. En la guerra, excelente hoja de servicios. No hay muchos que hayan tomado parte en tantos combates. Y he leído mucho, un montón de libros, libros difíciles, libros de toda clase. No soy un hijo de puta ignorante. Y no he leído solamente los libros de texto de la escuela.

He mandado un barco, he dirigido una aserradora. Me he enamorado y he combatido en la guerra. Sé nadar como un pez. Con una pistola en la mano me siento capaz de habérmelas con cualquiera, y manejo muy bien el cuchillo.

Dennison sacó el cuchillo de mango de hueso, lo miró con atención y lo guardó después. Y siguió caminando por la oscura carretera.

He vagabundado como uno de esos sacerdotes mendicantes orientales, porque nunca me he detenido a la idea de una vida mezquina y un mezquino trabajo. Quería descubrir el mundo y a mí mismo, e hice lo mejor que pude por lograrlo... Pero ahora estoy hasta las narices de todo. Ya sé que lo he dicho otras veces, pero ahora estoy decidido. Estoy decidido de veras. Ahora quiero hacer algo, ser alguien, poseer algo. Esta vez estoy decidido y lo haré. He hecho cosas mucho más difíciles.

Iré a Nueva York y me procuraré esa financiación. Luego fundaré aquí algo mío. Entiendo en negocios y saldré adelante.

No debo olvidarlo, se dijo Dennison. ¡No debo olvidarlo! Porque todavía puedo demostrar a todos quién soy. No he de olvidarlo nunca.

A lo lejos distinguió la silueta indistinta de un hombre que se acercaba hacia él. Cuando estuvo cerca, a la débil luz de la luna

Dennison advirtió que era un hombre alto y fornido, un negro vestido con andrajos, borracho, que caminaba tambaleándose.

Era mejor no quitarle la vista de encima.

El negro se acercó a él y le impidió el paso.

— ¡Eh! —dijo.

—Quítate de en medio, amigo —replicó Dennison con voz tranquila.

Se sacó la navaja del bolsillo y la abrió, ocultándola a sus espaldas.

—Señor... por favor... déme... déme...

Malo, ¿eh? Le enseñaré con quién tiene que habérselas.

Dennison puso por delante la navaja abierta; la sostenía con la palma de la mano, el dedo índice a lo largo de la hoja. Se colocó en situación de combate, con la navaja por delante, dispuesto a herir con la punta o el filo. Giró ligeramente la hoja para que el negro pudiera descubrir el reflejo de la luz lunar a lo largo del afiladísimo filo.

—No, señor...

Como aquella noche con Herrera. Pero él podía apartar a Herrera de sus pensamientos, como podía apartar a Janie y a todo lo demás. Ahora, en el presente, una demostración de eficacia podía cancelar el pasado, acallar todas las dudas, darle una nueva dimensión, de una vez para siempre.

—¡Señor!

El negro retrocedió. Dennison avanzó hacia él con pasos felinos, moviendo la navaja hacia adelante y hacia atrás, como la cabeza de una serpiente que se dispone a atacar.

Porque no hay nada que pueda detenerme. Soy un hombre que sabe actuar, y me tienen sin cuidado las consecuencias. ¿Qué diablos me importa? Un buen tajo en ese grueso cuello, la sangre que salta y un trasto en medio de la carretera...

Un hombre que tiene el coraje de cometer un asesinato tiene también el coraje de hacer cualquier cosa.

El negro tropezó y estuvo a punto de caer; luego se quedó inmóvil, los ojos inmensos y blancos a la luz de la luna, la cabeza hacia atrás, el rostro sudoriento, la garganta franca, indefensa.

La mano que apretaba la navaja se tendió. Adelante, se dijo Dennison, mávalo, demuéstrate a ti mismo que eres capaz de hacerlo, que no te detienes ante nada.

Pero el momento estaba pasando. Por una fracción de segundo el homicidio estuvo en el aire, tan real que casi podía percibirse. Pero

ahora aquel instante estaba pasado, y al cabo de otra fracción de segundo, aunque la navaja estuviese a punto de herir, algo había cambiado. De un momento a otro, aunque nada hubiese cambiado en las figuras inmóviles de Dennison y del negro, la tensión se había desvanecido.

¡Ésta era una aventura para ti! Y ahora Dennison se sentía estúpido y borracho, empuñando una navaja ante un hombre que comenzaba a reponerse del miedo.

—¡Anda, vete al diablo! —exclamó Dennison, alejándose con rápidos pasos.

El negro se volvió a mirarlo por unos instantes, luego se encogió de hombros, se rió sin ganas y se fue vacilando.

Hubiera sido una estupidez, se dijo Dennison. Hubiese podido matarlo, pero con esto no habría demostrado nada.

Remontó la pequeña colina y volvió al huerto donde, aquella mañana, había comido con los australianos. Se tumbó bajo un árbol y estuvo pensando en aquel día, en aquella noche, en la fiesta, en el negro que se reía y en las posibilidades que se le ofrecían.

Había algo que tenía que recordar fuera como fuese. Pero la luna y las estrellas parecían estremecerse y temblar, y hasta el suelo compacto parecía inseguro.

Caray, estoy trompa perdido. Confío en que mañana no tendré ni resaca. Mañana he de ver a James. Esto es lo que he de recordar. Todo depende de James.

Hubiese podido matar al negro si hubiera querido. No era difícil. No soy de esos tipos que se echan atrás. Que se vea mi hoja de servicios. Como aquella vez en Corea, cuando...

4

...vi a aquel coloso de Herrera que se dirigía hacia mí con una sonrisa en aquella carota de borracho y comprendí que la cosa pintaba mal, muy mal. Él tenía una mano metida en el bolsillo de atrás. Allí llevaba el cuchillo. Tenía ganas de pelearse y me había elegido a mí aquella vez.

Era inevitable una pelea entre el sargento Herrera, cocinero y bravucón de la compañía, expertísimo en el manejo del cuchillo, y yo. Desde que me había trasladado de la compañía del Cuartel General en Seúl a la compañía Fox, en el paralelo treinta y ocho, él no había dejado de estudiarme, sin comprenderme, tratando de saber si era carne o pescado.

Nada tenía que ver que hubiese estudiado en la universidad. Todos los demás hombres de la compañía, ya era mucho que

hubiesen frecuentado a sus superiores. Yo llevaba encima el estigma de la instrucción, estaba marcado irremediabilmente por mi manera de hablar y pensar, que me hacía distinto de los demás.

A los hombres de la compañía F no les gustaban ciertas diferencias. El conformismo no era sólo un ideal: era la ley de la existencia, aplicada por unos tipos sádicos como Herrera. Aniquilaban a los que eran distintos: como Elgin, que leía siempre la Biblia, y Moran, aquel pobre idiota vestido de uniforme, y Tompkins, el enfermo de nostalgia que se había enamorado de una prostituta coreana.

Y que Dios me ayudase, porque yo era distinto.

No era un rebelde: trataba de adaptarme. Hablaba como ellos, me comportaba como ellos, usaba el mismo lenguaje cuartelero, contaba los mismos chistes groseros. Pero mi conformismo era transparente, y debí dejar que se transparentase cierto desprecio. Y por último Herrera decidió que yo era distinto.

Por eso había llegado el momento de sentarme las costuras.

Me llevé la mano al costado para asegurarme que todavía llevaba mi puñal. Lo llevaba. Herrera se me acercó lentamente, su risa se hizo ahora más ancha.

—Levántate —dijo.

No me moví.

Tenéis que saber cómo fue en Corea aquel invierno de 1946. Hacía frío; casi siempre estábamos bajo cero, y nuestro equipo era absurdo. A algún idiota, en Washington, debió de metérsele en la mollera la idea de que Corea era un país tropical, y por eso no existían los sacos de piel, las guerreras forradas, los calcetines gruesos y los guantes. Creo que todo eso lo habían enviado a Birmania.

Nuestros barracones prefabricados eran tan fríos dentro como fuera. Sólo servían para protegernos del viento, que algunas veces era tan fuerte como para lanzar abajo a un hombre desde la colina en la que estábamos acampados. Los barracones nos protegían del viento, pero, en compensación, retenían toda la humedad. Bastaba que tocases con una mano o un pie desnudo la tela metálica de un catre para pillar sabañones. Dormíamos vestidos, con las botas bajo las sábanas, junto a nosotros, para que no se helasen. Y nos lavábamos muy raras veces.

No acabábamos nunca de buscar material combustible. Habíamos quemado los armaritos de madera, toda la leña que habíamos podido encontrar en las colinas circunstantes y todos los cajones que conseguíamos robar. No había quedado nada de

combustible, excepto la gasolina destinada a los vehículos. Por eso robábamos la gasolina.

Encendíamos fuego en una de las estufas. Luego echábamos sobre el fuego una cantimplora de gasolina y cerrábamos la portezuela. La gasolina prendía y llameaba en las estufas y nos calentaba durante cinco o seis minutos. Después, vuelta a empezar.

Algunas veces uno de nosotros no conseguía cerrar a tiempo la portezuela, y entonces salía de ella una llamarada de hasta dos y tres metros y quemaba las sábanas y armarios de aquellos de nosotros que no lograban esquivarla. Fue así como ardió el barracón de la radio y los barracones tres y siete. Seis hombres de nuestra compañía tuvieron quemaduras tan graves que hubo que enviarlos al hospital de Seúl. Naturalmente, estaba prohibido poner gasolina en una estufa de petróleo. Pero nosotros lo hacíamos porque teníamos frío y no había nada más que quemar.

También escaseaban los víveres. Estábamos al final de la cadena de aprovisionamientos del ejército, que partía desde San Francisco. Nuestros abastecimientos habían de pasar por Yokohama, Yongdongpo, Seúl y Munsan. Había siempre robos y requisas, y cuando nuestros abastecimientos llegaban a Kaesong se habían reducido a bien poco.

Si hubiéramos tenido un buen comandante, las cosas habrían sido distintas. Pero nuestro comandante era un alcoholizado, un bebedor solitario que se encerraba en su barraca y soñaba en los tiempos gloriosos en que había llevado las insignias de coronel. Al final de la guerra lo degradaron de nuevo a la categoría de capitán. Bebía y dejaba a la compañía en manos de los suboficiales, que iban a la suya.

Aquel invierno éramos una manada de lobos famélicos y frioleros. Los rojos se hallaban al otro lado de la línea limítrofe; no estaban aún dispuestos para hacer la guerra. Nosotros no teníamos nada que hacer sobre aquella colina empinada y helada. No teníamos a nadie con quien combatir, excepto nosotros mismos. Y las riñas eran nuestro único pasatiempo, sustituían el cine, los libros, las chicas y los bailes.

Si uno no sabía batirse bien la cosa resultaba peligrosa, porque la compañía Fox era un espléndido ejemplo de supervivencia del más adaptado, despojada de todas las sofisticaciones modernas y reducida a términos simples, dignos de los hombres de Neanderthal. En alguna otra compañía podían ser útiles la inteligencia, la personalidad y la habilidad. Pero allí no. En la compañía Fox lo que servía eran los músculos y los hígados, la destreza en la lucha y el temperamento. Todo lo demás era peso superfluo.

Era una especie de muela gigantesca, y en lugar de abrasivos había hombres. Arriba estaban los peces gordos como Herrera, Smith

y Ramsler. Si éstos conseguían vencerte, entonces lo probaban también los sádicos de segundo orden, como Laugherty y Blaise. Si también éstos lo lograban, se caía en manos de los gusanos furtivos, prudentes y malignos, como Thompson, Hasdale, Nekkert y Nye. Y así sucesivamente, a través de los engranajes cada vez más pequeños de la máquina.

La máquina molía inexorable, y su producto era el polvo. En el fondo, justamente en el fondo, estaban los desechos de la compañía, los bufones, los fantoches con quienes todo el mundo podía: eran los que lo pasaban peor: les robaban desde las sábanas a las prendas de vestir, se les enviaba entre las heladas colinas con órdenes absurdas, y eran tiranizados despiadadamente día y noche.

Cuando se llegaba al fondo y no le quedaba a uno el más mínimo respeto hacia sí mismo, había poco que elegir. Podías aliarte a los bravucones y olvidar que habías sido un hombre; podías saltarte la tapa de los sesos, como había hecho Elgin, aquel que leía la Biblia, o enloquecer, como el pequeño Moran. En esa situación ya nada tenía importancia.

No era posible escapar de aquel engranaje. Según el temperamento y la dureza de uno, o se convertía en abrasivo o se transformaba en polvo.

Y entonces llegó para mí aquel momento decisivo.

—¡Levántate! —replicó Herrera.

Reí burlonamente y volví a tumbarme en el catre.

—¡De pie, canalla! —gritó él.

Yo seguí riéndome, con el rostro contraído. No quería tener nada que ver con aquel engranaje que transformaba a los hombres en esmeril o en polvo. Pero no tenía elección, ni a los ojos de los demás ni a mis propios ojos: aunque Herrera era más pesado que yo, más corpulento que yo, tenía que batirme con él. Si me hubiese negado a pelear, mi existencia en la compañía Fox se hubiera convertido en una parábola descendente a través de los engranajes de aquella máquina infernal.

Por eso medité mi plan en una especie de locura fría y silenciosa. Con la astucia del loco decidí jugármelo todo a una sola carta e ir hasta el fondo, a costa de lo que fuere.

—¡Vete al infierno! —le dije a Herrera.

El cocinero se quedó estupefacto. Nadie le había mandado nunca al infierno. Era demasiado robusto, demasiado ágil, demasiado hábil en soltar puñetazos y puntapiés, y demasiado diestro en el manejo del cuchillo.

—Bien, Dennison —repuso—. Muy bien. Te hablaré claramente, pequeño: no me gusta tu modo de actuar. Te advierto que tengo la

intención de darte una lección de la que te acuerdes toda la vida. ¿Prefieres que te la dé estando tú sentado, o vas a ponerte de pie?

Me levanté sin dejar de vigilarlo. Mi corazón latía como un martillo neumático, pero mi rostro permanecía impassible. Y además, de improviso, comprendí la verdadera importancia de aquellos momentos, allí, en la barraca gris y helada, mientras Herrera estaba delante de mí, enorme y carirrojo, y una docena de hombres permanecían sentados en los catres, en silencio, mirando. De pronto, con una claridad cegadora, comprendí lo que ha de hacer un hombre, un verdadero hombre.

La infancia y la niñez apenas me habían desbastado. Pero entonces, en aquel preciso momento, alcancé mi expresión definitiva. Sabía que mi comportamiento, en los breves instantes que seguirían (cada palabra mía, cada gesto mío, cada pensamiento mío y cada acto mío), lo viviría para siempre; en años venideros aquel instante sería cada vez más claro, más concreto, estaría más lleno de significado de lo que estuviese en ese momento, en ese momento en que me encontraba en el engranaje de la máquina. Esos instantes de peligro y mi comportamiento siempre serían para mí mi fetiche, mi Biblia, mi filosofía, la prueba personal de lo que yo era y de lo que no era. Aquellos pocos segundos me darían un alma, o demostrarían irrevocablemente que no la tenía.

Y como me daba cuenta de ello, y comprendía el supremo peligro espiritual frente al cual me encontraba, me tenían sin cuidado Herrera y su navaja. Me importaba sólo yo mismo y lo que mis actos demostrarían de mí mismo.

—Estoy dispuesto, Herrera —dije, pensando en lo que decía, porque eran palabras muy importantes.

Y saqué el cuchillo del cinturón.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó él, y se sacó del bolsillo la navaja y la abrió.

—Sí —repuse.

Los hombres sentados en los catres alargaron el cuello como buitres en espera de un cadáver. A aquellos hijos de puta les gustaban las riñas. La voz corrió como un rayo por toda la compañía: Dennison y Herrera están ajustando cuentas. ¡Con las navajas! Y los hombres acudieron al barracón para presenciar el espectáculo.

—Quiero sólo decirte una cosa —dije.

—¿Qué cosa, canalla?

—Sólo esto: estoy loco.

—¿Y qué?

—Pues que me has provocado tú —repuse—, y para mí está muy bien. Pero vamos a ir hasta el final. ¿Entiendes? Hasta el final. Harás bien en matarme, Herrera, porque yo tengo intenciones de matarte.

Me miró asustado. Por lo general aquellas riñas acababan cuando uno de los dos contendientes recibía una herida. Pero una lucha a muerte... era una cosa absurda.

—¿Qué diantres te pasa? —preguntó Herrera.

—Ya te lo he dicho: estoy loco. No me gusta pelear, canalla, pero cuando lo hago voy hasta el final. O me matas tú o te mato yo. Muy sencillo. ¿Entiendes?

Lo entendió, y la idea no fue de su gusto. Me miró tratando de descubrir si estaba bromeando. Y a mí maldita la cosa que me importaba lo que pudiera pensar. Tenía frío y hambre y no me gustaba que me humillase nadie. Acaso estaba realmente un poco loco.

—A puñetazos —propuso Herrera.

—No —respondí—. Es cosa de niños. Con las navajas o nuestros M-1, si lo prefieres.

—¿Fusiles? ¡Diantre, de veras tienes que estar loco!

—No lo dudes. Ya te dije que estaba loco. Quiero acabar en seguida. Navajas, fusiles, bayonetas, lo que tú quieras, canalla, cobarde.

Me miró, rabioso. Lo había puesto entre la espada y la pared. No quería un duelo a muerte, pero tampoco quería perder su prestigio. Además, Herrera no era un cobarde. Quien afirme que los fuertes son unos cobardes no los conoce. Una noche Herrera fue atacado por una banda de rojos coreanos en la base de Kaesong. Hizo papilla de ellos. Había visto a Herrera tomar parte en una docena de riñas entre los hombres de la compañía, y no siempre había vencido, pero nunca había pedido ni dado cuartel. Y lo más extraño era que conseguía hacerse simpático, cuando estaba sobrio. Pero cuando estaba borracho, como en aquel momento, se transformaba en una fiera.

Sin embargo, un duelo a muerte, a sangre fría, no era lo suyo. No todos son capaces. Es, sobre todo, cuestión de temperamento.

Los instantes que siguieron fueron realmente difíciles. Él estaba rígido, a pocos centímetros de mí, con aquel cuchillo afilado como una navaja de afeitar, dispuesto a clavármelo en el abdomen. Yo llevaba por delante mi cuchillo, con el índice a lo largo de la hoja. Si se hubiera movido, lo habría atravesado desde el fondo del estómago hasta la caja torácica.

Nos habíamos quedado petrificados en aquella posición. La presencia de la muerte era tan evidente que casi podíamos percibir su olor. Todos los hombres que estaban en el barracón contenían el aliento, ansiosos de ver en qué paraba todo aquello. Esto es aventura, pensé. Estar petrificado en una actitud decidida, con la muerte a pocos centímetros, y transcurriendo las fracciones de segundo, de manera que cada una parece tan grande como toda la vida.

Luego, de pronto, comprendí que Herrera estaba a punto de arredrarse. Y, más importante aún, comprendí que...

5

El sol de la mañana despertó a Dennison. Advirtió que tenía un ligero dolor de cabeza. Pero carecía de importancia, si pensaba en todo lo que había bebido aquella noche.

Se fue al Yatch Club y vio que el queche de James, el Canopus, había efectuado el periplo de la isla y estaba de nuevo anclado cerca del muelle de la Guardia Costera. Dennison casi esperó que no estuviese allí. Ahora no tenía más remedio que afrontar la entrevista.

El escritor estaba sentado en su barco y bebía Seven-Up para despejar los restos de la borrachera. Prestó a Dennison una navaja de afeitar y jabón, y lo dejó subir a bordo para adecentarse.

Dennison se afeitó cuidadosamente el rostro hípido, se lavó las manos y se peinó hacia atrás el cabello. Tenía las ropas hechas jirones: los pantalones, deformados, habían sido remendados, se destrozaron de nuevo y se remendaron otra vez, y la camisa era un pingajo. Pero no podía hacer nada. Miró con rencor su propia cara en el defectuoso espejo de acero, que parecía ridículamente alargada, un óvalo torcido e incierto que terminaba en dos extremos redondeados. Sus ojos eran lo único bien definido que aparecía en el espejo. Límpidos y francos, absorbían el azul fúlgido del agua iluminada por el sol. Sin embargo, el espejo de acero deformaba también aquellos ojos que parecían alejarse en la superficie metálica, alargándose y reduciéndose, aumentando de tamaño y empequeñeciéndose.

—¿Por qué diablos no te buscas un espejo decente? —gritó.

—Me gusta ése —respondió como un eco el escritor.

Dennison acabó de arreglarse, se miró atentamente y decidió que, consideradas las circunstancias, tenía un aspecto presentable. Si James no lo aceptaba, podía irse al infierno. Tenía otras posibilidades.

Consiguió que el escritor le prestara el dinghy y remó hasta el Canopus. A popa estaban amarrados otros dinghy, y en cubierta, bajo un toldo, vio sentados a varios hombres.

—¿Otro candidato?

—Sí, señor.

—Soy James. Amarra la barca y sube a bordo.

Y allí, ante Dennison, estaba el famoso James que había doblado el cabo de Hornos con el tres palos Star of the Ocean, conocido en África e Indonesia y en las costas meridionales de China y en Sudamérica y en las islas de Melanesia en el Pacífico. Aquel era James, el gran aventurero que había combatido en todas las guerras de los últimos treinta años, que había buscado oro en Nueva Guinea, mandado un schooner de carga en las Nuevas Hébridas y que había trabajado en el Senegal con los mercaderes de esclavos. Aquel era el James que no se resguardaba nunca, que no retrocedía jamás, que no se preocupaba de nada y menos aún de sí mismo: el hombre que podía definir a un aventurero con la misma seguridad con que podía definir piedra una piedra y patata una patata. James era todo eso, y a Dennison le impresionó mucho.

—Encantado de conocerle, señor —dijo.

El capitán James le respondió con un movimiento de cabeza. Era un hombre de más de cincuenta años, que medía más de metro ochenta, grueso y vigoroso. Llevaba un jersey, un par de pantalones caqui y unas alpargatas, y en la cabeza una vieja gorra de capitán, echada hacia atrás. Su grueso vientre se desbordaba por encima de un cinturón de tela. Tenía la cara ancha y quemada por el sol; los labios, gruesos; la nariz, grande, y la frente, ancha y baja. Su cabeza era calva y rosada. Dennison se acordó de Herrera y de muchos sargentos a quienes había conocido en el ejército.

Los otros dos hombres sentados en cubierta eran también dos candidatos. Uno era negro, de piel clara, y vestía un bonito traje blanco. El otro era Billy Biddler, uno de los empedernidos borrachos de St. Thomas.

—Vea, capitán —estaba diciendo el negro—, tengo una bolsa de estudios para la Columbia University de Nueva York. Sería muy importante para mí que pudiera irme en su barco, porque no tengo dinero para pagarme el viaje en avión. Haré todo lo que pueda para que usted esté contento de mí.

—¿Has trabajado alguna vez en un barco?

—Trabajé en el pesquero de mi padre.

—Ya —James se volvió a Dennison—. ¿Cómo te llamas?

Dennison se lo dijo.

—Estás un poco borracho, ¿eh? —preguntó James.

—Más bien un poco —repuso Dennison, riendo.

—¿Estás alcoholizado?

—No. Pero me gusta algo de juerga de vez en cuando.

—También a mí —replicó James con aire crítico—. Pero creo que a este amigo le gusta la juerga todas las noches.

Billy Biddler levantó la cabeza y parpadeó, cuando se dio cuenta de que estaban hablando de él. Su cara sin afeitarse tenía incrustaciones de suciedad y sus ojos estaban inyectados en sangre. Con las manos se apretaba las rodillas, pero se veía que temblaban ligeramente.

—Soy un bebedor —admitió Biddler—. ¿Y qué? Puedo gobernar un barco como cualquiera. El mío será un buen trabajo, capitán. Necesito una buena ocasión, eso es todo.

—A bordo de mi barco no hay licores —dijo James.

—Si no los hay, me pasaré sin ellos.

—Y tal vez te dé el delirium tremens —murmuró pensativo James.

—¿A mí? No. Soy de hierro. Un par de semanas en la mar y perderé el hábito de beber. Estoy seguro —y añadió con esperanza—: Este viaje hará de mí un hombre nuevo.

—No lo dudo —repuso James con voz indolente y fatigosa—. Pero yo no dirijo una filial de la Liga Antialcohólica.

—Capitán —terció el negro—, también he trabajado a bordo del barco de mi tío y, además...

—Un momento —interrumpió James—. No me gusta que se me interrumpa —y se dirigió a Dennison—. ¿Trabajaste alguna vez en un barco de vela?

—En muchos —contestó Dennison—. Bahamas, Intracoastal, Waterway, Mar Caribe, Pacífico meridional.

El capitán James miró a Dennison largo rato, atentamente. Parecía interesado. Luego se dirigió a los otros candidatos:

—Muy bien, muchachos. Gracias por haber venido hasta aquí.

A los dos les costó un instante comprender que los estaba despidiendo. Y los dos intentaron hablar al mismo tiempo. James levantó una mano para imponer silencio.

—Os lo he dicho amablemente —dijo—. Ahora os lo diré claro. Para empezar, preferiría irme solo a Nueva York antes que llevar a mis espaldas a un borracho. —Sonrió a Biddler.— Creo que todavía puedes tirar un par de años si te quedas en tierra, pero no llegarías vivo a Nueva York. Por eso no me serías muy útil. En cuanto a ti... —y se volvió al negro—. Me pareces un buen tipo, hijo, y eres educado y simpático. Muy bien, esto me gusta. Hay muchos negros que son buenos marineros, y, por lo general, estoy contento de tenerlos a

bordo. Pero no quiero un negro como único compañero en un par de semanas de navegación. No tengo nada contra los negros, pero todavía no he encontrado a uno con quien haya podido lo que se dice hablar de veras. Vosotros los negros siempre pensáis en una sola cosa, en el color de vuestra piel. Por eso la conversación se hace aburrida para quien no es negro. Seré franco contigo, hijo mío. Me pareces un excelente chico, pero no te tomaré. Gracias otra vez por haber venido hasta aquí.

Billy Biddler y el negro volvieron a su dinghy. El capitán James se dirigió a Dennison. Tenía en la cara una expresión de blando interés, como si estuviese tratando de descifrar un tebeo.

—Bueno —dijo—. Me dijiste que habías navegado por el Pacífico meridional.

Dennison asintió.

—Estuve en las Tuamoto.

—¿Pescando perlas?

—Lo intenté. Pero era difícil. Se corre el riesgo de mandar al diablo el aparejo.

—Cierto —dijo James—. Sí, es verdad.

Su sonrisa era amistosa. Dennison sintió simpatía por él.

—Bueno, a bordo no me iría mal un hombre —confesó James—. Sobre todo si ha viajado mucho. Imagino que tú has navegado bastante.

—Un poco —repuso Dennison con cautela—. No como usted.

—¡Diantre! —exclamó James—. Nadie lleva la cuenta de estas cosas. Diríase que has tenido una vida muy movida.

—Bueno, he corrido un poco de mundo.

—Y tienes que haberte visto también en momentos difícilillos —insinuó James.

—En aquellos tiempos todos me parecían de verdad difíciles —respondió Dennison modestamente.

—Me gusta el hombre que ha vivido alguna vez el peligro —dijo James—. Forja el carácter. Creo que pescar perlas en las Tuamoto sirve para forjar el carácter.

—No estuve mucho tiempo —repuso Dennison—. Ya sabe lo que pasa...

—Sí, sé lo que pasa —replicó James—. Ciertas cosas no rinden. Como mi amigo Forester Johns. Ha escrito un par de libros. Quizás hayas oído hablar de él.

—Creo que sí —respondió Dennison—. Es el que ha escrito...

—Forester Johns tiene un auténtico espíritu aventurero —dijo James—. Un tipo alto y robusto y dos ojos que parecen de hielo. Tal vez hayas visto su fotografía en uno de sus libros. Bueno, un buen día Forester se largó, y ¿sabes adonde fue a parar? A Arabia. La costa de Hadhramaut. A mi entender, fue una estupidez. No hay nada que hacer por allí, salvo hacerse matar. Pero el viejo Forester está hecho de esa madera. Si le dices que no se puede ir a un sitio, ese loco quiere ir a costa de lo que sea. No logró obtener el visado para Arabia y por eso se fue a Aden. Tenía la intención de cruzar clandestinamente la frontera a través del Yemen. Se le metió en la mollera vestirse de árabe o de camello o de algo por el estilo.

—¡Ahora recuerdo su libro! —exclamó Dennison—. Es Arenas del desierto, creo.

—En efecto —repuso James—. Es un buen libro. Lo he leído cinco veces. Es el libro más gracioso que he leído en mi vida.

—¿Gracioso? ¿Dice mentiras?

—Que me aspen si lo sé —contestó James—. Nunca estuve en Arabia. Sólo sé esto: el viejo Forester pasó seis semanas en Aden, recorriendo todos los bares. Sin duda recogió una buena cantidad de noticias interesantes. Luego se marchó a su casa y escribió el libro. ¿Qué te parece?

—Bueno, puedo comprender a un hombre que...

—Bien, ¿quieres una cerveza?

—Capitán, yo...

—Tomaré una cerveza —dijo James—. ¿Quieres tú también? Eres un buen tipo.

El capitán James bajó por la escalerilla y regresó con dos latas de cerveza, las abrió y ofreció una a Dennison.

—Anda, bebe —invitó—. Te he contado esta historia porque pensaba que un hombre que ha pescado perlas en las Tuamotu se habría divertido a costa de un impostor como mi viejo amigo Forester. Es una historia graciosa, ¿no?

—Claro —repuso Dennison—. ¿Se lo ha dicho a Forester?

—No, ¡qué caray! —contestó James—. Hubiese intentado contarme lo que le había ido mal. Además, escribe libros muy buenos. ¿Leíste aquel de los seis meses que pasó entre los dancalis en la Etiopía meridional?

—Creo que no. ¿Estuvo de veras allí?

—No lo sé —respondió James—. Yo no sé nada de Etiopía. Pero el viejo Forester decía que había estado. Decía que la aventura de Etiopía era auténtica.

—¿Y usted lo cree?

—Como te he dicho, no lo sé. Y me tiene sin cuidado. No le importa a nadie, excepto al buen viejo Forester Johns. Creo que para él sí es importante.

—Yo también lo creo —comentó Dennison.

—Naturalmente —James terminó la cerveza y arrojó al mar la lata—. Pero tal vez no sea así. Quizá no sepa ya dónde estuvo y dónde no estuvo. ¿Terminaste la cerveza?

Dennison bebió lentamente el resto de la cerveza. Se sentía confuso e irritado. ¿Qué había oído decir James? Repugnante y ambiguo hijo de puta. Cáspita, probablemente Forester Johns quería decir la verdad. Pero siempre se ponen por medio muchas dificultades, hasta para el hombre más honesto y animoso del mundo. Incluso las historias más auténticas se traslumbra, y a menudo no se da uno cuenta de que ha sucedido algo hasta que ya todo se acabó. Por eso un hombre que trataba de recordar la sensación exacta de lo que había hecho, tenía que saber cómo había reaccionado en esos momentos, y qué habían demostrado sus reacciones. Había de buscar las respuestas en el defectuoso espejo del recuerdo, y había de expresarlas a través de la traidora pantalla de las palabras. Y era una empresa desesperada. La memoria no es nunca constante, las palabras expresan sólo vagamente lo que ha sucedido en la realidad.

Sin embargo, era mejor que nada. El recuerdo es todo lo que el hombre posee durante el lento discurrir de los años entre los raros instantes de la aventura. En el recuerdo vive también una aproximación de la aventura, fúlgida y definitiva, y hace digna de vivirse la opaca estupidez de la vida.

¿Y si también Forester Johns mentía un poco? ¿Por qué no había de hacerlo? Si hasta la historia más verdadera resulta sospechosa, no tenía por qué avergonzarse de las falsas: reflejaban las esperanzas, los miedos y los deseos de un hombre, demostraban que estaba tratando de forjarse una fisonomía definitiva.

Lo que Dennison temía era la zona de sombra entre la verdad dudosa y la mentira honesta, la zona en la que un hombre podía perderse por completo. Tenía miedo del momento en que la verdad y la mentira se mezclaban por entero y un hombre no sabía ya qué estaba diciendo de sí mismo, ni qué estaba haciendo. Varias veces había visto que esto era lo que sucedía. Podía ser efecto del alcohol o de las drogas, o sencillamente del cansancio de vivir. Cuando fantasía y realidad ya no se distinguen, es mejor cortarse el cuello, antes de que lo haga otro.

Este es el peligro mayor de la vida aventurera, más mortal que un huracán y un naufragio, o un escollo azotado por la espuma. Pero

Dennison se sentía orgulloso de su capacidad para navegar bordeando los escollos.

—¡Bueno, qué diablos! —exclamó James después de una larga reflexión—. Pensándolo bien, qué importa. Un hombre actúa de acuerdo con su carácter. Es muy sencillo. Si entiendes de barcos y de inmersiones, es posible que luego te necesite. No hay nada seguro todavía, pero mi intención es ocuparme de la recuperación de pecios.

—Me gustaría mucho, capitán —dijo Dennison.

—De acuerdo —repuso el capitán James—. Por lo menos estarás conmigo hasta Nueva York. Zarpamos pasado mañana, y hay mucho que hacer antes de la partida. Nos encontraremos esta noche, hacia las nueve, en el Yatch Club. Te invitaré a beber algo.

En el Yatch Club había un gran salón revestido con tablas, y un bar moderno todo de plástico. Cuando llegó Dennison, poco después de las nueve, el capitán estaba sentado a una de las mesas más grandes, hacia el fondo. Con él estaban los dos australianos, el inglés y su mujer, el sueco, el escritor y el capitán Finnerty.

—Siéntate, Dennison —dijo James—. Ya conoces a estos chicos, ¿verdad?

Dennison asintió, tomó una silla y pidió lo que estaban bebiendo los demás: un Tom Collins.

—De manera que tienes la intención de armar un alboroto en este hemisferio, ¿eh, Jimmy? —estaba diciendo Finnerty.

— ¡Psé! —repuso James—. Oriente aburre en seguida.

El inglés y la mujer aprobaron con enérgicos movimientos de cabeza. Finnerty rió y se dirigió a los australianos.

—Creéis haber vivido aventuras, ¿eh? El viejo capitán es uno de los más grandes aventureros de todos los tiempos. Capitán, ¿por qué no escribes un libro sobre tus experiencias? Mejor dicho, ¿por qué no escribes media docena de libros?

El capitán James sonrió y sacudió la cabeza.

—Cuéntales la historia de los culis —dijo Finnerty—. Lo que te ocurrió en las Indias orientales.

—Estos chicos no tienen por qué escuchar la palabrería de un viejo —repuso James.

Pero se sentía halagado, y a los australianos no les costó ningún trabajo convencerlo. James se apoyó en el respaldo de la silla, encendió un cigarro y pidió de beber para todos. Luego aguardó a que el silencio fuera absoluto.

—La historia de los culis, a mi entender, no fue nada de particular. Eran cosas que solían suceder en aquella época. Hace mucho tiempo, es verdad: han pasado veinticinco años. Yo era poco más que un crío. Estaba entonces en Kuala Riba...

6

—Forma parte de las Indias orientales holandesas, que ahora se llaman República de Indonesia. Los holandeses eran buena gente; daba gusto trabajar con ellos. Yo también tengo un poco de sangre holandesa en las venas. Dirigía una plantación de caucho en la jungla, a orillas de un riachuelo fangoso que iba a desembocar en el mar de las Flores. Yo era el único blanco en un radio de acción de cien millas. Tenía un ayudante, mitad holandés, mitad javanés. Era un hombre excelente, mientras las cosas funcionaban bien. Tenía, además, algunos vigilantes javaneses que me ayudaban a mantener el orden, y doscientos culis que hacían todo el trabajo.

»Aquel año los precios del caucho eran buenos. Yo era joven y enérgico, y hacía trabajar a los culis para obtener buena cosecha. Había que lucirse. Los jóvenes están hechos así.

»Bueno, hubiese querido no haber tenido que entendermelas nunca con aquellos hombres. Eran cantoneses y hacía mucho tiempo que no veían una mujer. Los javaneses eran tipos tranquilos y no resultaba difícil tratar con ellos. Pero los chinos, sobre todo los culis de la zona de Cantón, tienen la manía de la política y los sindicatos. Es más, estoy seguro de que eran comunistas hechos y derechos. Tenía que despepitarme para obtener aquella cosecha.

»Sabían que yo era nuevo en aquel trabajo; el último blanco que había estado allí había muerto de malaria. Por eso creyeron que me podían. Pidieron salarios más elevados. Los mandé al diablo; se les pagaba como a los demás culis del archipiélago. Refunfuñaron un poco, pero no insistieron.

»Todo hubiera ido mejor si hubiese llegado de Batavia la chalupa con los salarios. Pero no llegó. Luego supe que había sido atacada y capturada por los dyak. En aquellos tiempos los dyak hacían aún correrías por los mares de Sulu y de Flores, y eran una condenada pejiquera. Años después Druiksheer y sus hombres incendiaron las aldeas y los prau en toda la costa de Borneo. Yo también tomé parte en esa operación, y puedo garantizaros que fue muy bien.

»Pero en aquellos tiempos los dyak eran aún activísimos y me habían capturado la chalupa que llevaba las pagas de los culis.

»Así, cuando llegó el momento, no pude pagarles. Les ofrecí unos vales, pero no se contentaban con trozos de papel. Sólo creían

en el dinero, algo sólido donde hincar el diente. Dije que el dinero llegaría, pero no me creyeron. Comenzó a correr la voz de que nunca recibirían la paga y se embravecieron.

»Siempre me he creído un hombre razonable con quien no es difícil llegar a un acuerdo. Pero no me gusta que me chinchen. Cuando los culis empezaron a chincharme, les dije que si no cambiaban de actitud no recibirían el dinero. Y la chalupa que no llegaba.

»En cierto modo, su resentimiento era ridículo, porque allí, en la jungla, no había nada que pudieran comprar. Lo único que podían hacer era guardar el dinero en sus cajas, o jugárselo, como era lo más probable, al fan-tam. Pero querían aquel dinero precisamente el día de la paga, como si fuesen obreros de una fábrica.

»Bueno, la situación se puso fea. Agredieron a uno de mis vigilantes. Como represalia, reduje a la mitad, durante tres días, las raciones de arroz, y aumenté en una hora el horario de trabajo. Si dejas que los culis se te suban a las narices, estás perdido. Esto lo sabía incluso entonces, aunque fuera muy joven.

»Mi pobre ayudante estaba asustado. Me suplicó que les hablara o enviase un barco a Batavia. Yo no quise. "La chalupa llegará —le dije—. A bordo está también mi paga y la tuya. Esa gente tendrá su dinero y lo sabe perfectamente. Sólo buscan un pretexto para hacernos la pascua."

»Los culis empezaron a hacerse los remolones en el trabajo. Entonces mandé llamar al jefe del grupo y le dije que exigía el acostumbrado rendimiento diario. Me respondieron que no podían hacer nada. Y repliqué que los consideraría responsables.

»Al día siguiente la cosecha no llegó a la mitad de la producción establecida, y aquellos bastardos amarillos estaban allí burlándose, y esperando ver lo que hacía. Y yo hice que lo vieran. Dije a mi ayudante que me protegiera con la pistola y comencé a emprenderla a puñetazos con los jefes de grupo. Los golpeé hasta hacerles sangrar, y anuncié que el día siguiente haría lo mismo, si no se lograba la producción fijada. Eran engranajes humanos, insignificantes trozos de piel y huesos, y ni siquiera fue una satisfacción emprenderla a puñetazos con ellos.

»Aquella noche me enviaron a un representante para pedir aumento de la ración de arroz. Respondí que antes quería verlos trabajar en serio. Cuando el mensajero me replicó, le di un puñetazo en los hocicos.

»Mi ayudante tenía un miedo mortal. Decía que era peligroso pasar entre los culis cuando ya era de noche. Le repuse que habíamos de mostrarnos enérgicos y decididos, porque

representábamos la autoridad. Pero si uno no tiene redaños no hay nada que hacer.

»Siempre íbamos armados con pistolas y teníamos las carabinas a punto. Algo había en el aire. Por lo general no soy demasiado sensible a estas cosas, pero en aquel campamento en medio de la jungla, con doscientos culis que quieren reducirte la piel a tiras, uno no puede equivocarse. Les hice trabajar más duramente que nunca. A mi entender, cuando los hombres están cansados no tienen ánimos para organizar una revuelta. Además, todavía contaba con que llegara la chalupa.

»En cambio, ocurrió una cosa muy estúpida. Estaba guardando unos papeles en la caja fuerte, cuando entró uno de los culis. Vio la caja fuerte y se dio cuenta de que dentro había unos saquitos. Casi se le salieron los ojos de las órbitas a aquel bastardo amarillo. Creía que en los saquitos había dinero.

»Naturalmente, no era así. Había sólo muestras de minerales y tierras que había de enviar a Batavia, de acuerdo con las instrucciones recibidas, para que las analizaran. Pero intentad decir a un culi que un saquito de tela lleno no contiene táleros de María Teresa.

»—¿Nuestro dinero? —preguntó.

»—No ha llegado aún —repuse.

»—Esos saquitos...

»—Escucha, idiota —repliqué—, ¿acaso has visto llegar alguna chalupa?

»—No. Pero...

»—Entonces, ¿cómo diablos podría haber llegado vuestro dinero? Cuando llegue la chalupa, llegará el dinero. Y ahora, ¡fuera de aquí!

»—¿Qué hay en esos saquitos? —preguntó aquel imbécil.

»Tuve la tentación de abrir uno y metérselo por las narices, para que viese, en realidad, lo que allí había y él creía dinero. Pero no lo hice. Era necesario mantener la disciplina. Si se lo hubiese enseñado, todos los culis de la plantación habrían querido ver con sus propios ojos. Y si lo hubiese permitido no hubiera podido controlarlos.

»—¡Fuera! —grité, y le di un puntapié en el trasero.

»No tengo por qué negarlo. Más tarde o más temprano los blancos pillan la malaria en la jungla. Y la fiebre hacía inconstante mi humor, aunque he de admitir que nunca he sido muy maleable, ni siquiera en los mejores momentos.

»La chalupa del dinero no llegaba. Tres noches después comenzó la revuelta. Una manada de culis asaltó la oficina. Yo había

salido: sólo estaban allí mi ayudante y un par de vigilantes javaneses. Aquellos idiotas hubiesen podido resistir durante un tiempo indefinido con sus carabinas: el edificio hubiera aguantado como un fortín. Pero perdieron la cabeza y trataron de escabullirse por la salida de atrás.

»Los culis los hicieron pedazos a golpes de machete. Luego trataron de abrir la caja, pero no pudieron. Deberían tener un miedo espantoso, pero sin duda pensaron que ya estaban metidos en el baile y que lo mismo daba meterse de cabeza hasta el fondo; luego le cargarían la culpa a los dyak. Y así, fueron luego a buscarme.

»Yo estaba en el río, con dos vigilantes, tratando de ver si llegaba la maldita chalupa. La horda de culis comenzó a avanzar hacia nosotros desde el otro lado de una pequeña colina. Todos estaban armados de machetes, y había algunos con carabinas y pistolas. Un espectáculo, os lo aseguro.

»Mis dos vigilantes querían que bajásemos por el río en nuestra canoa, pero no quise saber nada. No estaba dispuesto a que aquellos malditos culis destrozaran el campamento. Estábamos armados con carabinas y teníamos un par de cartucheras llenas de balas. Además, había escondido otras municiones en un sendero en la jungla, a media milla de donde estábamos. Un sendero muy estrecho. Un lugar verdaderamente ideal para resistir. Dije a los vigilantes que recibiríamos un premio especial de Batavia si conseguíamos dominar la revuelta. No les entusiasmaron mucho mis palabras, pero no me dejaron en la estacada.

»Nos alejamos del río y nos adentramos en la jungla, seguidos de doscientos culis que aullaban, gritaban y disparaban sobre nosotros. Por suerte, no valen nada como tiradores.

»Los llevamos pegados a los talones hasta que llegamos al lugar donde tenía ocultas las municiones. Dejé allí a los vigilantes y me lancé por en medio de los matorrales. Quería atacar a los culis por el flanco. Los vigilantes aguardaron hasta que yo abrí el fuego. Luego comenzó la orquesta.

»Tres hombres contra doscientos culis. Bueno, fue en cierto modo como el tiro de pichón. Al principio ni siquiera comprendieron desde dónde estábamos disparando. No era necesario que eligiese mis blancos; bastaba que disparase por las buenas sobre ellos. Cuando aquellos fanáticos diablos amarillos me descubrieron, se precipitaron sobre mí. No creí que tuvieran el valor de hacerlo y, sin embargo, lo hicieron. No sé los tiros que disparé, y al final mi rifle estaba tan caliente que no podía sostenerlo en la mano. Pero las bombas de mano fueron realmente decisivas.

»Habéis de saber que tenía tres o cuatro bombas de mano. Las había conservado en espera de que la cosa se pusiera muy fea. Cuando advertí que el rifle quemaba y las municiones comenzaban a escasear, dejé de disparar. Los culis se agruparon y se lanzaron sobre

mí. Lancé dos bombas de mano en medio de los asaltantes. Dos viejas bombas de mano de la primera guerra mundial, de esas que tienen el mango de madera. Me sirvieron de mucho.

»Fue una matanza. Trozos de culis y de plantas quedaron esparcidos por todas partes, bajo la luna. Los reduje a pedazos. Por prudencia lancé la tercera bomba y fue suficiente.

»Luego fui a inspeccionar el terreno: uno de mis vigilantes estaba ya muerto, y el otro herido muy grave, pero curó.

»Pedí otros trabajadores. Esta vez javaneses. Los chinos se exaltan con demasiada facilidad.

7

Cuando el relato hubo terminado, los huéspedes se relajaron y movieron la cabeza con aire de admiración. El capitán James encendió otro cigarro.

—Hay que reconocer que tuvo usted valor —observó Alex.

—¿Valor? —replicó James con naturalidad—. La verdad es que nunca lo pensé. Quizá soy demasiado estúpido.

—¿En qué pensaba? —terció el sueco—. ¿Cómo logró preparar su plan?

El capitán James se rascó la calva cabeza, un poco perplejo.

—Lo cierto es que no lo preparé.

—Entonces, ¿cómo se decidió a atacar a esos chinos?

—No tenía más remedio —repuso James—. No hay elección posible cuando se llega a una situación tan comprometida. Hay que enfrentarse con los acontecimientos, y se gana o se pierde. Se afronta lo inevitable y se trata de salir lo mejor que se pueda.

—Aunque uno se haga matar —dijo Finnerty.

—Precisamente —corroboró James—. Y si uno se hace matar, ¿qué más da? Sin duda el mundo lo pasará mejor sin uno. Pero mientras queda vida se afronta lo inevitable y se hace lo que hay que hacer.

—Pero —preguntó el sueco—, ¿y si no se sabe lo que hay que hacer?

—Yo siempre lo sé —replicó James sonriendo.

—¿De veras? Entonces usted es un hombre extraordinario. En muchos de nosotros hay siempre el gusanillo de la duda...

—Usted habla como un predicador —dijo James.

—No soy un predicador —repuso el sueco, y su macizo rostro se volvió rígido—. Me intereso sólo por los problemas morales y éticos de los derechos del hombre...

—No entiendo nada de eso —confesó James—. Son cosas que están bien para los predicadores y los profesores universitarios. Yo soy un hombre vulgar, más bien estúpido, según creo, y me basta estar seguro de que una cosa es justa.

— ¡Es suficiente para todos! —exclamó Dennison.

Finnerty y los australianos aprobaron. El sueco parecía turbado. Dennison se preguntó si estaría pensando en el hombre que cayó al agua en el Skagerrak, y si por millonésima vez consideraba lo que había hecho para intentar salvarlo. ¿Fue suficiente?

—Pero ¿cómo saber lo que es justo? —preguntó el sueco.

El capitán James sacudió la cabeza.

—No sabría responder. Decido y actúo, y esto es todo. Si uno cree en sí mismo, ¿cómo es posible que haga algo equivocado? Lo más que puede ocurrirle a uno es morir, y eso no es un deshonor. No lo es morir como es debido, resistiendo sin retroceder.

Los presentes asintieron con gravedad, como jueces que han llegado a la unanimidad con un veredicto favorable. El sueco sacudió lentamente la cabeza: no había encontrado una solución en la certeza de James.

—Pero a fuer de sinceros —dijo este último, un poco embarazado—, toda esta palabrería sobre lo que es justo y lo que no lo es, me resulta un poco difícil. ¿Quién puede saberlo? ¿Y a quién le importa? Discútanlo ustedes.

Y se dirigió a Dennison.

—Cuando subas a bordo échale una ojeada al ancla, ¿eh? Buenas noches a todos.

El capitán James se levantó y salió del bar.

Hubo unos instantes de silencio, mientras se llenaban de nuevo los vasos. Luego Finnerty preguntó:

—¿No les dije que era un tipo extraordinario? Y lo que contó es una de sus aventuras menos emocionantes.

—¿De veras? —preguntó el sueco.

—Se lo aseguro a ustedes —contestó Finnerty—. Tienen que oírlo cuando le da por contar cosas. Pregúntenle, cuando tengan ocasión, sobre aquella mina de oro que buscaba en el país de los jíbaros. O cuando transportaba marfil en el Tanganika o el Congo, o sobre el asunto de los zafiros en Ceilán. Hagan que se lo cuenten;

hombres como el capitán James hay pocos. Ha metido la nariz en casi todos los rincones del mundo, y allí donde va, siempre sucede algo. Si ocurre algún desastre, el viejo capitán James lo huele, y se mete en el fregado. Y siempre sale bien.

—Sí, realmente se requiere valor —observó Tom.

—En efecto —añadió el sueco frunciendo el ceño—. Pero... Capitán Finnerty, sé que James es su amigo. ¿Puedo decir lo que pienso?

—Naturalmente —repuso Finnerty.

—Gracias —y el sueco exhaló un profundo suspiro. Luego dijo, eligiendo cuidadosamente las palabras—: Admiro, como ustedes, el valor del capitán, su seguridad y su decisión. Son cualidades admirables. Envidiables incluso. Pero me parece que, al adquirir estas cualidades, el capitán ha adquirido también cierta insensibilidad, cierta ceguera con respecto a los derechos y sentimientos de los demás.

—Exacto —repuso Finnerty.

—¿Está de acuerdo? —el sueco parecía ahora más seguro de sí, y añadió con voz nerviosa y decidida—: Entonces puedo decirle que es el tipo de aventurero que no me gusta.

—¿Está usted seguro de que sabe lo que está diciendo? —preguntó Finnerty.

—Segurísimo. He conocido a otros como él —repuso el sueco—. También estuve yo en muchos rincones del mundo, y he conocido aventureros tan valientes como su capitán James: esos blancos que obligan a los indígenas a inclinarse ante ellos, que viven como pachás y dedican su vida a cultivar la desigualdad entre el prójimo. Yo los llamo fascistas de los trópicos.

—¡Vaya, hombre! —exclamó Alex con tono suave.

—No hay por qué subirse a la parra de ese modo —añadió Tom.

—Pues así es —replicó el sueco, dirigiéndose a Dennison y al escritor para pedir su aprobación—. Esos aventureros tan valientes eligen con mucho cuidado los lugares adonde van. Necesitan verse ante un mar de caras serviles, amarillas, negras o pardas, para sentir la propia fuerza, su propia excepcionalidad, para aprovecharse de su piel blanca y de sus armas superiores. ¿Qué sería de estos sujetos si intentaran hacerse los poderosos en Londres o Nueva York?

—Serían banqueros —repuso Finnerty.

—Muy divertido —repuso acremente el sueco, cuando la risa general hubo cesado—. Es muy inexacto. Sí, muy inexacto.

Se pasó una mano por entre los claros y escasos cabellos, tratando de reanudar el hilo de la conversación.

—El hecho es —dijo— que en nuestros días nadie debe ser considerado ciudadano de segunda clase. ¡Nadie! Esos chinos a quienes el capitán asesinó sirviéndose de sus armas superiores, todos tenían el derecho de ver lo que contenían aquellos saquitos.

—Cierto —repuso Finnerty—. Y el capitán tenía también el derecho de no enseñárselo. Siempre están en conflicto los derechos individuales. El único modo de conquistar los propios derechos, por lo menos de esta manera, es luchar para asegurárselos, exactamente como hizo el capitán James. Y como James es el hombre que es, ganó.

—Con un poco de prudencia —observó el sueco con tristeza— se hubiese evitado ese derramamiento de sangre.

—Los culis eran quienes tenían que mostrarse prudentes —replicó Finnerty—. Los más débiles son quienes tienen que pensarlo. Hubiesen debido pensar en la clase de hombre con quien se enfrentaban, antes de actuar contra él. El capitán James no hizo nada más que lo que creyó justo.

—No fue justo —dijo el sueco.

—El mundo es duro —aclaró Finnerty—. El mundo no es justo. No lo ha sido nunca. Alguien ha de caer si quieres llegar arriba; si no, acabas aplastado. Y cuando estás arriba, todo lo que hiciste fue justo. El capitán James está arriba, y yo afirmo, diantre, que le espera todavía un poder más grande. Se necesitará otro hombre excepcional para echarlo abajo.

—La fuerza crea el derecho, ¿no es eso? —preguntó el sueco.

— ¡Naturalmente! Se habla mucho de los derechos del hombre y de la justicia y cosas por el estilo, pero todos sabemos lo que en realidad importa: la fuerza, la astucia, el poder. ¿No lo sabe?

El sueco sacudió melancólicamente la cabeza.

—Ahora la fuerza hace la ley, pero es necesario cambiar la ley. Es posible que la fuerza dé la impresión de equivaler a derecho, pero no es verdad.

—No diga tonterías —replicó Finnerty—. Usted sabe muy bien que la fuerza crea el derecho, aunque nada tenga que ver una cosa con otra.

—Usted predica una especie de fascismo —repuso el sueco—. Pero no comprendo por qué lo predica. Usted no hace daño a nadie, capitán Finnerty. Trabaja usted en estas islas, y todos, blancos y negros, hablan bien de usted. Es honesto, no engaña a nadie, trata a todos con justicia y sin discriminación, y no hace daño a nadie. Entonces, ¿por qué predica esta lucha por el poder?

—Porque es la verdad —repuso Finnerty—. Personalmente he renunciado a luchar. Hace mucho tiempo me di cuenta de que nunca

conseguiría llegar arriba. Había demasiados hombres más fuertes que yo que me pisoteaban, y por eso renuncié. Compré un schooner y vine a comerciar en este rincón un poco perdido. No lucho contra nadie, soy de otra madera, vivo en un rincón donde no sucede nada. Pero no soy tan estúpido como para creer que estas islas representen todo el universo. Tengo los ojos abiertos, leo los periódicos, y he corrido mundo. Y en todo el resto del mundo la lucha continúa. Es la ley de la vida. O te encaramas, o te pisotean. La única ley de la vida es la supervivencia. Y James es el mejor ejemplo de supervivencia que he visto jamás.

—No discutiré con usted —dijo el sueco—. Usted no tienen el valor de generalizar la realidad de su existencia.

—Y usted no tiene el valor de ver las cosas como son en realidad.

—Calma, amigos —intervino Alex—. No es cuestión de discutir. En una cosa por lo menos estamos de acuerdo. El capitán James es un hombre extraordinario, aprobemos o no sus actos.

—Eso —dijo el escritor haciendo un guiño a Dennison.

—Sí, en esto podemos estar de acuerdo —repuso el sueco con tono lúgubre.

—Entonces bebamos otro trago —propuso Tom—. Y cambiemos de tema: hablemos de cosas más alegres. Del precio de la lana, por ejemplo.

—¡Dios mío! —exclamó Alex.

Y todos se echaron a reír.

8

A la mañana siguiente, muy temprano, Dennison y James comenzaron los últimos preparativos antes de hacerse a la mar. Se llenaron los depósitos de agua; la carne fresca y la verdura se llevaron a bordo y se estibarón. El dinghy se fijó en el techo de la cabina, con los remos y el motor fuera borda en su sitio. El rifle que el capitán usaba contra los tiburones, un venerable Winchester del calibre treinta, se engrasó de nuevo, se envolvió en un hule y se ató a los ganchos de un armarito. Las velas que acaso fuera necesario usar en caso de tempestad se dispusieron de manera que estuvieran siempre al alcance de la mano.

El Canopus poseía solamente un depósito de treinta galones para el carburante: era suficiente para ciento cincuenta millas marinas, y ellos habían de recorrer mil cuatrocientas. Por eso, después de haber probado el funcionamiento del motor, James decidió que funcionara una hora cada tres días para cargar las

baterías. Tendrían que economizar carburante hasta que llegaran a la altura de Sandy Hook, y luego habrían de emplearlo para subir el East River hasta City Island.

Prepararon una vieja driza, se aseguraron de que las velas se izaran como era debido, cambiaron los foques, probaron la bomba para vaciar la sentina y fijaron con una polea la botavara de la vela mayor. Dennison se puso la mascarilla de inmersión y se sumergió bajo la embarcación para examinar el timón y la pesada hélice plegable de bronce. Bajo la quilla se habían adherido algunos cirrípidos, pero no eran lo bastante numerosos para constituir una seria molestia.

Aquella tarde zarparon los australianos con su barco recompuesto y descuidado: hicieron rumbo directo a Panamá. Dennison los siguió con la mirada, envidiando la desenvoltura con que ambos se enfrentaban con el mar.

—Así no se gobierna un barco —comentó James—. Esos chicos navegan por pura casualidad.

Dennison comprendió que el capitán tenía razón. Pero sin duda aquel era el modo más fácil de navegar... mientras la casualidad durase.

Al atardecer ultimaron los preparativos; el queche estaba dispuesto a partir al alba. James se quedó en la cabina para estudiar las cartas náuticas y trazar la ruta de la primera parte del viaje. Dennison se fue al Yatch Club para beber por última vez en St. Thomas.

El bar se hallaba casi desierto. El escritor estaba sentado en un rincón: bebía ron y coca-cola y miraba con expresión lúgubre una hoja mecanografiada que tenía sobre la mesa.

—¿Qué tal? —preguntó Dennison, sentándose a su lado.

—Muy estúpidamente —repuso el escritor—. No sé por qué de una condenada vez dejo de escribir y me dedico a la agricultura o a cualquier otra cosa. ¿Sabes qué dice de este relato el director de la revista?

—¿Qué dice?

—Que, según él, se parece «un poco» demasiado a Malraux. ¿Qué piensas? Esos maricas bastardos que manejan el bueno y el mal tiempo editorial en Nueva York, me han lanzado acusaciones de toda clase. Todo depende de lo que estén leyendo cuando les cae en las manos un cuento mío. Me han dicho que mis cuentos se parecen un poco demasiado a Conrad, London, Kipling... y ahora a Malraux.

—¿Y es cierto? —preguntó Dennison.

—Creo que sí —repuso humillado el escritor—. Pero no puedo evitarlo. La vida, como sabes muy bien, imita al arte. En una

situación a lo Kipling la gente habla y obra como los protagonistas de Kipling.

—¿La vida imita el arte?

—Pues claro. El arte es lo que debería ser la vida, y la vida trata de adaptarse. ¿Recuerdas la discusión entre el viejo Finnerty y el sueco, ayer por la noche? ¿La ley de la vida y todo lo demás? ¿La lucha por la supervivencia? ¿No parecen palabras tomadas de una novela de Jack London?

—Creo que sí —repuso Dennison, y pidió ron y coca-cola.

—Bueno, ¿de dónde crees que Finnerty las haya tomado? ¿Crees que se las inventó sobre la marcha? ¡No, qué diablos! Sin duda ha leído a London, e inconscientemente se ha adaptado a su lenguaje.

—¿Y no puedes describir a personajes y situaciones que no hayan descrito nunca ni Conrad ni London? —preguntó Dennison.

El escritor se quedó mirando al techo unos instantes antes de responder.

—Tengo un amigo —dijo— que escribe novelas de gangsters, traficantes de drogas, luchas entre bandas, estupros, toda clase de delitos y cosas por el estilo. Sé muy bien que nunca estuvo mezclado en esas cosas. No lo haría nunca: es un tipo muy fifirifi; le gusta quedarse en casa y oír discos y leer libros, como hacen casi todos los escritores. Se queda en su casa y lee, y luego escribe novelas de violencia. ¿He de hacerlo yo también?

—No sabría decirte —repuso Dennison.

—El caso es que yo no me he quedado en casa —replicó el escritor con tono belicoso—. Me he largado a correr mundo para ver cómo están las cosas. Pero la gente no quiere enterarse de cómo están en verdad las cosas. Quiere a toda costa algo nuevo, y al diablo la verdad.

—¡Hum! —rezongó Dennison, tratando de asumir una expresión comprensiva.

Se había dado cuenta de que el escritor estaba ebrio.

—Yo escribo lo que veo y siento —continuó el escritor—. Mira a esos dos chicos australianos. Se comportan como dos australianos típicos, ¿no es verdad?

—Lo parece.

—Así es. Pero ¿quién lo creería? Incluso el inglés es un individuo estereotipado. Sólo los individuos estereotipados se lanzan como él a la mar.

—¿Y yo? —preguntó Dennison.

—Tú eres el típico atascado.

—No es verdad. Para empezar, he estudiado.

—Los atascados son siempre individuos que han estudiado.

Dennison se echó a reír.

—¿Y si ganase un millón de dólares?

—Entonces serías un atascado que ha ganado un millón de dólares.

—Tienes ideas fijas —replicó Dennison—. Basta que uno haga una cosa para que creas que seguirá haciéndola toda la vida. Predestinación. ¡Bobadas! No me sorprende que nadie acepte tus cuentos.

—Imagino que te agarras a la ilusión del libre albedrío.

—¿Ilusión? Yo soy libre. Hago lo que me da la gana.

—¿Y lo que quieres es navegar con James?

—Naturalmente. Tenía otras posibilidades de elección.

El escritor suspiró y se pasó una mano por la frente.

—¿De veras? Bueno, brindemos.

Cuando hubo terminado de beber, pidió más ron y coca-cola. Dennison advirtió que estaba muy borracho.

—¿Qué piensas del capitán James? —le preguntó.

—¿Te interesa saberlo?

—Sí. ¿Estás de acuerdo con lo que dijo el sueco?

—¿A propósito de los fascistas de los trópicos?

No, el sueco no sabe lo que dice. Ya sabes que está un poco majareta a causa del hombre que perdió en el Skagerrak. Además, durante la segunda guerra mundial luchó al lado de los ingleses y acabó en un campo de concentración alemán. Cuando salió de él, al acabar la guerra, estaba obsesionado por la idea de la violencia. La violencia lo aterroriza, le causa horror, y su modo de juzgar al mundo está condicionado a ese miedo.

—Y entonces navega.

—Sí. Creo que está tratando de hallar de nuevo su propio valor —respondió el escritor—. No lo creerás, pero hay mucha gente a quienes les da por navegar, en busca del valor perdido. Pero el sueco se equivoca en su idea del capitán James. No es un fascista, en el sentido literal de la palabra. No tiene ningún impulso organizador, no tiene programas seudosociales, ni siquiera tiene un sincero espíritu de sadismo.

—¿Entonces es uno de los aventureros típicos salidos de las novelas de London o de Malraux?

—No. Hace un momento no hablaba en serio —repuso el escritor, abriendo los ojos como un buho—. A veces me dejo llevar por una teoría por el solo gusto de hacerlo. Pero querrías saber qué pienso de James, ¿verdad? James es sólo un hombre que trata de lograr la pureza en el arte arcano de la aventura.

—Has de estar borracho. No logro comprenderte.

—¿No? Permíteme que te explique mi teoría de la aventura. Camarero, otro para mi amigo.

Dennison se dispuso a escuchar. El escritor le pagaba las copas para que escuchase su relato, un relato que nadie hubiese aceptado.

—La aventura —comenzó el escritor con voz profunda y los ojos cerrados— es un arte arcano, una disciplina como el yoga. Tiene su jerarquía, y las reglas que la gobiernan son rigurosas. Los aventureros encuentran un lugar en la jerarquía cuando descubren de qué tipo de acción son capaces. ¿Me sigues?

—Sí —repuso Dennison—. Tipo de acción.

—Exacto. En el último peldaño de la escala está la guerra. No tiene mucha importancia, excepto para unos pocos profesionales, porque en la guerra lucha mucha gente. No tiene el mérito de la escasez, ¿comprendes? Luego viene la lucha contra las fuerzas elementales de la naturaleza: el mar, las montañas, los bosques, los desiertos, la jungla, y así sucesivamente. En otro nivel está la lucha contra las fieras, en un terreno de igualdad aproximada. Y en otro nivel aún más alto está aquel que ha luchado contra la fiera hombre, porque no existe una fiera más peligrosa.

—El capitán James sería uno de éstos —dijo Dennison—. Ha luchado contra los cazadores de cabezas y los culíes, y Dios sabe contra quién más.

—Un momento —interrumpió el escritor—. Antes de colocar a James en un nivel tan elevado, antes de considerarlo un aventurero puro, he de recordar las reglas del juego, las importantísimas reglas de la aventura, que son estas:

»El aventurero puro no permite que sus acciones se manchen por el patriotismo, ni estén inspiradas en ningún propósito social. Éstas son cosas consideradas en sí mismas, y no hay que confundirlas con la aventura en estado puro.

»El aventurero puro lleva una vida dura y ascética. El único premio que exige del mundo es el oro. Y sólo por su valor simbólico.

»El aventurero puro busca el peligro por amor al peligro, para ponerse a prueba a sí mismo, y para elevarse trascendentalmente por encima del peligro.

El escritor se pasó la mano por la frente y miró a Dennison.

—Bueno —concluyó—, ¿qué te parece?

—Creo que está bien pensado —contestó Dennison en tono crítico.

—Sí. Lo escribí en un cuento titulado Las reglas del juego.

—¿Lo vendiste?

—Todavía no. Estoy intentando cambiar un poco las reglas.

—Bueno —dijo Dennison—. A mi entender, el capitán James posee todos los requisitos del aventurero puro.

—Es lo que me pregunto —replicó el escritor—. Hay muchos caminos para alcanzar la luz, y uno de ellos es convertirse en aventurero. Pero el capitán ¿es acaso un santo no contemplativo? ¿Ha logrado realmente el desasimiento del propio ego? ¿O es como todos nosotros, un hombre que actúa y se guarda de actuar? Eso es lo que me pregunto. Lo veo caminar a través de la vida, grueso y jovial. Todo en él denota a un hombre excelente, pero bajo su piel respira un demonio. Dice que no sueña sus sueños. Los vive. Pero ¿es cierto? ¿Es verdad?

Dennison, que estaba también un poco borracho, comenzó a irritarse.

—Permíteme que te diga —anunció al escritor—. Tú ves muchas cosas, pero se te escapan muchas más. Para empezar, no entiendes lo que son en realidad la muerte y el peligro. No comprendes la aventura hasta que realmente la has vivido. Y hay mucha gente que escapa a tu comprensión. No te das cuenta de que incluso yo, un atascado, poseo una esencia y un valor. Ves solamente la etiqueta. Ves a los demás como seres estáticos, sin vida, y no comprendes que son capaces de cambiar. Tal vez los hombres estén estereotipados de veras, como masa; pero considerados individualmente son mudables, imprevisibles. Matan o ganan un millón, o se matan, y puedes inventar una razón a sus acciones después de haberlas realizado, no antes. No comprenderé nunca hasta cuándo no sabré ver este aspecto de la gente.

—Esa es mi desgracia —exclamó el escritor—. Meterme en discusiones con intelectuales atascados. Pero esa teoría te honra, amigo mío.

El escritor se inclinó y estuvo a punto de resbalar de la silla. Se irguió y se pasó una mano por la frente.

—Será mejor que me vuelva a mi barco. Estoy borracho, y mañana he de estar en condiciones de trabajar.

—¿De trabajar? —preguntó Dennison.

—En mi novela.

—¿De qué trata?

—Se desarrolla durante la segunda guerra mundial. Una compañía de soldados ha sido capturada por los japoneses en Birmania, y los japoneses tratan de obligar a los prisioneros a excavar una galería bajo un río. Hay una compañía de infantería norteamericana que intenta salvarlos, pero antes ha de conquistar una colina de arenisca blanca encarnizadamente defendida. La colina tiene la forma de un tigre. Es un símbolo.

—Me parece muy bonito —comentó Dennison, mientras ayudaba al escritor a llegar a la puerta.

—Realmente lo es. Y ¿quieres que te diga una cosa? Yo fui uno de los hombres que excavaron esa galería. Y veremos si esos hijos de puta tratan de sostener que esa novela se parece a las de Conrad o London.

—Mañana por la mañana me voy —dijo Dennison.

—Buena suerte. La necesitarás. O acaso la necesite el capitán.

—¿Por qué?

—¿Cómo puedo saberlo? —repuso el escritor—. Yo sigo predicando la desventura. Así acierto siempre.

Se dirigió tambaleándose hacia su barco, y Dennison echó a andar, a lo largo del puerto, hacia el Canapus.

Antes de dormirse, Dennison pensó en todas las teorías que había escuchado sobre el capitán James. Finnerty lo consideraba un aventurero romántico. El sueco estaba seguro de que era un fascista de los trópicos, y para el escritor era un adepto a un arte arcano. Y el capitán sostenía que todo sucedía por casualidad.

Y yo ¿qué pienso de él?, se preguntó Dennison.

Pues... yo creo que un hombre tiene aventuras para poder contarlas. Probablemente James es como todos nosotros, como yo, como Heikkla, como el escritor, como Finnerty. La aventura termina en pocos segundos; luego se pasan años y más años pensando en ella y contándola. Yo creo que es así.

Además, no creo que sea necesario pensar en ello. El capitán James y yo hemos de efectuar una travesía de mil cuatrocientas millas, que nos está esperando. Estaremos juntos, por lo menos, tres o cuatro semanas. Descubriré entonces la verdad.

Y además me tiene completamente sin cuidado lo que sea o no sea el capitán. Soy yo quien importa. ¡No he de olvidarlo nunca!

Dennison se durmió bajo este pensamiento.

James lo despertó al alba. Se desayunaron, izaron las velas y enrollaron las drizas. Dennison recogió las gúmenas de proa y de popa, y salieron del puerto a velas desplegadas.

A bordo de los barcos ya había gente despierta. Levantaron los brazos en señal de saludo e hicieron zumbir las sirenas. James y Dennison respondieron al saludo. No tardaron en salir del puerto y pusieron proa hacia el norte, al soplo de los alisios. La primera etapa prevista era Sandy Hook.

Segunda parte

1

El queche avanzaba veloz; soplaban el viento de estribor, y el barco se balanceaba pesadamente sobre las olas. La botavara de la vela mayor había sido asegurada con un cabo para protegerla de las crestas de las olas y para evitar desviaciones repentinas de la ruta. Dennison advirtió que impedir girar el barco con el viento era un trabajo mortal. Complicaba las cosas un movimiento nudoso de dirección oeste que se cruzaba con la dirección anormal de las olas. Pero Dennison, sudando en el pesado timón de roble, se sentía feliz como nunca. Una embarcación a motor lo habría cansado a lo largo de una hora. Ningún trabajo del mundo conseguiría retener su atención más de una semana. Para hechizarlo y tenerlo sujeto era necesaria una embarcación a vela, con aquella impresión de arcaica, de cosa ya acabada, poco práctica y vagamente absurda que tenía.

El capitán James manejaba la corredera. Luego arregló las velas, y el queche ejerció sobre el timón una presión menos grande. Avanzaba a velas desplegadas bajo el fuerte impulso de los alisios, y James calculó que la velocidad se acercaba a los siete nudos. St. Thomas se alejaba y desaparecía a popa.

En seguida se metieron de lleno en las distintas actividades. Había que descubrir los puntos en los que las velas estaban raídas y remendarlas. Había que preparar la comida, y además hacer café entre una comida y otra. También había que orientar las velas a medida que el viento del nordeste tendía a soplar más del norte. Había que vaciar con regularidad la sentina. Parte de las provisiones habían resbalado y caído, y era preciso dejarlas en su sitio.

James y Dennison se alternaban; hacían turnos de cuatro horas, excepto cuando James se ocupaba en tomar la altura. El que estaba de guardia maniobraba el timón y regulaba las velas; el que no estaba de guardia cocinaba, vaciaba la sentina y dormía, cuando era posible.

James tomaba la altura todos los días a mediodía; se sentaba en el techo de la cabina, con la espalda apoyada en el dinghy y afirmando los pies. Incluso por la noche y por la mañana, si lo permitía el tiempo, tomaba la altura ayudándose con las estrellas y corrigiendo la ruta.

Dennison calculaba los tiempos con un reloj que el capitán le había prestado para la duración del viaje, y lo controlaba escrupulosamente con el cronómetro de a bordo. El queche navegaba hacia el norte, cubriendo una media de ciento cincuenta millas diarias, impulsado por el sople constante de los alisios.

St. Thomas estaba ya lejos, y el lápiz del capitán avanzaba lentamente por los espacios blancos de la carta náutica. La tierra más próxima eran las Bermudas, que distaban unas seiscientas millas. Pasarían a su altura a una distancia de doscientas millas a estribor; y cerca de setecientas millas más allá estaba Nueva York.

Pero la tierra firme había perdido todo significado: estaba demasiado lejos para tener importancia. Dentro de unas semanas se haría importantísima, pero por el momento se habían confiado al viento, y sólo se preocupaban del barco, del viento mismo, del agua y del tiempo. Cuando miraban el océano verdeazul que los rodeaba en un inmenso círculo hasta el horizonte devorado por las olas, les parecía ver los símbolos de las cartas náuticas: las rojas líneas curvas de los huracanes, las líneas de puntos, color naranja, que indicaban las variaciones magnéticas, las grandes flechas verdes que significaban las corrientes, las plumadas flechas de los vientos y los círculos que representaban las bonanzas.

Pero la carta náutica representaba sólo un resumen de las condiciones medias y previsibles. No podía ser más específica, no podía prever lo imprevisible. Para ellos era mucho más importante el barómetro, que se mantenía constante en 29,9; el viento, que seguía soplando de nordeste; el mar, que estaba moderadamente tranquilo. Observaban las nubes que se amontonaban y se disolvían, como dos habitantes de tierra firme hubieran observado las maniobras de un ejército extranjero. Cada cambio del viento, cada cambio de la dirección de las olas, cada variación de la temperatura o de la presión barométrica podía tener una importancia determinante: podía ser un anuncio previo de lo que ocurriría luego en el mundo violento del mar.

Su ruta estaba trazada a través de los campos sin fin del mar. Al tercer día llegaron al lugar en que caían los alisios del nordeste. Ante ellos se extendían las llamadas Latitudes del Caballo, una zona de tormentas imprevistas y bonanzas, difícil para los hombres y las embarcaciones. A través de las Latitudes del Caballo se extendía el brazo occidental del mar de los Sargazos. Más allá estaban los bajíos de las Bermudas, con sus bonanzas y los vientos occidentales; y luego la corriente del Golfo y los vientos de noroeste.

Los alisios perdían fuerza a medida que avanzaban hacia el norte, y era más fácil maniobrar la embarcación. Durante los turnos de noche, Dennison podía girar el timón con una mano sola, mientras permanecía tendido y enderezaba la ruta gracias a las estrellas que descubría entre las jarcias. No había nada que hacer durante aquellos largos y tranquilos turnos de noche: bastaba controlar de vez en cuando la brújula, mientras la media luna vagaba perezosa entre las estrellas que declinaban lentamente hacia el oeste.

Era un tiempo realmente magnífico. Navegar era muy fácil y quedaba mucho tiempo para pensar y soñar mientras el agua susurraba sumisamente bajo la proa y el queche avanzaba entre las olas bajas.

Había mucho tiempo para pensar en... Nueva York.

¿Por qué iba a Nueva York? ¡Ah, sí, aquel dinero! La financiación. Pero ¿se lo daría su hermana? Le parecía muy lógico cuando habló de ello con los de St. Thomas. Es más, inevitable. Pero ahora, ahora que trataba de explicárselo a sí mismo, la cosa le parecía menos segura.

Dennison pensó en su hermana: una viuda de nariz afilada, vestida de seda estampada, que vivía en una casa de su propiedad en Grammercy Park, y se dedicaba a sus gatos y sus conciertos. ¿Qué le ofrecería?

Alojamiento. Comida y alojamiento, y algún dinero para los pequeños gastos. Le diría que para cigarrillos, porque ella comprendía a los hombres.

Y a cambio de todos esos favores, tendría que soportar sus sermones. Era peor que escuchar los sermones del Ejército de Salvación, peor que al cura que reza sobre un moribundo. Por lo menos el Ejército de Salvación y los curas conocen algo de la vida. Olivia no conocía nada, excepto Grammercy Park y las zonas más agradables de Long Island.

En primer lugar vendría la recapitulación. Olivia examinaría de nuevo minuciosamente los treinta y cuatro años de su existencia sobre la tierra. Le recordaría todas las ventajas de que había dispuesto cuando era en la vida un hombre venturoso; le hablaría de sus estudios, de su inteligencia y de su capacidad, reveladas por toda una serie de tests psicológicos a los que había sido sometido cuando frecuentaba las escuelas superiores.

A la recapitulación seguiría luego la acusación. ¿Qué había hecho él de todas las ventajas, de todas sus capacidades potenciales? ¡Nada, menos que nada! ¿Qué era ahora? Un vagabundo, una criatura incapaz de asumir responsabilidades, que rehusaba el puesto que le correspondía en el mundo real de Long Island y Grammercy Park.

Vendría después la peroración. ¡No es demasiado tarde! ¡Cambia de vida! ¡Haz algo! Olivia le encontraría cualquier buena oportunidad, una buena colocación: encargado de una zapatería, corredor por cuenta de una casa de aspiradores. El empleo, en sí, no tenía importancia; lo que importaba era el acto honorable de trabajar. ¡Eso era lo importante! Has de rehabilitarte, unirte al cortejo de individuos grises que se despiertan a las siete de la mañana y regresan a su casa a las seis de la tarde.

Y cuando él hubiese rechazado la perorata y los ofrecimientos de empleo, comenzaría la discusión acostumbrada, estúpida, aburrida discusión sobre los valores humanos y el modo de comportarse en el mundo... el mundo de Olivia. Él no había podido nunca dominar aquella discusión. Y acabaría como siempre: Olivia le ordenaría que se fuese, que volviese a su nada honorable vida.

¿Y la financiación? ¿La financiación?

¿Qué financiación?

Pero ¿cómo podía haber sido tan estúpido como para creer que la virtuosa Olivia dilapidaría el dinero ganado por su difunto marido para ayudarle a comprar un schooner en las islas de Sotavento, o financiar una escuela de esquí acuático en St. Thomas o una operación de recuperación en el Mona Passage? Aquellos lugares, aquellas cosas eran para ella el producto de la fantasía más febril, más distantes que la Luna y menos reales que el país del mago de Oz o el Castillo de Irás y no Volverás. Olivia estaba convencida de que el mundo tropical había sido inventado por Hollywood.

Lo financiaría, claro está: le daría el dinero necesario para comprarse un traje, para que pudiera presentarse decentemente en busca de un puesto de trabajo en un almacén. Pero nada más.

Cristo había cometido el mismo error. Una vez más, por ligereza, Dennison, por una broma de su mente, había transformado sus deseos en probabilidades. Hubiera podido embarcarse como primer oficial en la Lucy Bell, que se dirigía a las Pequeñas Antillas con un cargamento de cemento y madera.

Hubiese podido partir con Tony Andrews y llegar a Nicaragua. Y, en cambio, se había dirigido inexorablemente hacia el único lugar adonde había jurado no volver nunca en su vida: la maldita Nueva York.

Dennison siguió rumiando estos pensamientos durante las largas noches tranquilas, durante los días tórridos. El viento estaba cambiando. Dejaban ya los alisios y entraban en las Latitudes del Caballo.

Octubre estaba ya muy avanzado. En Nueva York iba a empezar el invierno.

Olivia nunca le daría la cantidad que deseaba. Entonces, ¿cómo había podido embarcarse rumbo a Nueva York? La estación estaba ya muy avanzada y no encontraría ningún yate que se dirigiera al sur. Todavía poseía su documentación de marino, pero probablemente su nombre figuraría en el libro negro desde que, años atrás, abandonó el barco en Port Said. E incluso si esto no fuera así, en aquel entonces había muchos marineros en tierra; vivían en ciertas casuchas miserables de la Bowery, en espera de poder enrolarse. Y era muy difícil. ¿Cómo habría logrado largarse de aquella maldita ciudad?

Y ¿por qué le había dado por irse a Nueva York? Su vida estaba limitada por las líneas imaginarias del Cáncer y del Capricornio, líneas mágicas que él no debería nunca atravesar. ¿Por qué lo había olvidado, cuando tanta gente trató de recordárselo?

Aquella tarde, mirando los mapas, vio que habían dejado a sus espaldas el Trópico de Cáncer. Estaban en la latitud de treinta grados norte, la latitud de St. Agustine. Ante él estaba Nueva York y el invierno.

2

Después de cuatro días de navegación, llegaron a las Latitudes del Caballo, y los vientos del nordeste seguían cediendo en intensidad. Eran empujados por brisas ligeras y mudables que soplaban de nordeste y noroeste. Ya no era necesario sujetar la vela mayor, y el queche había de virar continuamente para dirigirse al norte. Más allá del horizonte, al este, se descubrían señales de tormentas lejanas, pero ninguna se abatió sobre ellos. Las olas que procedían del sudeste se agigantaban e indicaban algún huracán lejano.

Dennison y James desplegaron la gran vela latina. El queche siguió avanzando hacia Nueva York a grandes bordadas, ganando cerca de una milla en dirección norte por cada tres millas recorridas.

El quinto día, a la una de la tarde, James terminó de tomar la altura y se hizo cargo del timón. El queche estaba en perfecto orden, aparte de un peldaño de la escalerilla que se había roto y fue reparado provisionalmente. Avanzaban a buena velocidad, impulsados por un viento que soplabá del este. En lugar de bajar a la cabina para descabezar un sueño, Dennison se quedó a hablar con el capitán. Un poco aturridos por el bochorno, hablaron del riesgo de las inmersiones.

—La gente cuenta extrañas historias sobre los pulpos —dijo James—. A juzgar por lo que dicen, atacan siempre a los buzos. ¿Viste alguna vez una de esas películas en que salen pulpos?

—Sí —contestó Dennison—. El buzo mata al pulpo y luego acaba dentro de una ostra gigante.

Se echaron a reír.

—¡Vaya pulpo! —exclamó James—. Más bien lo que suele suceder es que se te eche encima un tiburón, sobre todo si es de los que siguen a un barco en busca de los desperdicios. Puedes estar seguro de que para ellos también somos desperdicios que se pueden comer.

—Y ¿cómo se las arregla uno para darles esquinazo? —preguntó Dennison.

—Mondaduras de naranja, brazos o piernas humanas. Para un tiburón hambriento no hay diferencia alguna. Pero las barracudas son peores. ¿Oíste hablar de aquella enorme barracuda que vive bajo el muelle del Yatch Club?

—¿En St. Thomas? Nadie me habló de eso cuando me sumergí para examinar la quilla.

—¡Bah! —exclamó James—. Todos dicen que es inofensiva. Los chiquillos se divierten arrojándose al agua para asustarla. Magnífica barracuda esa. Pero las murenas... Las murenas son animales malignos y mezquinos. Les gusta acomodarse en un confortable rinconcito de un viejo pecio, y esperan que un desgraciado se sumerja. Mala cosa.

—Sí —corroboró Dennison—. ¿Qué piensa recoger en Nueva York, capitán?

—Tengo allí algunas cosas, en el garaje de un amigo mío. Un par de cascos, una escafandra, un generador de sesenta watos, un sonar y cosas por el estilo. Pero todo ha de ser revisado bien. Tendré que comprar un compresor para el aire, y me gustaría también un detector para metales —y reflexionó unos instantes—. Y quisiera también un ancla de repuesto y unos cuantos cabos nuevos. Y una vela mayor nueva tampoco me iría mal.

—Todo eso cuesta un ojo de la cara —comentó Dennison.

—Claro. Pero tengo un par de amigos que acaso se asocien conmigo. Si no lo hacen, me arreglaré con lo que tengo.

Por tanto, el capitán buscaba también capitalistas. ¡Diantre, los buscaban todos! Pero aquel era el momento de recordarle la semioferta de quedarse con él y participar en las actividades de recuperación.

—Me gustaría mucho trabajar con usted, capitán — dijo Dennison.

James adoptó una expresión pensativa. Llevaba sólo los calzoncillos, la gorra de capitán y un pañuelo anudado en torno al cuello. En el cinturón, colgada de un cordel, llevaba una navaja de muelles, con una hoja despuntada por un lado pero afiladísima por el otro. Era corpulento y carirrojo: el pecho y la espalda, cubierta de pecas, estaban quemados por el sol, y el vientre le sobresalía por encima del cinturón de tela. Se rascó la cabeza, inseguro.

—A decir verdad — dijo al fin —, no sé si podré permitirme el lujo de asignarte un salario. Probablemente no. Estoy casi sin blanca. Pero si estás dispuesto a trabajar por un tanto por ciento de lo que se gane...

—Pues claro —respondió Dennison, demasiado precipitadamente.

—...o quizá pueda ofrecerte sólo la comida y el alojamiento hasta que pueda permitirme pagarte un estipendio — añadió James.

—También me va bien así — repuso Dennison, renunciando al último resto de dignidad.

—Bueno, ya veremos. Hiciste algunas inmersiones en el Pacífico meridional, ¿no es verdad?

—Sí. En las Tuamoto.

—Bueno, me gustaría llevarte conmigo, pero tengo un par de amigos en Nueva York que acaso acepten partir, e invertirán algún dinero en la empresa. Veré si queda un puesto libre. Ya sabes cómo van estas cosas.

—Sí —repuso Dennison, con forzada alegría.

—Pero, a ser posible, me gustaría que trabajaras conmigo — dijo James—. Me gustaría no estar tan mal de dinero. En Nueva York veremos qué se puede hacer.

—De acuerdo —dijo Dennison.

Y bajó a la cabina.

Dennison estaba tendido en el catre de sotavento y le daba vueltas a aquella conversación. Dedujo que el capitán no lo llevaría consigo. Estas son cosas que suceden con demasiada frecuencia. Encuentros casuales, amistades casuales, actividades casuales, y por último Dennison se encontraría abandonado en cualquier sitio. Es posible que ahora el capitán tuviese realmente la idea de llevarlo consigo, pero ahora estaban en el mar, los dos solos contra un mundo de agua. En Nueva York las cosas serían distintas, apenas el capitán hubiese bebido un par de cervezas con sus amigos. Incluso tomaría a uno de aquellos estudiantes, uno de esos chicos voluntariosos dispuestos a trabajar por nada todo el día y la mitad de la noche, para aprender a navegar... y por añadidura dispuestos a invertir en la empresa un poco de dinero del padre. O bien James podía recordar que en las Bahamas no le sería difícil enrolar a un negro por poco dinero.

Por eso él se vería abandonado de nuevo, y esta vez en Nueva York. La verdad era que cuando partió sabía perfectamente que no se quedaría con el capitán James. Pero en St. Thomas parecía distinto.

Impulsados por los vientos mudables penetraron en las Latitudes del Caballo. Las distancias que cubrían diariamente se hicieron más cortas: setenta y dos millas el quinto día; sesenta millas el sexto. Estaban rondando el mar de los Sargazos. Matojos de algas

flotaban sobre las olas: medían incluso tres metros de largo y a veces hasta más de seis, y se destacaban amarillas y verdes sobre el mar verdeazul.

Era la primera vez que Dennison atravesaba el mar de los Sargazos, y sentía una viva curiosidad. De manera que aquel era el mar tantas veces soñado por los viejos marineros, que habían contado leyendas de barcos que se habían quedado apresados entre las algas hasta morir lentamente, incapaces de liberarse de ellas.

Pero sólo eran embustes, esas patrañas que tanto les gusta contar a los marineros. Es más, eran auténticas mentiras, porque aquellos matorros de algas esparcidas no bastarían para detener a un dinghy, y menos a un barco. Lo peor que podía ocurrir era que paralizaran la corredera.

El queche aprovechaba cada ráfaga de viento moribundo para avanzar hacia el norte. Durante largo rato, cuando parecía que cedía el viento, el queche seguía avanzando, impulsado por una brisa que sólo él era capaz de sentir. Sin duda, se trataba de un barco muy marinero, pensó Dennison.

Comenzaba a aficionarse al Canopus. Podías hacerte llevar por él adonde quisieras, podías vagabundear a tu gusto por todos los océanos del mundo y arrojar el ancla donde te diese la gana. Aquel barco representaba la libertad más completa y más perfecta que Dennison podía imaginar. Era la casa y el medio de transporte y un instrumento de trabajo, y era, además, muy hermoso. Un hombre podía vivir en aquel buque como si fuese su reino personal. Tampoco era necesario que pagase si anclaba fuera del puerto: y podía pescar para alimentarse.

Una casa, un medio de transporte, un instrumento de trabajo. Pero, considerando la cosa desde otro punto de vista, Dennison veía el queche como un dinero colocado en el banco. El capitán había pagado ocho mil dólares, por lo menos era lo que decía en St. Thomas. ¡Un robo! En Nueva York sería facilísimo venderlo por doce o quince mil dólares. O incluso, probablemente, por mucho más. Y un hombre, con todo aquel dinero, podría hacer muchas cosas.

La mañana del séptimo día, James descubrió una vaga huella de humo a oriente en el horizonte. Mandó a Dennison en busca del catalejo. Dennison buscó en el armarito de James y lo encontró. En un rincón halló también la cartera del capitán. La abrió y contó dos mil seiscientos dólares en billetes de veinte y de cincuenta. Probablemente aquello era el resto del dinero que James se había llevado consigo para comprar el queche. ¡Y había dicho que estaba sin blanca!

Dennison dejó la cartera en el armarito y llevó el catalejo al puente. El humo desapareció y no se vio señal alguna del barco que lo emitía.

Dennison bajó el catalejo a la cabina y lo dejó con cuidado en el armario. Esta vez inspeccionó más atentamente la cartera. Además del dinero, había una carta de crédito de la Gulf, un carnet de conducir expedido en Maryland y una cartilla de ahorros contra un banco de Nueva York, con un crédito de tres mil doscientos cuarenta dólares.

¡Sin blanca! Cochino embustero, pensó Dennison. ¿Dónde acaba tu famosa dignidad, capitán James? Lo sabía, lo sabía, no podía dejar de descubrir la clase de hombre que eres. Dos hombres solos en medio del mar no pueden hacer otra cosa que descubrir uno al otro su verdad. Ahora yo sé que no eres precisamente mejor que todos nosotros, capitán James. Sólo eres más hábil en contar patrañas, eso es todo.

3

Durante los días lentos y bochornosos, durante las noches tardas, Dennison siguió pensando en el queche del capitán James. No conseguía sustraerse a esta obsesión. El barco era el único objeto sólido en el océano inmenso que se extendía ante y detrás de él en el espacio y el tiempo. Algunas veces le parecía a Dennison que nunca había existido nada, excepto aquel barco y el mar inmutable. El queche era prácticamente un mundo que seguía su ruta a través de un universo vago y misterioso. El capitán James era el único habitante de aquel mundo, además de él: y el destino había hecho de James el soberano, y de Dennison el esclavo.

El barco, bien arreglado, sólido, completo y autosuficiente, representaba todo el presente de Dennison. Pero era también su futuro, porque se extendía inexorablemente por sus sueños y sus esperanzas. Era la única alternativa ante la insoportable idea de Olivia y Nueva York.

Pero el buque pertenecía al capitán James. Las fantasías de Dennison se hacían pedazos contra aquel pensamiento. La consciencia de esto resquebrajaba todas sus esperanzas y visiones del futuro. Por eso Dennison se vio obligado a modificar sus fantasías.

Para quitarse de la mente el desagradable pensamiento del capitán, Dennison imaginó que James había caído al agua, o le había sucedido un accidente.

Si el capitán se muriese...

Dennison pensó que entonces aquel barco sería suyo. Podría continuar la navegación hasta Nueva York y entregarlo a los

herederos de James con su más sentido pésame. Pero nada diría de los dos mil seiscientos dólares que había en la cartera. Nadie podría probar nada. Y yo tendría un bonito capital.

Además, ¿por qué habría de llevar el queche? Un hombre como James probablemente no tiene herederos. Sus padres deberán de haber muerto. Y sin duda no se casó jamás. ¿Un par de primos lejanos? Lo más seguro es que nunca hubiese tenido relación con ellos. Es probable que nadie me haga preguntas, si llevo el queche a Nueva York.

Si James estuviera muerto, podría muy bien quedarme con el barco y venderlo. En Puerto Príncipe o en Veracruz. Allí no es difícil vender un buque, incluso sin documentos que acrediten la propiedad, y nadie hace preguntas. Bien es verdad que no podría venderlo por su valor efectivo. Conseguiría tres mil dólares. Cuatro mil si lo llevaba a Sudamérica. Más los dos mil seiscientos que hay en la cartera. En total, casi siete mil dólares. Ni que decir tiene que no está mal.

Si el capitán James se hubiese caído al agua, si se perdiera en el mar...

Ni siquiera se vería obligado a vender el barco. Cambiaría el aparejo. Trasladaría el mesana hacia popa, y transformaría el queche en un yol. Y daría de baja el número registrado en St. Maarten.

Pero siempre correría el riesgo de encontrar a alguien de St. Thomas.

¡Oh, al diablo el Caribe! A bordo hay víveres y agua. Podría ir al sur, aprovisionarme en Jamaica y llegar al Pacífico, y luego a las Marquesas, a las islas de la Sociedad, a las Fiji. Islas en abundancia, nadie que haga preguntas, un barco mío y casi tres mil dólares en efectivo. ¡El paraíso!

Si el capitán cayera al mar...

Pero Dennison pensó que era poco probable que el capitán acabase en el mar. Aquel hombre corpulento y desmañado se movía por el puente como un gato, acomodándose a la perfección a todos los movimientos del barco, sin perder nunca el equilibrio, sin dejarse nunca pillar por la sorpresa. Era muy improbable que cayera al agua. Si había en el mundo un hombre a quien no le podía ocurrir un accidente en el mar, ese hombre era James.

Pero hay otras posibilidades, se dijo Dennison. Una repentina ráfaga de viento, una botavara que girase bruscamente y golpease a James en la nuca. ¡Abajo! Ni siquiera sería necesaria la botavara de la vela mayor. Bastaría el palo del foque, si se levantara bruscamente.

Pero era más improbable. Aunque el barco girase de improviso, James se salvaría. Estaba hecho así. Entonces...

Podía matarlo, claro está.

¡Dios mío, no!

No, naturalmente. Pero nada había de malo pensando, proyectándolo, calculando sus consecuencias.

Homicidio: tribunal, jueces, policías. Señores del jurado, este caso se refiere al presunto homicidio del capitán James. Creemos demostrar, por encima de toda posibilidad de duda, que el acusado, Dennison, deliberada e intencionadamente...

Pero ¿qué podrían probar? No habría testigos. Las autoridades podrían adivinar todo lo que quisieran; no podrían probar nada, sin testigos y sin un cadáver.

Corpus delicti.

¿Y el móvil?

Señores, no sé de qué cosa están hablando. El capitán James y yo éramos excelentes amigos. Tuvimos la intención de asociarnos: queríamos trabajar en la recuperación de pecios en las islas. Yo habría puesto parte del capital. Pregúntenselo a mi hermana.

(Olivia mentirá por mí, si se trata de una cuestión de vida o muerte.)

Repito que éramos amigos. Nos hicimos amigos en la isla de St. Thomas. ¿Por qué tenía que haberme elegido a mí y no a otro para acompañarlo a Nueva York? ¡Amistad, señores! Y también algo más. El capitán James era mucho mayor que yo. Para mí era como un padre, y yo era como un hijo para él. A menudo solía decirme que quería que el Canopus fuese para mí si le ocurría una desgracia.

¿Si lo dejó dicho por escrito? Dios mío, ¿es que no bastaba su palabra? ¿Qué pretenden? Si me he equivocado quedándome el barco, lo restituiré a su legítimo propietario. Creí hacer una cosa justa, porque James, antes del accidente, me consideraba su único heredero. Me dijo que no tenía parientes.

(Nunca se conseguiría demostrar la culpabilidad de un hombre que se defendía de modo tan honesto y franco. En la peor de las hipótesis, lo absolverían por falta de pruebas.)

Dennison volvió a pensar en ello: le parecía un buen plan. Ningún testigo, ningún cadáver, un móvil dudoso; ¿qué podían hacer las autoridades, incluso suponiendo (y era una hipótesis muy remota) que lo acusaran de homicidio? Nunca lograrían demostrar su culpabilidad.

Además, el problema no se presentaría nunca. Recuerda al sueco. Anda por el mundo hablando del hombre que perdió en el mar. Con profundo dolor, es lógico. Fue una verdadera desgracia. Pero ¿quién, excepto el sueco, podía saber si se había tratado de una desgracia o de un crimen? Por lo que sabía la gente podía darse el caso de que el sueco hubiese asesinado a sangre fría a aquel pobre

diablo. Además, para completar su venganza, iba por todas partes con lamentaciones sobre su desgracia.

Y piensa también en esto: supón que al capitán le sucede un auténtico accidente. ¿Me preocuparía acaso de la posibilidad de que me acusaran de homicida?

No, es lógico. Navegar en el océano es peligroso. Siempre puede suceder una desgracia.

Si no lo sabe nadie, excepto yo, ¿qué diferencia hay entre una desgracia y un delito?

Ninguna.

¿Acaso tiene importancia la manera de morir de un hombre?

No.

¿Quién podría pedirme cuentas?

Sólo yo mismo. Sólo mi conciencia.

¡La conciencia! Dennison rió para sí. Fueron los griegos quienes inventaron aquella maldita conciencia, como pretexto literario. Freud y la Iglesia habían logrado que se hiciera respetable. En apariencia todos la veneraban, como en apariencia veneraban a un Dios en el que no creían, y los principios que ya no servían. Era ridículo.

Dennison había leído novelas en las que los asesinos se veían impulsados a confesar sus culpas debido al asalto implacable de la pobre y pequeña conciencia inquieta. Un delito perfecto, pero al asesino le turbaba tanto la conciencia que se traicionaba. Para un autor, resultaba muy cómodo; pero a Dennison le pareció siempre un truco muy estúpido.

¡La conciencia! Podía matar al capitán con la misma desenvoltura con que habría aplastado una mosca, sin experimentar el más mínimo remordimiento. Como hubiese podido matar a aquel condenado negro en St. Thomas... Probablemente lo habría matado si aquel bastardo no se hubiese puesto a salvo huyendo.

He renunciado a la ficción de tener una conciencia, pensó Dennison. Renuncié a ello hace muchos años, cuando renuncié a mi lugar en el mundo. ¿Matar a un hombre? ¡Diablos, ya lo hice y estoy aquí! Bien es verdad que dicen que si es en la guerra es distinto. Pero no lo he creído nunca. Yo no soy un patriota. Para mí, matar es matar. No hay justificación para un crimen determinado, o bien esa justificación es válida para todos los homicidios. Así, si quisiera, podría matar al capitán.

El queche velejaba a través de los días fulgurantes que palidecían imperceptiblemente en la tarde y el crepúsculo, a través de las noches en las que las estrellas esplendían fúlgidas en el inmenso arco del cielo. Durante las largas noches transcurridas al timón, Dennison observaba el gran espectáculo de las estrellas que se movían lentamente en el cielo negro, limpio de nubes, y cada noche se apartaban más hacia occidente, dejando lugar, en oriente, a estrellas nuevas. Renovó su conocimiento con las Osas y con Orión, las benignas piedras miliars del cielo. Reconoció Géminis y Andrómeda, y situó Canopus, la estrella de la cual había tomado nombre el queche.

Al noveno día estaba al timón antes de que saliera el sol. Vio que el cielo se iluminaba lentamente al este. Luego la orla del sol apareció sobre el horizonte. Después se elevó, y la mañana iluminó las desiertas y negras aguas.

Una nube oscura, alargada y sutil, cortaba el disco del sol. Y, entre las nubes y el mar, Dennison descubrió largas y oblicuas líneas negras. Era una tormenta, a barlovento con respecto al queche.

Tal vez se aleje, pensó Dennison. Y durante unos momentos pareció que la tormenta iba a disiparse. Dennison hubo de consultar la brújula y poner en ruta el barco. Cuando miró de nuevo a barlovento, la tormenta estaba acercándose al queche. Las líneas negras y oblicuas de la lluvia corrían hacia él, y el agua tranquila comenzaba a encrespase al furioso soplo del viento.

—¡Tormenta! —gritó Dennison—. ¡Al puente!

Soltó rápidamente la driza de mesana, y la vela se aflojó sobre la cubierta de popa. La tormenta estaba a menos de cincuenta metros y se les venía encima. Dennison giró el timón para presentar la popa a la tormenta.

James, aturdido, con los ojos enrojecidos y abotagados por el sueño, subió al puente. Miró apenas a la tormenta que se acercaba, corrió al palo mayor y soltó la driza; luego se lanzó hacia adelante para amainar el foque y la vela encapillada.

Dennison advirtió las primeras y agudas punzadas de la lluvia. Aún no había logrado volver la popa al viento. Parte de la vela de mesana cubría el timón y hacía imposible su maniobra. Apartó la vela y descubrió que algunos rizos de la vela de mesana se habían agarrado al timón. Los soltó. El barco estaba escorando a impulso del viento. James se hallaba a proa y luchaba para desenredar el foque. Consiguió soltarlo, y luego avanzó, vacilando, para amainar la vela encapillada.

Semicegado por la lluvia, Dennison luchaba con el timón. Toda la fuerza de la tormenta embistió de lleno al barco. Hinchó la vela

encapillada y lanzó a James hacia delante, la vela restalló escupiendo resoplidos de viento. James tiró de ella, trató de bajarla, pero estaba enredada. De pronto se soltó y resbaló a lo largo del estay y poco faltó para que le partiese el cráneo al capitán. James se apartó de un salto, tropezó con los abitones y cayó sobre el puente en un caos de velas y cabos.

Dennison lo vio caer. El barco, con la banda de estribor vuelta al viento, comenzó a derivar a sotavento. Dennison no supo nunca si lo que hizo en aquel instante fue puramente accidental o no.

Cuando sintió que el barco escoraba, giró el timón para enderezarlo; pero lo hizo en la dirección equivocada. El barco giró sobre la quilla, exponiendo el costado al viento y al mar. El viento embistió los palos, las velas y la obra muerta, y el queche cabeceó pavorosamente.

El capitán, apresado por la vela encapillada y las drizas, rodó por el puente. Trató de agarrarse a los cabos de seguridad, pero no lo consiguió y cayó al mar.

Dennison continuó sujetando el timón, y el queche se enderezó por fin. La breve y furiosa tormenta estaba ya lejos, a sotavento. Miró la proa, tratando de comprender qué había ocurrido. No había nadie a proa: sólo un amasijo de velas y cabos.

El capitán había caído al mar.

Por un instante Dennison se preguntó qué podía hacer para ayudar a James. Casi se levantó, y luego volvió a sentarse. James había caído al mar durante una tormenta. ¡Precisamente así! El capitán ya no estaba en el barco, ya no estaba en el mundo. El sueño de Dennison se había convertido en realidad. El capitán ya no existía. Ahora Dennison estaba solo, y el queche era suyo.

La sensación de triunfo que se apoderó de él fue indescriptible. El destino, aquella fuerza maligna que había arrastrado su existencia cada vez más abajo, le había concedido por fin una tregua. Ya era hora. Era la primera y verdadera tregua en treinta y cuatro años. La barca y el dinero eran suyos. Ahora podía realmente comenzar a vivir. La desaparición del capitán no lo trastornó, ni le sorprendió siquiera. Le parecía justo: un suceso de predestinación. Sin pensar más en ello, Dennison comenzó a hacer proyectos.

No iría a Nueva York. ¡Al diablo Nueva York! A bordo había víveres y agua en abundancia. Trazaría una nueva ruta, al sudoeste, a través de Mona Passage, en dirección al canal de Panamá, y luego, hacia las invitadoras islas del Pacífico meridional.

Pero... ¿acaso las autoridades del canal no intentarían ver su documentación? Podía ser muy peligroso. Quizá fuera mejor que circunnavegara América, doblando el cabo de Hornos.

¡Un momento! No era necesario. Podía hacerse pasar por el capitán James. Nadie, en la zona del Canal, lo interrogaría. La patente indicaba solamente el nombre y la residencia del propietario. No había más datos personales: sólo la descripción del barco, manga, eslora, arqueo, potencia en caballos vapor y cosas por el estilo. Podía utilizarlo sin peligro.

Además, probablemente ni siquiera le pedirían ver la patente.

Pero, claro está, antes había que arreglar muchas cosas. En el Canopus estaba todo patas arriba. Primero tenía que ponerlo todo en orden, luego bajaría a la cabina y estudiaría los mapas...

Dennison sintió en el estómago un espasmo convulso. Como por arte de magia, había visto aparecer una mano y agarrarse a la borda.

Sus ojos se desorbitaron. Apareció otra mano. Luego, con un tremendo esfuerzo, el capitán James asomó la cabeza y los hombros y apoyó los codos. Todavía tenía el foque envolviéndole el cuello y el pecho. Debió de haberse dirigido a nado hacia el barco arrastrándose tras la vela.

Dennison se incorporó y poco faltó para que la oscilación del buque no lo arrojara por la borda.

—¡No te muevas! —le gritó James—. ¡Ya me arreglaré yo solo!

Dennison volvió a sentarse. El capitán James esperó. Cuando se inclinó el queche, trató de encaramarse sobre el puente. Mas para esa maniobra no bastaba siquiera la fuerza considerable del capitán James. Cayó de nuevo, jadeando, tratando de mantenerse agarrado a aquel viscoso punto de apoyo.

En aquel momento Dennison se dio cuenta de que podía desembarazarse para siempre del capitán, con sólo un golpe. Se levantó y echó a andar.

El buque comenzó a escorar y James intentó de nuevo incorporarse recurriendo a todas sus fuerzas. Se izó a bordo, rodó sobre cubierta, se levantó tambaleándose y se agarró a la botavara. Dennison volvió a sentarse. El capitán se dirigió hacia popa y se sentó a su lado.

—Ha salido de ésta por un pelo —dijo Dennison, preguntándose si su expresión traicionaría su pensamiento.

¿Le atribuiría James la responsabilidad del accidente?

—Por un pelo —corroboró James.

Dennison asintió.

—Pero no importa: lo bueno es haber salido —continuó el capitán, y sonrió.

También sonrió Dennison. Ahora sólo experimentaba admiración por James.

La tormenta ya estaba lejos, a sotavento, y el cielo había recobrado de nuevo su color azul. El queche apenas parecía haber salido de un tifón. James tenía las piernas cubiertas de cardenales, y los brazos desollados.

—No estará de más un poco de tintura de yodo —dijo Dennison.

—Eso creo yo también. La próxima vez trata de avisarme a tiempo cuando veas que se acerca una tormenta...

—Lo haré —repuso Dennison.

El capitán descendió en seguida a la cabina.

¡Aquel estúpido no se había dado cuenta de nada!

Y el destino, o el azar, habían escupido de nuevo al rostro de Dennison. Si hubiese tenido un poco más de suerte, pensó, ahora el queche sería mío. El queche, dos mil seiscientos dólares y la libertad. La verdad es que la vida hacía terribles jugarretas a los hombres.

Nunca tendré una buena ocasión. La fortuna la tienen los demás, no yo. Si quiero algo, he de ganármelo.

5

Después de la corta tormenta, Dennison cayó en un estado de depresión profunda. ¡Había faltado tan poco! En aquel momento, si todo hubiese sido como tenía que ser, él sería el único dueño del barco, con casi tres mil dólares en el bolsillo, y haría rumbo hacia Panamá, en ruta por el Pacífico meridional. Sería señor de su destino, sólo y autosuficiente, y nunca más tendría que pedir favores a nadie.

En cambio, era sólo un criado, y trabajaba a bordo del buque de otro, y se dirigía a Nueva York, hacia la desolación de una habitación amueblada. Las pullas de la lengua virtuosa de su hermana, la pérdida de la dignidad, la larga lucha por huir de aquella sombría ciudad nórdica y por volver a los trópicos, otra vez sin un céntimo en el bolsillo...

En nombre de lo que debiera ser justo, el capitán James hubiese tenido que morir en aquel accidente.

Dennison sólo conseguía descubrir un atisbo de esperanza en las tinieblas que envolvían el presente y el futuro. Ya una vez había sucedido un accidente, ¿por qué no podía ocurrir el segundo? Y él podría perfeccionarlo.

Si el capitán se hubiese caído al mar...

Bueno, llamemos al pan pan y al vino vino. Si yo asesinase al capitán, sería sólo la consumación definitiva de este accidente.

Dennison se sentía orgulloso de haber usado esta palabra, «asesinato». Esto era honestidad, esto significaba enfrentarse con la realidad. Debía dejar de pensar en un accidente, de soñar en una desgracia. Asesinato. Si la suerte, o el destino o la casualidad no querían ayudarlo, se ayudaría él. ¿Acaso no era capaz de matar a aquel estúpido, gordo y presuntuoso capitán? Todos los días se le ofrecían millares de ocasiones. ¿No podía acaso aprovecharse de una de ellas?

Claro está que sí.

Dennison saboreó la idea de ser un asesino. Sería uno de esos hombres elegidos y desesperados que no se detienen ante nada. Pasaría a formar parte de un círculo exclusivo, la confraternidad de los perjudicados. Llevaría la marca sobre la frente para que todos los demás pudieran verlo. Guardaos de ese hombre. Lo leerían en sus ojos, y aprenderían a comportarse con prudencia ante un hombre que llevase impresa su acción en la cara.

Nadie se ríe de un asesino.

A Dennison le gustaba esta idea, pero no tenía intención de lanzarse de cabeza en ella. Antes era necesario considerarlo todo y valorar las consecuencias.

Aquel asesinato le valdría el barco, que valía por lo menos cinco mil dólares, más dos mil seiscientos dólares en contante y sonante.

Resultaba muy remota la posibilidad de que el delito fuese descubierto.

En cuanto a matar... Sería hermoso ser un asesino; pero sería desagradable matar. Sí, tenía que darse cuenta de esta verdad. Gozaría del secreto placer de haber cometido un delito. Pero cometerlo resultaría espantoso.

Trató de descubrir estas razones, pero no lo consiguió. Le era difícil concentrarse. Tenía la impresión de ser víctima de una insolación. A pesar de su experiencia del sol tropical, durante aquellos últimos días había sido muy imprudente. Y el sol, reflejado en el agua, era realmente terrible. Ahora él se había puesto una camisa de manga larga y llevaba una gorra. Pero el sol seguía quemándole las muñecas y la nuca. Tenía la espalda y los muslos muy enrojecidos, y de vez en cuando sentía vértigos.

Bueno, no había que pensar en eso. Tenía que pensar en el crimen.

Todo acabaría en un segundo. Y, cuando aquel terrible segundo hubiese transcurrido, podría empezar a vivir. Dejaría a sus espaldas

su vida de fracasado... porque un hombre que puede matar es capaz de hacer cualquier cosa.

Muy bien. Asesinaría al capitán.

Durante los días que siguieron, Dennison tuvo la impresión de vivir bajo el influjo de una droga deliciosa. Era embriagador saber que se disponía a matar, acaso dentro de un instante. Era una alegría purísima saber que su víctima no sospechaba nada, y que sólo sospecharía cuando fuera demasiado tarde. Luego el miedo y el horror brillarían en sus ojos..., pero sólo por un segundo.

Cuando el capitán dormía en su catre, Dennison se asomaba apretando el mango de su navaja. ¿Ahora? En el puente, cuando el capitán levantaba la cabeza para mirar la banderola cataviento en lo alto del palo mayor, Dennison contemplaba su cuerpo macizo en equilibrio inestable. Un empujón, un tropezón, un golpe...

—¿Qué diablos te pasa desde hace poco? —preguntó James en la lenta tarde del undécimo día.

—¿A mí? Nada.

—Me pareces condenadamente raro desde hace unos días.

—No tengo nada, capitán.

—No hace mucho te estabas riendo a mis espaldas, ¿por qué?

—La insolación, tal vez —repuso Dennison, rascándose la hispida barbilla.

—¿De veras? ¿No tendrás por casualidad una botella escondida en algún sitio?

—No. No soy alcohólico, capitán.

—Deja que te huela el aliento.

—¡Capitán!

—¿Oíste lo que dije? Acércate y deja que te huela, maldita sea.

Dennison se acercó, obediente, y le echó el aliento a la cara. James se encogió de hombros.

—Bien, no has bebido. Pero escúchame, Dennison: evita reírte a mis espaldas.

—No me reía de usted —repuso Dennison.

—Ni lo intentes siquiera —dijo James, y le volvió la espalda.

A Dennison le costó contenerse. El capitán lo había humillado y vencido: le había integrado a su puesto. ¡Aquel hombre a quien él tenía la intención de matar!

Y el asesinato, que hasta aquel momento había sido un pensamiento vago e inseguro, adquirió consistencia. Lo mataría inmediatamente. Acaso mañana mismo.

Aquella tarde Dennison se dio cuenta de que tenía un poco de fiebre. El pecho se le había hinchado; al parecer, se trataba realmente de una insolación. Se tomó una pastilla y decidió ponerse al día siguiente una camisa más tupida.

Examinó el mapa y vio que el Canopus estaba ya a mitad de camino entre St. Thomas y las Bermudas. Un día más de navegación y habrían llegado a medio camino, con St. Thomas a cuatrocientas millas a popa y las Bermudas a cuatrocientas millas a proa. Al oeste estaban las Bahamas, a seiscientas millas. Al este se extendía el mar de los Sargazos, y más allá, a tres mil millas, África.

El océano estaba realmente desierto en aquella zona. Pocos buques mercantes, poquísimos veleros. Aquel desierto marino de tranquilas tormentas y sargazos era el lugar ideal para cometer un homicidio. Mañana. Mañana o nunca.

6

Al duodécimo día, James tomó la altura al mediodía y bajó para hacer los cálculos. Salió sonriendo del camarote.

—Estamos a medio camino —anunció.

—¿De veras?

—Sí. Doce días. Vamos muy despacio. Me gustaría que soplara un viento más continuo.

El capitán miró el agua, suavemente ondulada. Soplaba del este una ligera brisa. El Canopus recorrería un promedio de tres nudos hora.

—Realmente un poco de viento nos iría muy bien —admitió Dennison.

—Pues claro. Ahora hemos de atravesar lo que queda de las Latitudes del Caballo. Bonanzas y tormentas, tormentas y bonanzas. Una condenada pejiquera.

—Estas son aguas desiertas —comentó Dennison mirando el horizonte.

—Para mí ya está bien. Me gusta tener espacio en torno mío.

—También a mí —asintió Dennison—. ¿Está seguro de que nos hallamos a mitad de camino?

—Segurísimo. La altura y los cálculos concuerdan. ¡Eh, cuidado con el rumbo!

Dennison había dejado que el queche se desviase cerca de diez grados. Se estremeció y lo puso en ruta.

—Hay que tener cuidado —dijo James—. Hemos de estar muy atentos si no queremos avanzar hacia el norte. Mira. El viento está amainando otra vez.

—Sí.

—Y a ver si te dejas de volaterías.

—¿Qué volaterías?

—Después de la tormenta no has hecho otra cosa que estar pensativo, como si tuvieras en la mollera quién sabe qué diantre. Baja de las nubes, Dennison. ¿Qué diablos te pasa?

Dennison sintió que la sangre le afluía al rostro, enrojecido por el sol.

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Piensas en una chica de Nueva York?

—Sí. En una chica.

James se echó a reír.

—Una mujerzuelilla ha estado a punto de mandarnos al cuerno.

—Tendré más cuidado, capitán —prometió Dennison—. No me siento muy bien. Demasiado sol.

—De acuerdo —asintió James—. Deja de fantasear y manten los ojos abiertos. Si hubieses prestado más atención, la tormenta no nos habría embestido. Y yo no habría ido a parar al agua.

Dennison lo miró, sin decir nada.

—Naturalmente, salí del apuro —continuó James—. Y esto es lo importante. Pero no hubiese tenido que suceder, y no quiero que suceda más. Por eso has de tener los ojos bien abiertos. Vuelves a salirte de ruta.

Dennison rectificó la ruta del queche y volvió a mirar al capitán.

—Voy abajo a echar una siestecilla —dijo James—. Todavía te toca a ti estar de guardia.

—Capitán...

—¿Qué pasa?

—¿Hay posibilidad de que pueda quedarme aun cuando hayamos llegado a Nueva York? Mire, me gustaría mucho trabajar con usted, capitán.

—Ya lo hemos discutido —repuso James—. Nada ha cambiado.

—Pero ¿sería posible?

—No pienses en ello.

—Pero hay una posibilidad, ¿no es verdad?

—Una posibilidad muy pequeña —contestó James.

Le volvió la espalda y comenzó a bajar la escalera. Dennison lo siguió con los ojos. Se sintió poseído por una sensación de inutilidad, que revolvía rabia y odio, esperanzas y deseos.

—¡Capitán James! —gritó.

—¿Qué pasa? —preguntó James, que había llegado a la mitad de la escalerilla.

Dennison estaba empapado de sudor y las manos le temblaban en el timón.

—Tenemos un tiburón a popa. Nos está siguiendo.

—¿Y para eso me llamas?

—Capitán, no me gusta —dijo apresuradamente Dennison—. Tiene seis metros de largo, quizá nueve. Diríase que ese bastardo tiene la intención de arrancar el timón a mordiscos.

—No digas estupideces —exclamó James. Pero subió por la escalerilla—. Es grande, ¿eh? ¿De qué especie?

—No estoy seguro —repuso Dennison.

Se daba cuenta de que tenía fiebre. Notaba la garganta seca y las manos le temblaban. Agarró con más fuerza el timón. El sol, cayendo vertical, le martilleaba la nuca al ritmo de las pulsaciones de su sangre.

—Podría ser un mako —dijo.

—¿En estas aguas? No —y James atravesó la cubierta y subió a popa—. Posiblemente se tratará de un nurse. Son inofensivos. Pero acaso sea mejor que le pegue un tiro con mi rifle. ¿Dónde está ese hijo de puta?

—Justamente ahí abajo —repuso Dennison.

El capitán James se asomó a popa, agarrándose a la borda con una mano.

—No veo nada.

—Está bajo el timón. ¿No consigue verlo?

James se asomó aún más para escrutar las aguas límpidas y azules. Dennison se incorporó y sintió su cuerpo pesado, inerte. Pensó en St. Thomas, en cuando estuvo a punto de matar al negro. Pensó en Herrera. Hay siempre un momento en el cual es posible la acción. Luego, antes de que uno se dé cuenta, el momento pasa y la ocasión entonces se desvaneció para siempre.

—Ahí abajo no hay nada —replicó James.

E iba a incorporarse.

El momento estaba pasando... estaba pasando...

Las manos de Dennison se dispararon y golpearon la espalda del capitán. Empujaron con todas sus fuerzas. James cayó, y su peso hizo que se soltara de su agarradero. Cayó al agua como un plomo, levantando grandes salpicaduras, e inmediatamente salió a flote.

—¡El tiburón! —gritó James—. ¡El tiburón!

—¡No hay ningún tiburón! —replicó Dennison—. Estás tú solo, capitán. Ahora acabaste en el mar. A medio camino. A cuatrocientas millas de St. Thomas y las Bermudas. Elige, y empieza a nadar.

—¡Dennison! ¿Qué clase de broma es ésta?

—Tal vez quieras llegar a las Bahamas —gritó Dennison—. Están al oeste, a seiscientas millas. No puedes equivocarte. Nada, capitán. Nada, hijo de perra.

—¡Basta ya! —gritó James—. Endereza el queche a favor del viento, Dennison. Yo subiré a bordo.

—¡No! —exclamó Dennison—. Estás muerto, capitán. Acaso no te des cuenta, tal vez respires todavía, pero esto no tiene importancia. ¡Estás muerto!

Impulsado por un viento suave, el queche se deslizó sobre el agua, con mayor rapidez de la que podía alcanzar un hombre nadando. James bajó la cabeza y comenzó a sacudir el agua con poderosas brazadas, tratando de alcanzarlo. Pero cuando levantó la cabeza el barco estaba a unos cincuenta metros y la distancia seguía aumentando.

Dennison se sentó en la cubierta de popa y se volvió para mirar a James, que ya era sólo un grueso punto negro en el agua. Eran las doce y media y el sol resplandecía con todo su calor tropical. Dennison se sintió poseído por una sensación de triunfo. ¡Lo había logrado! Había actuado en el momento justo y con mano segura. Y todo estaba listo ya. Había cometido el asesinato. El dinero y la barca eran suyos, y suya también la venganza. Sabía que desde aquel instante comenzaría a vivir.

Tercera parte

1

Eran las doce y media. La leve brisa procedente del oeste se había extinguido. Las velas golpearon los palos y el barco empezó a mecerse sobre las olas. El capitán, a unos cincuenta metros de popa, nadaba vigorosamente y se acercaba poco a poco.

Dennison levantó los ojos hacia el cielo sin nubes.

—Viento —bisbiseó.

También se extinguieron las últimas ráfagas. El queche se balanceó, lentamente, con las velas que se hinchaban como fuelles y las botavaras que se mecían hacia adelante y hacia atrás, y cada vez que chocaban contra los palos parecían frenar la barca. Moviéndose como en sueños, Dennison arregló las velas. James estaba a menos de veinte metros del queche, repentinamente inmovilizado por la bonanza.

«¿Por qué se me ocurriría arrojarlo al agua al mediodía? —se preguntó Dennison—. A mediodía el viento cede siempre. James y yo apenas acabábamos de hablar del viento. ¿Y ahora?»

¡El motor!

Podía arreglar el motor y alejarse. Treinta galones de gasolina significaban cerca de cinco millas por galón, a la máxima velocidad. Podía poner ciento cincuenta millas entre él y el capitán. Y ciento cincuenta millas serían tan preciosas como mil.

Pero James estaba ya a quince metros de popa. Poner en marcha el motor no quería decir solamente apretar el embrague. Tenía que bajar, apartar la escalerilla y quitarla de en medio. Luego girar el conmutador de la batería. Tendría que abrir las válvulas, una cerca del carburador y otra cerca del depósito. Tendría que abrir la válvula que regulaba la instalación de refrigeración por agua. Habría de encontrar la palanca y encajarla para que engranasen las marchas. Entonces podría hacer funcionar el embrague y considerarse feliz si el motor se ponía en marcha. Era un procedimiento bastante común. Frecuentemente los motores de las embarcaciones a vela se colocaban en lugares casi inaccesibles. Y además era elemental norma de prudencia cerrar todas las válvulas y todos los interruptores cuando se estaba en el mar. Necesitaría tiempo para encontrarlos y abrirlos todos. Al menos diez minutos. No podía hacerlo ahora, porque James había llegado a seis metros de popa y continuaba acercándose.

Dennison trató de reprimir una sensación de aturdimiento. En la cabina, fijado en un caveto, había un garfio. Dennison lo asió y se dirigió a popa, empuñándolo como si fuera una lanza.

El capitán James vio el garfio y se detuvo a dos metros de popa.

—¿Hasta dónde vas a llevar esta condenada broma? —preguntó—. ¡Ayúdame a subir!

De manera que el capitán se negaba todavía a admitir la realidad. Se obstinaba en creer que todo había sido una broma.

Tal vez. Por otra parte, James era lo bastante astuto para fingir creer que se trataba de una broma, hasta que se encontrara a bordo. De todos modos, Dennison probó la tentación de asomarse y tenderle el garfio y ayudarlo a subir. Y de este modo habría ocurrido lo inevitable. El asesinato no sería asesinato, pensara o hiciera James lo que se le antojara.

Pero contuvo la tentación. ¡El queche era suyo! El queche, casi tres mil dólares y la libertad. Podía impedir a James que subiera a bordo, podía mantenerlo a distancia hasta que se levantara la brisa. El asesinato se retrasaría, pero de todos modos sería llevado a cabo.

—Mantente lejos —dijo Dennison, y se estremeció al oír su propia voz llena de decisión—. Mantente lejos o te meteré esto en el cuerpo.

James no comprendió o no quiso comprender.

—La broma ya ha durado bastante —dijo.

Nadó a babor y se agarró al extremo de una driza que colgaba sobre el agua. Dennison se acercó a él con el garfio. James esquivó el golpe y soltó la driza. Luego se alejó a nado.

—De modo que va en serio —dijo.

—Sí.

James lo miró, dudoso; luego se volvió de espaldas e hizo el muerto.

Era lógico que el capitán tratase de ahorrar energías. Pero Dennison se enfureció. Le turbaba la vista de James que flotaba en el agua, sobre la que asomaban su barriga y sus pies. Este espectáculo ponía una sombra en el dramatismo del momento. James se estaba comportando como si estuviese en una piscina. ¿Cómo podía comportarse así, a trescientas millas de la tierra más próxima?

—Estás liquidado, capitán —dijo Dennison, a quien el silencio se le hacía insoportable.

Pero ¿por qué lo había llamado capitán? Ahora el capitán era él.

—Estás muerto, James —dijo, y le disgustó no conocer el nombre de pila del capitán.

—¿Por qué hiciste esto? —preguntó James.

Dennison sabía que sus justificaciones no le parecerían válidas a James. Siguió callando.

De improviso James se dio la vuelta y comenzó a nadar en dirección al barco.

—Voy a subir a bordo —dijo—. Acabemos ya de una vez con estas tonterías.

El capitán no conseguía creer todavía en lo que estaba sucediendo. Era desagradable. Sin embargo, aquella negativa de aceptar la realidad por parte de James hacía extrañamente difícil para Dennison aceptar a su vez el sentido trágico de aquel momento. Mientras James nadaba hacia las jarcias muertas de babor, Dennison tuvo la impresión de que el capitán se había zambullido para nadar un poco, y que su tripulación le gastaba una broma... una broma que, naturalmente, había de terminar en seguida.

Pero no se trataba de una broma. Dennison se acercó a las jarcias al mismo ritmo que James, y cuando el capitán alargó el brazo, Dennison intentó herirlo con el garfio. James trató de agarrar la punta, pero Dennison fue más rápido. Un segundo golpe dio a James en la espalda y le arañó la piel. El capitán retrocedió jadeando.

El queche se mecía sobre las ondas, con las velas que se agitaban y los botalones que golpeaban los mástiles. El capitán había vuelto a flotar sobre la espalda y de nuevo respiraba normalmente, a seis metros del barco inmovilizado por la bonanza. Dennison se sentó en el techo de la cabina y aguardó a que se levantase el viento. Pocos minutos después advirtió el rumor de una brisa levísima. Bajó a cubierta, maniobró el timón e hizo girar el barco, de modo que ofreciese la popa al viento. La brisa cedió antes de que lo hubiese conseguido, y cuando llegó la otra ráfaga logró alcanzar la dirección opuesta.

Hizo girar de nuevo el queche. Y también cedió aquella brisa, y cuando volvió a soplar, en otra dirección, volvió las velas. James estaba más cerca del barco, a menos de cinco metros, apenas fuera del alcance del garfio, y aguardaba la ocasión propicia.

Dennison maldijo al viento. Pero se daba cuenta de que debió haberlo previsto. En aquellas latitudes las bonanzas eran frecuentes. Hubiese tenido que arrojar al mar al capitán cuando soplaban todavía los alisios, o bien, haber aguardado a dejar atrás las Bermudas y encontrarse en la corriente del Golfo.

Las olas pasaban lentamente haciendo balancear el barco. El cielo estaba resplandeciente y azul, sin huella alguna de nubes. El

hombre del barco miró al hombre del agua. El hombre del agua le devolvió la mirada.

2

El reloj de Dennison señalaba la una treinta y cinco. El sol le quemaba el cuello, le cocía las muñecas y las manos y le hacía arder la piel a través de la delgada camisa. Pero no tenía tiempo de pensar en la insolación. Otra ráfaga de viento encrespaba el agua. Hinchó las velas y parecía querer durar.

Dennison esperó. El barco comenzó a moverse. Luego se dio cuenta de que había perdido de vista a James.

Escrutó ansioso el agua, pero a babor no había rastro del capitán. Se subió al techo de la cabina y miró en torno. Ninguna huella. ¿Era posible que se hubiese ahogado sin lucha?

Luego Dennison advirtió algo rosado que se movía. Era una mano en la borda del buque, cerca de las jarcias de estribor. Luego otra mano. James debió de haber pasado nadando por debajo del queche. Y estaba tratando de izarse a bordo, como había hecho durante la tormenta.

Dennison saltó del techo de la cabina y golpeó aquellos dedos. Los dedos intentaron agarrarse a las cabillas. Retrocedió, se soltó y le golpeó de nuevo. El capitán se dejó caer en el agua.

El queche, abandonado a sí mismo, había girado en el viento. Las velas se agitaron. Dennison blandió el garfio. El capitán se alejó unos metros. Dennison corrió a cubierta y giró rabiosamente el timón.

Las velas se hincharon. ¡El queche se estaba moviendo! Se movía, se deslizaba sobre el agua plácida. Se movía también el indicador de la corredera. Un nudo, acaso dos. El capitán se había quedado atrás.

Había vencido. Dennison siguió gobernando el barco, mientras observaba al capitán. La velocidad aumentaba gracias a una brisa ligera e inconstante. Seguramente haría ya los seis nudos, una velocidad que un hombre no podía lograr a nado. Y el capitán se había quedado atrás unos quince metros.

Dennison agarró el timón con ambas manos, con fuerza, como si tratara de dar impulso al Canopus. La brisa comenzaba ya a amainar. ¡No podía ceder precisamente ahora! Había de llevarlo más lejos, tenía que darle tiempo a prepararse para defenderse del hombre que estaba en el agua.

Tres nudos. Eran realmente tres nudos, aunque el Canopus no avanzaba velozmente. El indicador de la corredera se había

detenido... Sin duda las algas habrían inmovilizado el mecanismo. Dennison miró a popa y vio que el capitán estaba lejos aún, a unos quince metros. No trataba de perseguir al queche. Se descubría sólo su rosada cabeza, y también parte de su cara, a intervalos, cuando la sacaba para respirar. ¿Estaría ahogándose?

Dos nudos y medio, tres nudos en el viento muriente. Sin embargo, el capitán no se había quedado atrás. Ahora el queche debería de estar a unos centenares de metros de él. Y, no obstante, el capitán mantenía la distancia de quince metros, sin nadar siquiera.

Dennison miró la corredera, el cuadrante sobre el cual la aguja había dejado de moverse. ¡Cristo! Se dio cuenta de que con toda probabilidad James se habría agarrado al cabo de la corredera y se dejaba llevar, manteniéndose en una posición casi horizontal para no oponer resistencia al agua.

Dennison tomó el cuchillo y cortó el cabo. Por un instante sintió la satisfacción de ver a James arrastrado bajo la superficie. Luego volvió a flotar y comenzó a nadar, sin desaprovechar energías, pero de modo seguro y eficaz.

La brisa estaba muriendo. Dennison logró ganar otros treinta metros. Luego amainó la brisa y el queche se detuvo. Las velas comenzaron a socollar agitadas. James se acercó y se detuvo a estribor. Se quedó flotando a seis metros del Canopus, a la sombra de la vela mayor.

Dennison estaba en guardia agarrando el garfio. Hurgó en el bolsillo para encender un cigarrillo, y se dio cuenta de que le temblaban las manos. Mientras tanto, James lo miraba con triste expresión. Acaso también él se hubiera fumado un cigarrillo... Pero ninguno de los dos habló. El sol comenzaba a declinar. Eran casi las dos y media.

3

A las tres se había calmado el leve movimiento undoso y el océano estaba liso hasta donde alcanzaba la vista. El queche parecía haberse convertido en el centro de un mundo inmóvil. En torno a él, el agua se extendía en un gran círculo plano hasta el horizonte ilimitado. En lo alto, el cielo azul, vitreo, sin nubes, se enarcaba en un hemisferio perfecto cuyo centro era el barco. Sólo el sol estaba fuera de lugar, y se arrastraba como un evadido, cayendo en el cielo hacia occidente.

El capitán James flotaba de espaldas, a seis metros del barco inmovilizado. Dennison lo miró y pensó en una luna, una minúscula y extraña luna que rodaba en torno a su planeta, sin alejarse nunca demasiado, sin acercarse demasiado nunca. Eran dos fuerzas

opuestas, la fuerza centípreta y la centrífuga, que tenían bien firmes las lunas en su órbita. También tendría a James en su órbita, nunca demasiado cerca, nunca demasiado lejos, ¿y cuándo él estaría blanco, manchado y muerto como la luna?

Para impedir divagar a la propia mente, Dennison hurgó en el armarito de cubierta. Detrás de cabos enrollados halló una cajita. Dentro había un cuchillo. Tenía la punta más bien roma, pero de todos modos era más agudo que el garfio.

Dennison tenía ya el cuchillo que llevaba a la cintura. Pero ató al extremo del garfio el que había encontrado: cuando hubo terminado la operación, su lanza tenía una punta mortal, de diez centímetros de larga.

A las tres cuarenta apareció en el horizonte un hilo de humo, al nordeste. Dennison lo miró, y James, siguiendo la dirección de su mirada, se volvió y lo miró a su vez. Los dos sabían que se trataba probablemente de un mercante solitario o de un crucero que hacía el servicio entre las Bermudas y el Caribe.

El barco era invisible más allá del horizonte. Diez minutos después el humo había desaparecido.

El desvanecimiento de aquella débil esperanza indujo a James a una nueva tentativa. Se acercó al queche y se sumergió. Dennison esperó ansiosamente. Subió al techo de la cabina para ver mejor. Descubrió una mano en el cabo de estribor del bauprés y echó a correr en esa dirección, pero la mano desapareció con igual rapidez con que había aparecido.

Hallábase en una situación sin salida. Pero Dennison sabía que tenía ventaja. James llevaba en el agua cerca ya de cuatro horas. Nadar y mantenerse a flote tenía que haber agotado sus energías. Cuanto más duraba aquella situación, menos probabilidades tenía de recuperar el barco. El tiempo trabajaba en favor de Dennison.

Pero esta idea no le causaba precisamente alegría alguna, ni siquiera aliviaba su tensión. Permaneció sentado en cubierta, agarrado al timón inerte, tratando de no mirar aquel sol descentrado, feroz y llameante. Esta vigilancia ininterrumpida le había causado un terrible dolor de cabeza que le martilleaba la nuca. Deseaba desesperadamente un sorbo de agua. Pero el agua y las provisiones, y una camisa más tupida, la gorra, las gafas de sol, la aspirina y una toalla para envolverle el cuello que le ardía... todo estaba en la cabina. Dennison sabía que no podía abandonar el puente hasta que James estuviera flotando, y esperar la ocasión propicia.

Aquella condenada historia duraba demasiado tiempo. ¿Tendría que quedarse allí esperando que James se muriese lentamente? Había de reflexionar, debía hallar un modo de desembarazarse inmediatamente del capitán. ¡Tenía que haber un modo!

Se acordó del rifle.

Le parecía ver aquel viejo Winchester, bien engrasado y envuelto en tela impermeable, colgado de los ganchos del armarito, a estribor. El rifle para los tiburones. ¡Hubiese tenido que pensar antes en él! Y cuando tuviera en las manos aquel rifle, acabaría con el capitán de una vez por todas.

Mas para apoderarse del rifle tendría que abandonar el puente. Habría de bajar por la escalerilla, ir al camarote y abrir el armario. Dos tajos con la navaja para cortar el merlín que lo sujetaba. Luego volver a toda prisa al puente, donde podría quitarle con toda comodidad la funda impermeable.

Para recoger el rifle tendría que dejar sin custodia el puente. ¿Cuánto tiempo necesitaría James para subir a bordo del queche?

Probablemente James intentaría subir por la parte central del barco, donde la curva era más baja. En aquel lugar podría poner los dedos a bordo. Cinco segundos para llegar hasta allí. Luego tendría que izarse. Y esta vez no le ayudaría el balanceo del barco, como había sucedido durante la tormenta. Seguramente no lograría subir. Pero acaso, llevado por la desesperación, haciendo acopio de toda su extraordinaria fuerza, podría acaso subir a bordo. Digamos otros cinco segundos. Diez segundos en total.

Y ¿cuánto tiempo necesitaría él para bajar al camarote, abrir el armario, cortar los cabos, coger el rifle y subir al puente?

Tal vez diez segundos, si tenía suerte.

Demasiado arriesgado. Habría de reducir ese tiempo a un par de segundos.

Pero era un cálculo aproximado. James podría agarrarse a los cabos e izarse a bordo en sólo ocho segundos. Pero también podría emplear quince segundos. Pocos instantes más o menos podrían significar la victoria o la derrota.

Si el capitán lograra encaramarse sobre el puente...

No. Era absurdo pensar en semejante cosa. ¿Por qué no esperar, confiando en que aquel bastardo se ahogase en seguida?

No, esa historia duraba ya demasiado tiempo. Tenía que apoderarse del rifle.

Dennison se preparó para pasar por esta prueba. El rifle se convirtió en lo más importante de su vida, la solución de todos sus problemas. Calculó cien veces todos los movimientos que debería

efectuar. Tenía que bajar la escalerilla con una gran prudencia, porque no podía correr el riesgo de caer. Aquel peldaño, arreglado provisionalmente, podría ceder. Un resbalón, una caída, la pérdida del conocimiento...

Tenía que moverse apresuradamente, pero no con demasiada prisa.

Pasaban los minutos. Dennison contemplaba al hombre en el mar. James continuaba flotando, y no miraba el barco. Estaba a una distancia de tres metros. Había perdido la gorra y su cabeza calva estaba todavía más enrojecida.

Dennison se acercó a la escalerilla, sin hacer ruido. Empuñó el cuchillo y esperó. El capitán no se volvió.

¡Adelante!

Dennison se precipitó escaleras abajo, resbaló en el tercer peldaño y se agarró al techo para no caer. El cuchillo se le escapó de los dedos. ¡Maldición! ¿Por qué no lo habría llevado en el cinturón? Llegó al pie de la escalera y lo recogió. Le parecía que tenía en el cerebro un reloj con un tictac implacable, que contaba los segundos.

Cuatro. Cinco.

Llegó ante el armario. Trató de abrirlo. Estaba atascado: la madera se había hinchado con la humedad. Lo abrió rabiosamente y se destrozó las uñas. Nueve segundos, diez.

¡Ahí estaba el rifle! Cortó los cabos, agarró el arma y tiró de ella: estaba todavía atada. Catorce segundos. ¡Cristo! ¿Cómo lo habría atado el capitán? Volvió a usar el cuchillo, y esta vez logró soltar el rifle.

La cabeza le martilleaba con furia. Tenía la garganta tan seca que creyó iba a ahogarse. Aquella maldita garganta estaba rebelándose porque advertía la presencia del agua fresca y pura, precisamente bajo el armario. Su garganta y todo su cuerpo deshidratado invocaban el agua. Pero tendría que esperar: ahora no tenía tiempo.

Comenzó a subir por la escalerilla. ¡Dieciséis segundos! ¡Cuidado con el tercer peldaño! Sentíase como un general que ha empleado a todos sus hombres en un único ataque frontal y sabe que el enemigo está convergiendo hacia su único flanco indefenso.

El tercer escalón cedió bajo su peso. Dennison arrojó el rifle sobre cubierta, se agarró con ambas manos y llegó al puente. Diecinueve segundos. ¿Dónde estaba el cuchillo? Por fortuna lo llevaba en el cinturón: se lo había puesto allí sin darse cuenta. Lo empuñó y se volvió bruscamente, preparándose al ataque del capitán.

Pero James no se había movido. Flotaba todavía a tres metros del queche, con los brazos abiertos como una estrella de mar; los pies se agitaban en breves movimientos, pateando lentamente. Dennison comprendió que James estaba tratando de recuperar las energías que había gastado en su última tentativa de subir a bordo. Probablemente, en aquel momento, James no conseguiría asirse a nada ni aunque le arrojaran una escalerilla. Considerando así las cosas, la verdad es que hubiese podido beberse un sorbo de agua.

Bueno, dentro de un momento podría beber. Dennison le quitó al rifle la funda impermeable. James se volvió y lo miró con ojos opacos. Y apareció el rifle, largo y mortal, brillante de grasa.

Dennison quitó el seguro y apuntó a la frente enrojecida de James. Su dedo se contrajo sobre el gatillo. La frente de James se revolvió dentro y fuera del agua azul. Dennison cerró los ojos un instante,, luego volvió a apuntar. En el punto de mira apareció una masa enrojecida. Apretó el gatillo.

Oyó un clic seco, vacío. Alzó los ojos y se dio cuenta de que había tomado como blanco el sol de la tarde. Abrió la recámara y vio que el rifle estaba descargado.

Era lógico. Tenía que haber previsto que James nunca hubiese guardado un rifle cargado. Pero había balas, estaban a bordo. ¿Dónde las habría metido James?

Dennison cerró los ojos y se esforzó en pensar. Balas. En algún sitio James habría puesto una caja de balas. ¿Dónde podría haberla metido? ¿En qué armario, en qué escondrijo?

James lo miraba y sonreía. ¡Lo sabía! Sabía que el rifle estaba descargado, sabía que Dennison no podría encontrar las balas sino después de una larga búsqueda. Y, por el momento, decidió no hacer otra tentativa.

Furioso, Dennison arrojó el rifle contra James. El rifle pasó por encima de su cabeza, cayó al agua y se hundió. James se rió de nuevo y permaneció tendido, con el vientre quemado por el sol, que aforraba en el agua como una islilla. Siguió flotando tranquilamente, a la sombra de la vela mayor.

El reloj de Dennison señalaba las cuatro y cuarto. El sol había perdido gran parte de su violencia. Descendía rápidamente hacia el horizonte. Por un instante un soplo de viento encrespó el agua, pero cesó. Quizás anunciaba la brisa que se levantaba con el crepúsculo.

De pronto, en un vértigo de horror, Dennison recordó que en algunos rifles se podía abrir la culata: había en ella un pequeño receptáculo en el que se colocaban los instrumentos para limpiarlo y algunas municiones. ¿Y si el fusil del capitán era de ese tipo? ¿Y si las balas hubieran estado escondidas allí dentro? Bueno. Ahora ya no

había remedio, ni le importaba. Se sentó en la cubierta, aturdido y apático. James, ahora, estaba flotando un poco más cerca del barco.

4

A las cinco, el fúlgido sol de color rojo cobre colgaba sobre el horizonte, a occidente. Pequeñas y desgarradas nubes acumulábanse en torno, dispuestas a escoltarlo en su descenso al mar. Al este, el cielo era de un azul crepuscular. En el aire ya había un estremecimiento de frescor.

Sólo en aquel momento Dennison se dio cuenta de la gravedad de las quemaduras causadas por el sol. Cara, brazos, cuello y espalda eran de un rojo vivo, el color de una langosta hervida. En cualquier lugar que el sol le hubiese tocado, la piel le dolía atrocemente. Cada contracción de los músculos era un sufrimiento, y la ligera camisa que vestía le parecía que estaba hecha de papel de lija.

El capitán James se había amparado bajo un manto protector de fresca agua azul. El sol le había quemado sólo la cara, la cabeza y el vientre. Dennison lo miró y experimentó un sentimiento de envidia. En aquel momento no conseguía imaginar una felicidad mayor que estar rodeado y empapado de agua.

¡Aquel maldito sol! Había gente que se reía de las quemaduras provocadas por el sol: las consideraba de poca importancia. Pero Dennison sabía que eran tan dolorosas como cualquier otra quemadura: era como escaldarse con agua hirviendo o con un atizador al rojo. Había visto a muchos hombres desvanecerse por el choc, a consecuencia de las quemaduras ocasionadas por el sol: sucedía a menudo cuando el cuerpo perdía demasiada sal y demasiado líquido vital. Y no podía hacer nada para remediarlo, sin correr riesgos todavía más graves.

Necesitaba beber.

Abajo, en la cabina, había un ungüento a base de ácido tánico, un suave ungüento emoliente, para extenderlo por los pómulos que le escocían, la frente ardiente, el cuello y los brazos enrojecidos.

Pero no podía ir a buscarlo. Todavía no. James flotaba cerca del barco y aguardaba la ocasión de subir a bordo. Por mal que se sintiese Dennison, James debía sentirse peor todavía, luego de aquellas cinco horas transcurridas en el agua. Después de la muerte de James, el queche y los dos mil seiscientos dólares pertenecerían a Dennison. Y también el depósito del agua y el ungüento serían suyos, y toda una noche de sueño, y el final de aquella horrible pesadilla.

Con la proximidad del crepúsculo comenzó a levantarse la brisa y empezó de nuevo el movimiento de las olas. La brisa soplaba de popa, y Dennison hizo girar el botalón de la vela mayor hasta que

estuvo dispuesto en ángulo recto respecto al eje longitudinal del barco. La vela se agitó y comenzó a hincharse.

James se apresuró a nadar en dirección al botalón, y apenas éste se inclinó hacia la superficie del agua tendió los brazos para agarrarlo y lo sostuvo con una mano. El queche cabeceó violentamente y el capitán consiguió asirse al botalón con la otra mano.

Dennison lo observaba aturdido. La punta del botalón estaba en el agua y el otro extremo, cerca del mástil, comenzó a crujir. James intentaba pasar una pierna sobre la percha, agarrándose como un molusco monstruoso.

Dennison reaccionó, tiró del botalón, arrastrando tras él al capitán, que no lo soltaba. El garfio convertido en lanza estaba dispuesto. Pero cuando quiso asestar el golpe, el capitán soltó la presa y cayó al agua.

¡Por un pelo! No debería lanzar los botalones al agua.

Las velas se estremecieron en la brisa. Dennison las reguló y las fijó. El queche comenzó a moverse. Por fin avanzaba. Pero ¿dónde estaba James?

No había rastro de él a babor ni a estribor, ni tampoco a popa. Dennison corrió hacia adelante, oyendo el crujido rabioso de las velas, mientras el Canopus era impulsado por el viento. Llegó a proa y se asomó a mirar. Nada. ¿Dónde estaría James?

Luego oyó un golpe a proa, en la banda de estribor. Se asomó y vio lo que había hecho James.

El queche tenía un bauprés de cerca de dos metros de largo. Para que se hallase en condiciones de gobernar la tensión de las velas, estaba fijado con cabos a entrambas partes. Los cabos corrían hacia abajo, desde el extremo del bauprés hasta los anillos de hierro fijados en la proa, apenas por encima de la línea de flotación. Y, para mayor seguridad, estaba también el barbiquejo del bauprés, que no era un cabo sino una larga barra de hierro que descendía de la punta del bauprés hasta proa, partiendo en dos el ángulo formado por los cabos.

Era una especie de pirámide hueca. Y James se había introducido en aquella pirámide. Había metido con cuidado oblicuamente los hombros robustos en el triángulo formado por el barbiquejo y el cabo de estribor. Con el brazo izquierdo se sujetaba al primero y con la mano derecha se agarraba al segundo. Estaba sólidamente instalado en aquella pirámide hueca, y mantenía la cabeza y los hombros por encima de la superficie del agua.

Dennison blasfemó, se agarró con una mano a la corredera de seguridad y se asomó a estribor para herirlo con el garfio. Pero no lo

consiguió. La curvatura de la embarcación protegía a James. Se inclinó aún más y trató de dar el golpe con una sola mano.

James soltó el cabo de estribor y agarró el garfio. Dennison intentó que lo soltara, pero James, que tiraba de él hacia abajo, podía sacar mayor partido de sus fuerzas. El capitán dio un tirón y poco faltó para que lograra hacer caer a Dennison al agua. Pero, imposibilitado como estaba entre la cadena y el barbiquejo, no pudo tirar con la energía necesaria. Dennison, que agarraba todavía el mango del garfio, recuperó el equilibrio y dio a su vez un tirón. Y esta vez James, en lugar de tirar, le dio impulso.

El extremo del mango del garfio golpeó a Dennison en pleno estómago. Cayó hacia atrás sobre el cabrestante y dio de cabeza contra el puente. Se sintió de pronto envuelto por la oscuridad, por un sonido agudo y vibrante. Se esforzó en no perder el conocimiento, sacudió la cabeza como un animal herido, mientras dentro de él un reloj escandía el paso inexorable de los segundos.

Por último consiguió incorporarse sobre las rodillas. El garfio había quedado apoyado en el cabrestante. Lo recogió y se levantó estremeciéndose. ¿Por qué el capitán no había subido a bordo?

Dennison se asomó cautamente a estribor y vio lo que había ocurrido. El costado curvo de la embarcación, que le había impedido herir a James, ahora obstaculizaba los movimientos del capitán. James estaba intentando izarse lentamente entre los cabos que sujetaba. Cuando vio a Dennison renunció a hacerlo y se encogió contra el casco.

Dennison disimuló y luego tanteó cautamente con el garfio. James se retiró bajo la proa, fuera de su alcance. Dennison pasó a babor e intentó alcanzarlo de nuevo, pero James se apresuró a volver a estribor.

Dennison se detuvo por el momento. De este modo no lograría nunca alcanzar al capitán. Por otra parte, James estaba inmobilizado, porque permanecía bajo la proa. Necesitaría muchos minutos de tregua para tener la posibilidad de poder subir a bordo. Y si dejaba la proa, se vería obligado a soltar su asidero y corría el riesgo de que el queche se alejara sin él.

De nuevo la situación no tenía salida.

Al oeste, el borde inferior del sol rozaba el mar. Iban amontonándose bancos de nubes, y la oscuridad del crepúsculo cubría la mitad oriental del cielo. Eran las cinco y treinta y cinco. El ocaso.

Dennison miraba el sol que descendía sobre el mar sombrío. Tengo que pensar, se dijo. Tengo, tengo que pensar. Al diablo la sed, las escoceduras, la fiebre, el dolor de cabeza, los vértigos, todo. Tengo que pensar. Me va en ello la vida. ¡Tengo que pensar!

Pero pensar era difícil. Lo distraían el golpear de las velas contra los palos y el del mar contra la quilla. Estaba sentado a proa y miraba el crepúsculo. Soplabla una brisa discreta, pero no podía dirigirse a popa para gobernar el queche. Antes tenía que elaborar un plan. Se impuso la necesidad de pensar. Pero había de comprender que la solución no tenía nada de sencilla. James estaba agarrado a la embarcación y no soltaría la presa. Sin embargo, hacía seis horas que el capitán estaba en el agua. A cada instante que pasara sus fuerzas serían menores. Y no podía subir a bordo, porque Dennison vigilaba sin perder la cabeza.

Tal vez debería luchar con mayor decisión, pensó Dennison. Tengo que acabar con esto de una vez. Está en situación desventajosa bajo la proa. En un brazo se ha arrollado un cabo, y con el otro se sostiene en el barbiquejo del bauprés. Prácticamente está inmovilizado. Admitamos que no haya perdido el cuchillo: lo tendrá sujeto a la cintura con una cuerda. Una cuerda muy corta. No puede utilizarla para pelear.

¿Y si hiciese pasar un par de cabos en torno al cabrestante y me llegase a él armado con mi cuchillo? ¡La sorpresa que iba a darle! Me lanzaría sobre él como un rayo y, como un loco, lo cosería a puñaladas. Probablemente no tendría ni siquiera la posibilidad de empuñar el cuchillo. Y si la tuviera, tampoco podría manejarlo bien, porque necesita estar agarrado a algo y el cabo es demasiado corto. Seguro que un par de golpes serían suficientes para desembarazarme de él; todo lo más, podría causarme alguna herida.

Asintió. Era un plan excelente. Pero resultaba absurdo correr riesgos inútiles. Reflexionó unos instantes y se dio cuenta de que no era necesario tener un cuerpo a cuerpo con James. Había algo mejor.

Si corriera a popa y girase el queche para hacerle tomar el viento... en la dirección que fuera, con tal que se moviese. En este caso James quedaría inmovilizado de verdad, clavado contra la proa, y sólo podría moverse con enormes esfuerzos. Cansado, debilitado, agotado, el capitán a duras penas lograría mantenerse agarrado para poder sacar las narices fuera del agua. Y el esfuerzo de sujetarse y respirar todavía lo debilitaría más. Y le sería casi imposible subir a bordo.

En menos de una hora se habrían disipado las últimas energías de James. Sus brazos se aflojarían y las olas romperían sobre su

cabeza. Acaso hiciera un último y desesperado esfuerzo para subir a bordo. Luego sería el fin.

Esto era indudablemente mejor que zambullirse a proa y enfrentarse con un hombre desesperado armado con un cuchillo.

Con tal de que el viento fuera constante...

Dennison se levantó, cargó el foque. El queche se inclinó hacia babor. Corrió a la cubierta de popa, soltó un poco la mesana y la vela mayor. Ató el timón a estribor, y luego se precipitó de nuevo hacia popa.

Sí, todo había ido bien. La mesana y la mayor se hinchaban e impulsaban el queche hacia adelante. La vela de estay estaba baja a proa, fuera del viento. El queche avanzaba, no a toda velocidad, y sin seguir una ruta determinada, pero velejaba sin obstáculo.

Dennison se sentó sobre el techo de la cabina, vuelto a proa, y buscó alivio en el frescor de la tarde. Miró al sol ponerse, miró las chillonas nubes rojas y violeta fundirse en un naranja opaco y luego en un gris pizarra. Experimentó una sensación de paz, una inmensa sensación de bienestar.

Luego se estremeció. Miró hacia el este: el cielo era de un azul oscuro, crepuscular, oscurísimo en el horizonte. Cuando se volvió hacia el oeste, las nubes del crepúsculo habían perdido todo color. El borde superior del sol se había hundido ya en el mar. El crepúsculo cubría todo el cielo, y comenzaban a apuntar las estrellas.

Había llegado la noche. Desapareció la sensación de bienestar que Dennison había experimentado. Mientras se estremecía en el fresco del anochecer, tuvo la impresión de que había olvidado algo, algo que hubiese debido hacer durante el día y que, en cambio, había olvidado, ignorado. Y ya era de noche.

¡Dios mío! ¿Cómo pudo ocurrir? ¿Hasta qué punto era capaz de engañarse a sí mismo? ¿Cómo había podido dejar que se le escaparan aquellas preciosas horas de luz?

Durante todo el día, desde la tarde al crepúsculo, había tenido en las manos la mejor ocasión. Y ahora era de noche. Y Dennison comprendió que la oscuridad era la gran aliada del capitán.

6

A las seis cincuenta y cinco el crepúsculo se había desvanecido; el cielo estaba negro y ya brillaban las estrellas. Pero ¿y la luna? ¿Dónde estaba la luna?

Dennison recordó que la noche anterior hubo luna llena. Pero ahora no conseguía recordar cuál era la fase siguiente a la de luna llena. ¿Cuarto menguante? ¿Luna nueva? Sin la ayuda de la luna...

Por último la vio, en cuarto menguante, deslizarse fuera de una masa de nubes. Rozó las ondas minúsculas con su luz fría y trazó un sendero luminoso sobre el agua hasta el horizonte, a occidente. En aquella luz triste Dennison consiguió distinguir los detalles del puente y del techo de la cabina, pudo seguir la intrincada telaraña de las jarcias y los estays. Escrutó toda la embarcación a la luz muerta y engañosa de la luna y no vio manos que se agarrasen a la borda, no vio masas oscuras izarse desde el mar.

La luna era su aliada.

Pero la fuerza y la fidelidad de su aliada eran muy dudosas. Nubéculas sueltas pasaban por la cara de la luna, precipitando al queche en la oscuridad, y dejaban a Dennison sumido en el sufrimiento de la tensión hasta que habían pasado. A sudeste, lejos, se había formado un gran banco de nubes: ya habían ocultado la tercera parte del cielo, apagando las estrellas, y seguían avanzando, amenazando alcanzar y esconder también la luna.

Necesito una linterna de bolsillo. Pero está abajo, en el camarote.

¿Y qué? No es el momento de volverse atrás. Cuando tomo una decisión nadie me cambia. Salgo mejor del paso cuanto más crítica se vuelve la situación. Ahora bajaré al camarote, tomaré la linterna y beberé un poco de agua.

Dennison no se movió. Pensó en el hombre que estaba bajo el barco, con la cabeza apoyada en el casco. Seguro que James lo oiría bajar por la escalerilla. ¿Valía la pena de correr un riesgo tan grande por un objeto minúsculo como una linterna de bolsillo?

Era mejor esperar un poco más. Y dejar que fuese el otro el que cometiera el error.

Pero ¿había realmente un hombre bajo el queche?

Claro que sí, se dijo Dennison. No es el momento de fantasear con esto.

Aunque la cara le ardía, se estremecía en el frescor de la noche. Fiebre y escalofríos: demasiado sol. ¡Oh, no, no debía ceder al delirio, precisamente ahora! Tenía que pensar con claridad; debía recordar que el capitán James estaba debajo del queche, con un cabo en torno a un brazo y el otro apoyado en el barbiquejo del bauprés, semientumecido, agotado, desanimado, sediento y hambriento...

Ahora a ese hijo de puta sólo le queda una chispa de vida. Acaso ya esté muerto.

Dennison pensó durante unos instantes en esta posibilidad, luego la rechazó. James había demostrado un rabioso apego a la vida. Estaba vivo, allí debajo, vivo y dispuesto a actuar. El capitán era

uno de esos hombres que logran sobrevivir siempre, uno de esos hombres que siempre salen con vida de cualquier peligro.

Pero yo también soy de la misma raza, se dijo Dennison. Todo en mi vida lo demuestra. Muchas veces me he encontrado en situaciones peligrosas. Condenadamente peligrosas. Otro se habría ido al diantre; yo no.

Pero esta vez no hice las cosas como era debido. James debe de pensar que no sirvo para nada. Me parece casi oír lo que está pensando: "Se ha equivocado en un asesinato facilísimo, como se ha equivocado en todo en su vida."

Pues bien, James, te equivocas tú. ¿Qué sabes tú de mi vida? No puedes juzgar mi vida basándote en algunas opiniones que te hayas formado sobre mí en unos pocos días. Hay que saber muchas cosas sobre un hombre, antes de hacerse una idea sobre su carácter y lo que es capaz de hacer. Y aun entonces tampoco puedes estar seguro.

Tú me viste en St. Thomas, en una serie de circunstancias, y creíste que yo era realmente ese. Pero no era verdad. Algunas veces el ambiente puede hacer que uno parezca distinto. Reconozco que en St. Thomas estaba hecho trizas. Y tú sólo viste de mí un aspecto, viste al miserable sucio, con la barba crecida, embustero y vagabundo. Y por esto, claro está, te imaginaste que yo era solamente eso: un eterno miserable, vil, incapaz de transformarse, incluso con un matiz de maldad. Un miserable total y simplemente, siempre.

Pero te equivocaste, y por esto acabaste en el mar. Los seres humanos no son trozos muertos de granito, capitán James. Son lava fundida, y siempre mudan, se mueven siempre, eternamente modelados por las circunstancias y el deseo. Tú no sabes quién soy, capitán James. Pero ahora lo estás aprendiendo a tu costa. ¿Crees que esta es la primera vez que mato a un hombre? Maté a un hombre, por primera vez, en Corea...

7

...en 1946. Estaba en la compañía Fox, en el 32 regimiento de infantería. La compañía se había quedado aislada en una pequeña colina, sobre la ciudad de Kaesong. Tal vez recuerdes Kaesong. Surge en una de las principales líneas de invasión de la Corea del Sur, y los coreanos del norte la pasaron en junio de 1950 y tomaron la ciudad en pocas horas, y un par de días después se encaminaron a Seúl.

Pero todo esto ocurrió mucho más tarde. Entonces estábamos en 1946, un año después de terminada la segunda guerra mundial. Nuestra compañía protegía una zona estratégica, sobre el paralelo

treinta y ocho. Teníamos tres puestos avanzados y tres de bloqueo. Defendíamos la estación del ferrocarril y el campamento de la compañía. Defendíamos también el barracón del comandante y la letrina.

Yo he sido siempre un tipo más bien afable. Era taciturno, y algunos, como Herrera, me consideraban un bellaco. Pero luego a su costa hubieron de aprender que las cosas eran muy distintas. Me consideraba un púgil discreto. Y en aquellos tiempos pesaba veinte libras más. No me reconoceríais si tuviese un poco de carne encima, en el pecho, los brazos y los hombros. Y todo eran músculos. Los gallitos de la compañía aprendieron pronto a dejarme en paz.

¿Sabéis lo que forma a un hombre? La tensión. La tensión, la presión y la temperatura. Estas fuerzas forjan a un hombre, como forjan un trozo de metal. Acaso la herencia y el ambiente de la primera infancia determinan el metal de que uno está hecho. Pero lo que a uno le hace reconocible, lo que le da lucimiento y relieve, es el molde en el cual la vida vierte la sustancia de uno todavía informe. Es una experiencia que sucede más tarde o más temprano, pero que es inevitable.

Y para mí Corea fue decisiva. Era una especie de molde gigantesco. Los fuertes éramos forjados y templados. Los débiles, falladas las aleaciones, los ejemplares defectuosos, se pulverizaban bajo la presión.

O uno se formaba o se destrozaba, y muchos se destrozaban. Recuerdo todavía a Eddie Trent, que vendía sus cosas en el mercado de Kaesong para comprar huevos, castañas, miel y latas de corned beef de la UNRRA, importadas desde Australia. Era un tipo defectuoso. Estaba además el exparacaidista Dougald. Se enamoró de una prostituta indígena que se llamaba Blackie, y que regularmente hacía el amor con todos los hombres de la compañía. Era idéntica a las demás rameras coreanas, pero Dougald quería casarse con ella. Una mañana la hizo entrar tranquilamente en el despacho del comandante; la llevaba de la mano y dijo:

—Señor, esta es la chica con quien quisiera casarme.

Lo enviaron a su casa, licenciado por motivos de salud, y la última vez que tuve noticias suyas decían que estaba en un manicomio.

También él era uno de los débiles.

Y podría hablarte de una docena de individuos como ese. Como Morgan, por ejemplo, que, a pesar de todas las precauciones, adquirió una nueva e incurable sífilis, de una chica que según él era virgen. O bien, como Berkenhorst, que se durmió mientras estaba de guardia en uno de los puestos avanzados. Los rojos lo sorprendieron y lo mataron. Y luego lo castraron. O bien como Muccio, que fumaba

siempre cuando estaba de guardia en el polvorín y una noche voló por los aires.

Todos los débiles, todos los que se van a pique en lugar de nadar... representaban otras tantas posibilidades para los demás. Corea te forjaba o aniquilaba.

Estaba hablando de cuando maté a un hombre por primera vez. Era una noche de mediados de febrero: el termómetro marcaba bajo cero. Yo estaba de guardia en el puesto de bloque número doce, un barracón al borde de una carretera de tierra batida. Cincuenta metros más allá había un puente semidestruido, que señalaba nuestro límite bajo el paralelo treinta y ocho. Nuestra misión era controlar los salvoconductos de los campesinos que atravesaban la línea, y denunciar a los pocos prófugos japoneses que todavía conseguían llegar de Manchuria y de Corea del Norte.

Aquella noche Tommy Harrison estaba de guardia conmigo. Los dos nos habíamos sentado en dos bancos de madera, uno frente al otro, y en medio teníamos una estufa de leña. Tommy escribía una carta a su chica, yo leía unos tebeos. Todo estaba tranquilo. Hacía un par de semanas que los rojos no nos molestaban.

Pero oímos unos disparos. Una bala traspasó la pared de la barraca a cincuenta centímetros de mi cabeza y rozó la frente de Tommy.

Me arrojé al suelo inmediatamente. Tommy me miró boquiabierto.

—¡A tierra! —le grité.

También se echó de bruces a tierra. Otros dos proyectiles atravesaron nuestra barraca. Tomé mi fusil y me cargué la bombilla.

—¡Dios santo! —exclamó Tommy—. ¡Dios santo bendito! ¿Qué ha sucedido, Dennison? ¿Ha estallado la guerra? ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Tranquilo —le dije.

Avancé arrastrándome sobre el suelo y tomé el teléfono de campaña. No funcionaba. Luego descubrí que habían cortado el cable.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —insistió Tommy.

—Saldremos de esta barraca —repuse.

Alguien había comenzado a disparar con una ametralladora y los proyectiles pasaban muy cerca de nosotros.

Me arrastré fuera de la puerta con mi M-1 en los brazos, y Tommy me siguió.

—Tú ve a la izquierda —le dije—, rodeando la barraca. Estáte abajo y observa los fogonazos de los fusiles.

—¿Y tú?

—Iré a la derecha, detrás del bidón de nafta.

Tommy comenzó a moverse. Cargué el fusil y le quité el seguro. Me protegí detrás del bidón y miré la pendiente oscura de la colina ante mí, que se hallaba ya en territorio de Corea del Norte, y de la cual partían, a intervalos irregulares, cegadores relámpagos. Parecía que nuestros adversarios tuviesen por lo menos tres o cuatro fusiles, más la ametralladora.

Calculé que deberían de hallarse a un centenar de metros de nosotros. Tenía la garganta seca y los ojos se me salían de las órbitas, tratando de descubrir algo en aquella oscuridad, algo contra lo cual disparar. Tenía miedo, según imaginé, pero no tuve tiempo de comprobarlo.

Los rojos acertaban regularmente al bidón de nafta. Lo dejé, me arrastré detrás de un viejo tronco de árbol. Y comencé a disparar contra uno de aquellos fogonazos irregulares. Luego cesé. También Tommy estaba disparando.

Vacíé el cargador disparando en la oscuridad, pero no conseguí acertar a nada.

Tomé como blanco el fogonazo más cercano, y disparé.

Le di, porque oí gritar. Gritó durante unos cinco segundos, luego estertoró un par de segundos más y después se calló. Comprendí que estaba muerto.

Acabé de descargar el fusil en el intento de matar al hombre de la ametralladora. No creo haberlo herido: probablemente se había amparado detrás de algo. Metí otro cargador en mi M-1, pero ya habían cesado los fogonazos que servían de punto de referencia. El tiroteo cesó, y los rojos se batieron en retirada.

Se acabó aquello. Tommy gemía, y por un instante creí que lo habían herido. Pero sólo estaba asustado. Se recobró de pronto y preguntó:

—¿Se acabó?

—Eso creo.

—¡Dios mío!

—Será mejor volver a cargar los fusiles —le dije—. Nunca se sabe.

Puse el seguro en mi fusil y traté de comprender lo que se experimentaba después de haber matado a un hombre.

Aquellos eran los días que te forjaban o te deshacían...

...pensó Dennison, sentado en el techo de la cabina, a bordo del queche que se mecía suavemente sobre las olas. El recuerdo de Corea se desvaneció y fue sustituido por el vértigo y la náusea. Agarró el garfio con todas sus fuerzas, hasta que la crisis hubo pasado. Luego se llevó la mano a la cintura para asegurarse de que todavía conservaba el cuchillo. Y el hombre del agua no se dejaba sentir.

¿Durante cuánto tiempo había permanecido sentado, pensando en Corea?

El reloj señalaba las siete y dos minutos. Había transcurrido cerca de media hora desde que pensó bajar al camarote a beber un poco de agua.

Pero Dennison se dio cuenta de que el tiempo se había malgastado. Le había recordado de modo muy vivo otro aspecto de sí mismo: un soldado que no tiene miedo de actuar. Él era así en realidad: en aquellos tiempos y también ahora. El hombre acabado de St. Thomas había evitado actuar a lo largo de siete horas. Pero ahora le correspondía al fusilero de Corea terminar de una vez y liberarse para siempre de James.

No era difícil, y lo sabía. Si consiguiera bajar y arreglar el motor, podría alejarse a la velocidad de seis nudos. Y la ola que embestía la proa del queche se levantaría a mayor altura que el lugar donde James estaba agarrado. Y el capitán se ahogaría, o sería arrastrado.

El problema era arreglar el motor.

Dennison reconsideró todos los preparativos. Bajar la escalerilla: apartarla, accionar el interruptor de la batería, abrir las válvulas del carburante y del agua, encontrar la palanca y subir para poner en condiciones el motor. En total, cinco minutos o más pasaría bajo cubierta.

James tendría tiempo de subir a bordo y acuchillarlo por la espalda mientras él trabajaba en el motor. Era un gran riesgo. Si esperase...

¡No, por Dios! No tenía intenciones de esperar. Dennison volvió a acordarse de Corea, y se sintió lleno de coraje, de decisión. Entonces fue capaz de apretar un gatillo, entonces había sido capaz de correr un riesgo. ¿Acaso ya no era el mismo hombre? Entonces como ahora era capaz de tomar una decisión, de seguir un plan, de realizarlo, incluso a costa de la vida. Porque estaba hecho así.

De repente se sintió maravillosamente bien. A pesar de la fiebre y los escalofríos, sabía que valía la pena vivir un momento como aquel. La incertidumbre era la aventura. Y precisaba el hombre adecuado para triunfar. ¿Cómo había podido olvidar la clase de hombre que en realidad era? ¿Cómo había podido abandonarse hasta convertirse en un hombre acabado, bocaza y estafador?

¡Tenía que arreglar aquel motor!

Pero antes había de tratar de proteger todo lo posible la acción que iba a realizar.

—James —llamó en voz baja, asomándose cautamente a proa.

No tuvo respuesta.

—¡Capitán James!

Esta vez oyó una especie de gruñido. Dennison se asomó y vio un rostro palidísimo y tenso.

—James —le dijo—. Sería mejor que soltaras la presa y te dejaras ir. Yo estoy sentado a proa. Y me quedaré aquí. No me alejaré hasta que te hayas ahogado.

Ninguna respuesta.

—Y espero —prosiguió Dennison—, confío con toda mi alma que asomes la jeta a nivel del puente. Porque te la aplastaré de un solo golpe, capitán.

Ninguna respuesta. Dennison volvió a sentarse en el techo de la cabina, y esperó. No ocurrió nada. Se levantó sin hacer ruido y se dirigió a la escalerilla. Luego se detuvo a reflexionar.

¿Y si James le respondía, y si le hacía una proposición y él no estaba allí para contestar? Acaso el capitán levantaría cautelosamente la cabeza y, viendo que no estaba, subiría a bordo.

Tal vez había hecho mal hablándole. Algunas veces el silencio es más eficaz que las palabras.

Dennison trató de cubrirse las espaldas.

—Esta es mi última palabra, capitán —declaró—. Digas lo que digas, pregunes lo que pregunes, ya no te responderé. Y esto es todo, capitán.

Silencio. ¿No habría dicho demasiado? Acaso el capitán habría intuido su propósito de descender al camarote. ¿No era ya hasta demasiado evidente? ¿Por qué diablos había abierto la boca, para empezar?

Quizá debería quedarme aquí sentado un rato, en silencio, y ver si intenta subir a bordo. Algunas veces es mejor ser prudente. Es absurdo descubrirse cuando no es necesario. Lo aprendí en el

ejército. Ahora son las siete y dieciocho. Esperaré hasta las siete y media.

Levantó la cabeza y vio que la luna estaba en el cénit. La brisa había cesado.

Doce minutos en la hora cero. La espera es dura, pero sé esperar y actuar. Sólo pocos minutos, para estar seguro; luego bajaré y pondré en marcha el motor. Esperar el momento de obrar es lo más difícil del mundo, pero yo sé esperar. Ya lo hice otras veces. Aquella vez en las Tuamoto, y fue mucho peor. Estaba...

9

...sentado en mi cabaña y leía un libro cuando fueron a buscarme. En sus caras leí el miedo. El viejo Oeno, el jefe, estaba con ellos. Esto significaba que se mascaba algo.

Me encontraba en la isla de Ua-Hiki, en las Tuamoto sudoccidentales. Un puntito de tierra firme rodeado por escollos coralíferos. Habitantes: setenta y cinco. Recursos: palma de coco, árboles del pan, verduras, peces y perlas. En el archipiélago de las Tuamoto se encuentran perlas. Algunas son muy hermosas, incluso se pueden comparar con las del golfo Pérsico.

Pero yo no había ido a buscar perlas. Es más, había ido allí sin intención determinada. Navegaba con mi cúter desde Valparaíso y Tahití, cuando fui a dar con una escollera en las Tuamoto. Para mí, el Archipiélago Peligroso era realmente digno de su nombre. La corriente me había lanzado contra los corales tan inesperadamente que no pude hacer nada para evitarlo. Y las cosas hubiesen podido ir peor. Por fin conseguí desencallar el cúter, pero tenía una vía de agua en la quilla. Bombeé el agua, seguí navegando y conseguí cruzar el paso de Ua-Hiki y llevar la embarcación a la playa y vararla.

Cuando hube reparado los daños del cúter, ya no tenía ningunas ganas de irme. La isla era pequeña y muy hermosa, prácticamente intacta. Los polinesios que la habitaban eran gentes sencillas, generosas y simpáticas. Me había llevado conmigo una pequeña biblioteca: Schopenhauer, Nietzsche, Tolstoi, cosas de este tipo. Los libros me aseguraban la compañía intelectual que necesitara. Trabajé un poco como herrero: confeccionaba cuchillos y arpones de ruedas metálicas. No tenía una mujer fija; no me interesaba después del lío de Janie. Pero podía arreglármelas como me diese la gana. Los polinesios son formidables en este tipo de cosas.

Además, en la pequeña comunidad gozaba de una posición respetable. Habían decidido que yo poseía mana, cierta propiedad

mágica. Y esto me era muy útil... pero aquel día estuvo a punto de costarme la vida.

El viejo jefe me explicó de qué se trataba. A lo que parecía, los pescadores eran atacados por un tiburón. Suele ocurrir con frecuencia, y los indígenas saben cómo arreglárselas en casos semejantes. Pero aquel tiburón era distinto de los demás, según me dijeron. Se lanzaba directamente sobre el hombre sin las acostumbradas evoluciones preliminares. Un comedor de hombres. Por añadidura tenía tres señales blancas en la cabeza. Nunca vieron un escualo con semejantes marcas; debería de estar embrujado.

Traté de explicarles que el tiburón podía tener aquellas señales por cualquier causa natural, pero no me escucharon. Para ellos era un tiburón embrujado, y esto era suficiente. Y un hombre normal no podía matarlo. Tendrían que dejar de zambullirse mientras el escualo campase por sus respetos (y en este caso morirían de hambre), si alguien no se decidía a hacerle frente y acababa con él. Pero sólo un hombre dotado de mana podía matar a un tiburón embrujado. Y los únicos hombres que poseíamos el necesario mana éramos el jefe y yo.

El jefe era un viejo de aspecto colosal, panzudo y alegre, que había cumplido los sesenta. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de meterse en el mar. Por lo tanto, la misión me correspondía a mí. Los isleños estaban seguros de que yo lo conseguiría, y que aquella empresa llevaría a la perfección de mi mana. Sin embargo, si yo no estaba dispuesto a hacerlo, lo intentaría el viejo jefe.

No había elección. Aquel viejo panzón de cabellos grises era amigo mío desde el día en que llegué a la playa con mi embarcación semihundida. Hubiese preferido morir, antes que permitirle luchar con el tiburón. Por eso declaré que yo había pensado hacerlo.

Los indígenas se pusieron contentos como chiquillos. Yo me sentía bastante preocupado, mientras aseguraba un cuchillo a mi cintura y me ponía la mascarilla. Sobre los tiburones se ha escrito de todo: de vez en cuando se ha definido a este pez como un monstruo, basurero del mar, vil, rey de los abismos. Elegid lo que os dé la gana. No importa demasiado lo que es el tiburón: no creo que la idea de hacer frente a un escualo antropófago en su elemento pueda gustarle a nadie. Tal vez teóricamente sepáis lo que hay que hacer, pero la teoría es una cosa y la práctica otra. Una vez conocí a un hombre que fue a cazar un tigre antropófago en las junglas del Nepal, armado sólo con una lanza. Imaginaba que sería algo divertido, y nos explicó exactamente como irían las cosas. Pero no vivió lo bastante para contarnos en dónde estuvo el error. En aquel instante yo me sentía como ese hombre.

Salimos a mar abierto, por la parte exterior de la escollera, y tras nosotros las palmeras susurraban al soplo de los alisios.

Arrojamos al agua un trozo de carne de cerdo y esperamos. Los remeros mantenían la canoa en posición y escrutaban el agua. Yo miraba al cielo. Nunca me había parecido tan hermoso, y jamás me pareció más precioso el aire límpido. Quería absorberlo todo, que formase parte de mí, antes de descender a las profundidades del mar.

Al principio me sentí contento de que el escualo no compareciera. Luego la espera se hizo insoportable. Creo que aquello se parecía a la espera del condenado a muerte. Uno está contento de que no vayan todavía a buscarlo. Luego se pone nervioso. Y por último ya no puede soportar la espera, y desea solamente que todo acabe cuanto antes.

Y el tiburón no comparecía. Caía el sol, y los isleños comenzaban a pensar en dejar aquello para otro día.

Luego lo descubrimos. Medía más de cuatro metros de largo, y tenía tres puntos blancos en la ahusada cabeza. Se deslizaba por el agua como si fuese la encarnación de la muerte. Era el tiburón embrujado.

Respiré hondamente, escupí en la mascarilla, la enjuagué y me la puse. Luego me arrojé al agua con el cuchillo en la mano.

El tiburón se lanzó sobre mí: cuatro metros de furia homicida encarnada. Esperé. Giró en torno mío y me volví lentamente, apuntándole con el cuchillo. Me lancé hacia el fondo, despacio, y el escualo me siguió, sin dejar de girar en torno mío, a la altura de mi cabeza.

Aquel día era más bien prudente. Aquella escena duró casi treinta segundos. Mis pulmones estaban a punto de ceder. Sabía que dentro de unos instantes me vería obligado a subir a la superficie para respirar. Entonces el tiburón me segaría las piernas. Tenía que liquidarlo inmediatamente.

Nadé hacia él y mis pulmones parecía que iban a estallar. Retrocedió. Yo no podía resistir más. Era preciso que subiera a la superficie a inhalar un poco de aire. Me dispuse a subir. Y en aquel momento el tiburón me atacó.

Innumerables burbujas de aire me salieron de la boca cuando el asesino gris negro se lanzó sobre mí. Agité desesperadamente los brazos, y él me rozó, me rozó la piel con la suya que parecía de papel de lija. Y mientras pasaba a mi lado, le hundí el cuchillo en el vientre blanco y se lo abrí.

No recuerdo nada más de aquella lucha. Luego me encontré a bordo de la canoa, vomitando. Estaba a proa, y el cuerpo del tiburón embrujado se debatía, débilmente aún, a popa. Los isleños gritaban como locos y me daban palmadas en la espalda. Sabía que aquella noche habría una gran fiesta...

...pensó Dennison, sentado en el techo de la cabina del queche, que se mecía suavemente.

Levantó la cabeza y miró el reloj. Las ocho y doce. Dios santo, se había quedado allí soñando durante casi tres cuartos de hora. Sin duda alguna tenía fiebre. Había estado soñando con Ua-Hiki, en las lejanas Tuamoto.

Qué extraño, pensó Dennison, he contado tantas veces esta historia que yo mismo he acabado creyendo que era cierta. Puedo quedarme aquí sentado pensando en un lugar que jamás vi en mi vida. Los mares del Sur. Daría mi alma y mi brazo derecho porque esto fuese ahora verdad.

Pero no lo es. Estoy aquí, en este maldito barco inmovilizado por la bonanza, y tengo un poco de fiebre, y para mí es de gran importancia recordar lo que realmente ha sucedido y lo que no ha ocurrido realmente. De no ser así, con esta fiebre y todo lo demás, podría perder el sentido de la realidad.

La aventura de Ua-Hiki no sucedió nunca. Es auténtica sólo en un sentido particular; es una especie de aventura simbólica. Es lo que me hubiese gustado hacer, y lo que habría hecho si todo hubiera ido bien. Pero en realidad no sucedió jamás.

Corea: allí sí que todo fue verdad. Estaba en la compañía Fox, en el treinta y dos de infantería, séptima división. Estaba en Corea, en un puesto de bloqueo, y me peleaba con Herrera. Todo esto sucedió realmente.

Por tanto, todo aclarado. Ahora debo obrar. Tengo el propósito de arreglar ese motor.

Dennison se puso en pie con un esfuerzo. Había llegado el momento. James permanecía en silencio, bajo la proa, desde hacía tres cuartos de hora. Había llegado para Dennison el instante de poner a prueba su propio valor, confirmarse a sí mismo la aventura real de Corea y la imaginaria de Ua-Hiki.

Se deslizó a lo largo del puente sin hacer ruido y descendió por la escalerilla, evitando el tercer escalón, que era inseguro.

Ahora, pensó, estoy demostrando quién soy. Lo juego todo a una sola tirada de dados: ganar o perder. Se trata de esto.

En la cabina la oscuridad era total. Apartó a tientas la escalera y la apoyó con cuidado en una litera. Detrás de la escalera estaba la masa fría e inerte del motor.

Lo primero, los tubos del carburante.

Dennison se sentó sobre el volante y tocó el carburador. Sus dedos hallaron el conducto del carburante, y lo siguieron hasta la primera válvula. La abrió. Luego se inclinó sobre el motor y siguió a tientas el conducto hasta que llegó a la segunda válvula, cerca del depósito. También la abrió.

Hasta ese momento todo había ido bien. Pero ahora tenía que encontrar la válvula de la toma de agua.

Tenía que estar a estribor, detrás del motor, paralela a la bomba de agua. Los dedos de Dennison se movieron sobre las bujías, más allá de la descarga. Dennison avanzó un poco más. Sus dedos encontraron la bomba de agua y siguieron el tubo hasta que encontraron la válvula. Trató de abrirla.

Estaba agarrotada.

Haciendo un esfuerzo por dominar el pánico, ejerció mayor presión sobre la pequeña rueda de acero. Luego tuvo la sospecha de que había manipulado la válvula en sentido equivocado. Intentó girarla en sentido opuesto. Al cabo de un instante, la válvula cedió.

Hasta aquí todo había ido bien. No tenía que dejarse llevar por el pánico. Eso era todo.

¿Qué era aquel rumor?

Era sólo un crujido de las tablas del puente. Calma.

Apretó los dientes y se esforzó en recordar lo que seguidamente tenía que hacer. El interruptor de la batería: sí, era eso. Lo encontró hacia babor y lo manipuló. Luego sus dedos tocaron un objeto liso y alargado, un objeto que estaba en el aire y, al tacto, parecía una serpiente.

Retrocedió de un salto y se dio un golpe en el codo contra el volante. ¡Una serpiente! Y ¿cómo diablos podía haber subido a bordo? A bordo de una embarcación eran frecuentes las ratas y los escarabajos. Pero ¿una serpiente? Sí, podía suceder. Podía haber subido a bordo mientras el barco estaba atracado en St Thomas. Y oyó decir una vez que una había subido a bordo de un buque, que pasó por la toma de agua que se había quedado abierta. ¿Podía haber ocurrido lo mismo esta vez?

No, la toma de agua estaba protegida por una red metálica. Él mismo lo había comprobado. Era posible que la serpiente hubiese subido a bordo por cualquiera de los tubos.

Empuñó el cuchillo y atacó cautamente las tinieblas, allí donde debía de hallarse la serpiente. La hoja dio en algo liso que retrocedió de un salto. ¡Una serpiente! Era mejor largarse de allí.

Pero la serpiente estaba entre él y la escotilla. Hubiese podido salir a través de uno de los portillos de proa, pero era muy posible

que la serpiente estuviera deslizándose hasta él. Tenía que saberlo con seguridad.

Dennison buscó en sus bolsillos, halló una caja de cerillas y encendió una. Y vio la serpiente, cerca del motor, con la cabeza chata y brillante sobre las espiras del cuerpo negro, presta a lanzarse.

Pero no era una serpiente. Dennison comprobó que se trataba de uno de los gruesos cables que iban de la batería al motor. Se había desprendido del electrodo y quedado tieso en el aire, negro y retorcido, fijado sólo en el motor.

Me ha dado un buen susto, pensó Dennison, y se guardó el cuchillo en el cinturón. Debió de haberse soltado mientras el queche se balanceaba violentamente. Por suerte lo había advertido a tiempo.

Fijó el extremo del cable al electrodo. Era demasiado lento. Necesitaba unas tenazas y una llave inglesa para asegurarlo sólidamente. ¿Se pondría en marcha el motor aunque estuviera flojo un cable de alimentación?

Probablemente no. Tenía que conservar la calma. Por ahí habría unos alicates.

Se le apagó la cerilla y Dennison oyó otro rumor.

Es mi imaginación, se dijo, sudando en la cabina a oscuras, saturada de aire viciado. El encuentro con aquella serpiente imaginaria le había despertado de nuevo un feroz dolor de cabeza.

Oyó una driza golpear contra el palo mayor.

No te preocupes. El capitán está todavía en el agua. Cree que yo sigo a proa, montando la guardia. No me ha oído bajar. No se atreverá precisamente ahora subir a bordo...

Algo blando se arrastraba por el puente.

Dennison se volvió hacia la escotilla. A través de la abertura podía ver las estrellas. Pero ninguna figura humana se inclinaba amenazadora sobre él. Buscó a tientas, y sus dedos encontraron unos alicates. Estaban oxidados, pero aún se abrían y cerraban.

Frenéticamente fijó el extremo del cable. ¡Hecho!

Volvió a oír crujir las tablas del puente y las drizas golpearon contra el mástil. ¿Qué estaría haciendo James? Habría subido a bordo y encontrado el garfio. Cuchillo contra garfio, la punta de acero y el largo mango de madera que le traspasaban el cuerpo...

Luego las velas restallaron rabiosamente y la embarcación se inclinó bajo una repentina ráfaga de viento. El foque se tensó de pronto.

Quizá no fuera el capitán.

El motor ya estaba a punto. Dennison decidió que no se tomaría la molestia de dejar la escalerilla en su sitio: subiría al puente encaramándose sobre el volante. Arriba...

¡Maldición! Había olvidado la palanca del cambio.

La veía mentalmente: una barra de bronce, de unos noventa centímetros de largo y ocho de ancho y de un espesor de un centímetro o poco más, que se colocaba en la adecuada hendidura, en el pavimento de la cubierta de popa. Sin aquella palanca no podría embragar.

¿Dónde estaría la condenada? ¿Dónde la habría metido James? Dennison buscó de nuevo a tientas, a ambos lados del motor. Halló otro par de tenazas y un gran destornillador. Pero no encontró la palanca. ¿Dónde estaba, dónde estaba, dónde estaba? Por su mente pasaron, fulminantemente, los más extraños escondrijos del queche. La palanca podría estar en cualquiera de ellos. No había esperanza de encontrarla a tiempo. Estaba perdido.

¡El destornillador!

¡Claro! ¡Qué estúpido! El enorme destornillador podría adaptarse perfectamente a la hendidura, como la palanca de bronce. En algunas embarcaciones se usaba habitualmente un destornillador, en lugar de una barra de bronce, que costaba demasiado. ¿Por qué no lo había recordado en seguida?

Tomó el destornillador y trepó al puente. Tenía la carne de gallina, en espera de una repentina cuchillada.

Una ligera brisa agitaba las velas lo suficiente para hacer crujir los mástiles. La luna, en cuarto menguante, fulgía aún. Bajo aquella luz fría, Dennison escrutó atento el puente, las sombras de la cámara, detrás del mástil, incluso hasta el bauprés y detrás del cabrestante.

Estaba solo. El capitán no había subido a bordo. James había perdido la gran oportunidad, su última oportunidad. Nunca hubiese tenido una ocasión como aquella.

Y he ganado yo, pensó Dennison. El valor y la decisión, la voluntad y la tenacidad me han ayudado. La victoria definitiva está ya al alcance de mi mano.

Ahora bastaba poner en marcha el motor. El queche, en aquel mar tan apacible, podría hacer seis nudos. Incluso siete, con la ayuda del viento. Seis o siete nudos por hora quería decir que las olas, a proa, llegarían hasta el bauprés, por encima de la cabeza del hombre que estaba todavía agarrado al barbiquejo, y lo embestirían, obligándolo a una última e imposible tentativa de subir a bordo; o bien no lograría moverse, y permanecería donde estaba y se ahogaría, apretujado entre el barbiquejo del bauprés y la cadena de

estribor; o acaso sería arrebatado por las olas, arrebatado, y quedaría en medio del océano.

¿Sería esto posible? Sí, era posible. Si el motor funcionaba. ¿Funcionaría? Tenía que funcionar.

Y ahora, pensó Dennison, en un par de segundos he de lograr recobrarne. ¿Por qué no se me ocurrió beber un trago de agua cuando estaba abajo? ¿Por qué no tomé algo que comer y una camisa que me calentara? Pero no importa. Dentro de poco iré a buscar todo lo que necesite.

Sólo un segundo para recobrarne. Tengo que ser prudente.

Luego pondré en marcha el motor y liberaré mi barco de ese maldito molusco humano.

Cuarta parte

1

El cuadrante luminoso de su reloj señalaba las nueve y veinticinco. Dennison le dio cuerda cuidadosamente, luego alzó los ojos. Ahora la luna estaba a oriente y resplandecía fúlgida en el queche y sobre las aguas negras y rizadas. El banco de nubes, al sudeste, estaba rompiéndose, y las estrellas brillaban entre los desgarrones. Una vez más la brisa había cedido.

El motor ahora.

Tenía que ponerse en marcha en cuanto él lo hiciera accionar. Claro está que el capitán James lo oiría. Acaso intentara subir a bordo; es más, sería un estúpido si no lo intentara. Para evitar sorpresas, Dennison tendría que dejar la cámara y acudir a proa, apenas el motor se hubiera puesto en marcha. Dejaría que el queche avanzara solo. La inclinación de la hélice obligaría al Canopus a describir un amplio círculo en el océano. Pero, de todos modos, recorrería seis nudos por hora y esto era lo importante.

Una vez más Dennison escrutó la proa. Todo iba bien. Se precipitó a popa y tropezó con un cabo. No retrocedió. Saltó a la cámara y se acurrucó junto a los mandos. Adelantó la palanca un tercio. Luego apretó el pulsador de la puesta en marcha.

El motor se encendió inmediatamente. Magnífico. Dennison empujó la palanca. El motor rugió e hizo vibrar la embarcación.

¿Por qué diablos el Canopus no se había movido?

¡La palanca! Todavía no había embragado.

Dennison metió el destornillador en la hendidura y lo accionó. Oyó el chirrido de los engranajes. Se apresuró a poner la palanca en punto muerto. ¿Habrían saltado los engranajes? Con el motor en estas condiciones movió de nuevo el destornillador y volvió a empujar la palanca hacia adelante, de modo que lograra la máxima aceleración.

Los engranajes giraron. Lo comprendía por el rumor intenso del motor. ¡Funcionaba! ¡Había ganado!

Dennison se dirigió hacia proa. Advirtió que la embarcación se deslizaba sobre el agua balanceándose y levantando grandes cantidades de espuma. Tenía que ser muy prudente. El queche corría a una velocidad superior a la que él había previsto. Se asió al agarradero de la cabina y siguió avanzando. Una repentina sacudida le obligó a asirse al cabrestante. Pero no había peligro a la vista. La

proa estaba desierta. James no había subido a bordo y el queche seguía navegando...

Luego Dennison se dio cuenta de que el barco no se movía precisamente.

¿No se movía? ¡Tenía que moverse! Se agarró con más fuerza al cabrestante y escuchó. Sí, el motor funcionaba a todo gas; los engranajes rodaban bien. Oía incluso el leve rumor producido por el cigüeñal. Pero aquel maldito barco no se movía, no avanzaba un centímetro.

El queche estaba inmovilizado, y oscilaba violentamente. Las velas socollaban, se hinchaban y deshinchaban; los botalones iban de un lado para otro. El motor rugía y hacía vibrar cada tabla del queche. Sin embargo, a pesar de aquel movimiento furioso y aquellos rumores, el barco no se movía ni hacia atrás ni hacia adelante.

No podía creerlo. Dennison cerró los ojos y oyó al queche saltar sobre las crestas de las olas a una velocidad fantástica. Abrió de nuevo los ojos y comprobó que el queche estaba inmóvil sobre el agua y ni siquiera conseguía apartar los sargazos que flotaban en torno suyo.

Aquel movimiento hacia adelante era sólo fruto de su imaginación. Había sido una ilusión creada por la esperanza y la fiebre.

Pero, ¿por qué no se movía el barco? Dennison se sentó en el techo de la cabina y trató de hallar una explicación, mientras el motor zumbaba y el cigüeñal giraba y el Canopus permanecía inmóvil.

2

Se sentó y ocultó el rostro entre las manos, preguntándose si se había vuelto loco. Si el motor funcionaba, si giraba el cigüeñal, ¿por qué el queche no se movía?

Reflexiona.

El motor funcionaba y giraba el cigüeñal. Quedaba sólo la hélice. ¿Era posible que la hélice se hubiese aflojado?

Era improbable. Él mismo la había examinado en St. Thomas. La pesada hélice plegable de bronce era casi nueva y estaba fijada sólidamente. El barco hubiese tenido que chocar contra un durísimo obstáculo para que se aflojara. Y no había chocado.

Entonces, ¿qué?

Admitamos que la hélice siga fijada al cigüeñal. Tenía que haber una razón para que el queche no se moviera. ¿Un defecto de construcción? Un defecto de construcción no podía justificar lo que

estaba sucediendo. La hélice era muy sencilla: dos pesadas palas de bronce, montadas sobre un cubo también de bronce. Cuando el barco navegaba a vela, las palas se plegaban hacia atrás y no ofrecían resistencia al agua. Cuando el motor estaba encendido y el cigüeñal giraba, las palas se abrían.

Luego Dennison comprendió lo que podía haber ocurrido. Durante el día o durante la tarde, el capitán James tenía que haberse sumergido bajo el queche inmovilizado por la bonanza y había atado las dos palas de la hélice, usando probablemente su cinturón. No había otra posibilidad. Las algas no hubiesen podido bloquear las palas: por eso tenía que haberlas atado el capitán.

Dennison volvió a la cámara, redujo al mínimo la velocidad del motor y luego volvió a intentarlo. No había nada que hacer. Dejó el motor en punto muerto, movió la palanca, manipuló las marchas esperando conseguir liberar las palas.

Nada.

Paró el motor y volvió a proa: estaba aturdido. Se apretó la cabeza entre las manos, tratando de dominar su aturdimiento. Se apoderaba de él una profunda depresión y lo invadía una desesperación absoluta.

Ahora señoreaba el puente, pero James señoreaba todo lo que había por debajo de la línea de flotación, desde el barbiquejo del bauprés hasta el timón. Se habían repartido el barco a partir de la línea de flotación, y Dennison había elegido la mitad que no se podía defender.

Había imaginado que el capitán estaba todavía asido al barbiquejo del bauprés en un esfuerzo desesperado de asirse todo lo posible a la vida, por un reflejo instintivo. No había pensado que James, en efecto, controlaba la mitad sumergida del buque. Nunca se le había ocurrido que James hubiese podido elaborar un plan para reconquistar la parte no sumergida del queche.

Pero ahora todo estaba claro. El naufrago tenía que haber valorado la situación, establecido sus propias posibilidades, sopesado los riesgos, y se había formulado un plan. Había ahorrado preciosas energías para atar las palas de la hélice, ante la posibilidad de que Dennison pusiera en marcha el motor. Sin embargo, hacía muchas horas que no había intentado subir a bordo. Ni siquiera cuando sabía que Dennison se encontraba a popa.

Por esta razón James estaba esperando algo.

¿Qué esperaba?

El momento oportuno.

Y ¿cuál era el momento oportuno?

Esto sólo lo sabía James. James se había trazado un plan. Y lo seguiría, actuaría solamente cuando se sintiera seguro.

Y yo tengo que descubrir, como sea, su plan, pensó Dennison.

Ahora su reloj marcaba las diez y cinco. La luna estaba ya bajo el palo mayor y descendía hacia el horizonte, a oriente. Las sombras cubrían el puente, y parecía que se movían. Cerca del timón había una extraña sombra que parecía un hombre, un hombrecillo aparentemente jorobado, que pilotaba el buque inmóvil. Y las demás sombras en la cubierta de popa, y detrás de los mástiles, ¿quiénes eran?

Calma. No había que dejarse dominar por la imaginación.

El queche se mecía lentamente, y los mástiles trazaban insensatos círculos sobre las estrellas. Dennison se había sentado temblando sobre el techo de la cabina, con la dolorida cabeza apoyada sobre las rodillas. Cerró los ojos y descubrió unas luces que relampagueaban detrás de sus párpados. Era mejor mirar aquellas luces que contemplar las sombras.

Era extraño. Tenía sueño.

Pero no podía dormir. El capitán tenía su plan. También Dennison había de establecer un plan. Un plan seguro, infalible, un plan para desembarazarse, de una vez para siempre, de aquel hijo de puta que estaba pegado a la proa.

Tembló intensamente cuando una ligera brisa sopló en el queche. Aquella brisa le dio una idea. Cerró los ojos y comenzó a pensar, atentamente.

3

Sí, ese plan podía ser efectivo. Sería peligroso, pero el hombre que estaba en el agua era más peligroso todavía. Era mucho mejor hacer frente a un temporal, un terremoto, un incendio o un ciclón, cualquier fuerza de la naturaleza, antes que al implacable capitán James. Pero si conseguía llevar a cabo su plan, podría liberarse para siempre de aquel hombre.

Lo haré.

Dennison reconsideró todo lo que debía hacer. En primer lugar había de dirigirse a la cubierta de popa, sin hacer ruido. Tenía que levantar el asiento de popa. Buscar la bomba de achique. Fijar las conexiones.

La bomba estaba conectada con el depósito de carburante. Su función, en caso de emergencia, era la de arrojar al agua la gasolina por medio de un largo tubo de neopreno.

Diez o veinte galones de gasolina arrojados al mar, con el viento que soplabá de popa. Impulsada por el viento, la gasolina se esparciría hacia proa, formando una película sobre el agua en torno al queche.

Luego le prenderé fuego.

Cabía, por desgracia, la posibilidad de perder el barco. La gasolina es realmente terrible. Podía prender fuego a las velas, las jarcias, la tablazón. Si pierdo el barco, también perderé la vida.

Pero estaba dispuesto a correr este riesgo. Haría cualquier cosa para librarme de ese condenado hijo de puta aferrado bajo la proa del Canopus.

Dennison se levantó. Se sentía más fuerte y seguro que nunca en aquel día. Miró la proa y vio que estaba libre. Descalzo, sin hacer ruido, volvió a la cubierta de popa. Levantó el asiento y halló el tubo. Debajo había un conducto conectado al depósito de la gasolina. Encajó el tubo en el conducto, hizo pasar el tubo de neopreno a través de un imbornal, de manera que colgase sobre el agua. La brisa ligera soplabá de popa. Y él tenía las cerillas en el bolsillo.

Todo estaba dispuesto.

Pero antes era necesario tomar una pequeña precaución. Dennison se asomó a la escotilla y soltó de su agarradero al extintor de anhídrido carbónico. Le quitó el seguro y dejó el extintor en el suelo de la cubierta de popa. Así tendría la posibilidad de defenderse si el incendio se propagaba al barco.

¿Qué más había que hacer?

Volvió a proa sin hacer ruido y examinó todas las sombras que se arrastraban en torno al cabrestante. Ninguna era la del capitán. Volvió a la cubierta de popa.

El viento seguía soplando de popa.

Adelante.

Se inclinó sobre la bomba, levantó y bajó la palanca. La bomba gimió y rechinó, pero del tubo no salió ni una sola gota de gasolina. Continuó bombeando enérgicamente por lo menos veinte veces, luego se paró. Nada.

Tenía que haberlo recordado: hacía mucho tiempo que no se usaba la bomba. Las piezas de cuero se habrían secado y había que humedecerlas.

Y él no tenía nada para humedecerlas.

Todo se conjuraba contra él. Aquel plan perfecto fallaría porque le faltaban unos pocos gramos de líquido, de un líquido cualquiera, para que funcionara aquella maldita bomba.

Se alejó con la vaga intención de buscar un cubo y recoger agua. Y sus pies desnudos rozaron algo húmedo.

¡Dios santo! Un minúsculo charco de agua en un rincón de la cubierta de popa. Rocío, probablemente.

Dennison se agachó ante el charquito y se dio cuenta de pronto de que le atormentaba la sed. ¿Cuándo había bebido por última vez? Antes de mediodía; hacía más de diez horas. Quizá mucho más. Había tomado café a las siete, y desde entonces no había bebido nada más. Por tanto, no ingirió líquido alguno desde hacía más de quince horas; y por si fuera poco había estado diez largas horas bajo un sol de justicia.

Necesitaba beber agua. Pero no había bastante para él y para la bomba. Si renunciaba a utilizar la gasolina, podía beber aquella agua. Luego, reconfortado, podría montar la guardia a proa, con el garfio en la mano, y esperar a que el capitán hiciera el primer intento.

Dennison rechazó la tentación. Recogió el agua con la palma de la mano y la vertió en la bomba. Luego movió rápidamente la palanca arriba y abajo. Oyó un silbido, y luego el gorgoteo constante y rumoroso del líquido.

Acercó la mano al extremo del tubo de neopreno y advirtió el flujo continuo del líquido que salía por él; luego se llevó la mano a las narices.

Era realmente gasolina.

Bombeó un centenar de veces. Luego, con los brazos doloridos, bombeó cincuenta veces más. El aire estaba saturado del intenso olor de la gasolina. Sin duda lo habría advertido también el capitán James. ¿Intentaría ahora subir a bordo?

Dennison corrió a proa. James no intentaba subir. Y era fácil comprender por qué.

Hacía diez horas que el viejo estaba en el agua, y el agua salada le había quemado los ojos, la boca y las narices. Probablemente ni siquiera estaba en condiciones de advertir el olor de la gasolina. Pero, aunque lo hubiese advertido y hubiera oído el rumor de la bomba, James no habría intentado subir a bordo, por el momento. Lo único que mantenía con vida a aquel viejo acabado era su plan. El agua había agotado las fuerzas del capitán, había entontecido su inteligencia y entorpecido su agilidad. Le quedaba sólo una minúscula chispa de vida... y un plan. A menudo el agotamiento conduce a la monomanía. Aquel plan se había convertido en una idea fija, inalterable ya. No podía cambiarlo, ni anticiparlo ni retardarlo, siquiera un segundo. Para James cambiar de plan significaba renunciar a la última esperanza, al último y sólido vínculo con la vida. Si también hubiese percibido el olor, James se habría dicho

probablemente que se debía a una ligera pérdida de gasolina. Y tampoco se hubiera movido.

Dennison calculó que la gasolina ya se habría extendido en torno a proa. Habría en el mar quince largos galones: lo suficiente para formar un círculo mortal en torno al queche. Y ahora había que lanzar la cerilla.

Se secó las manos y sacó del bolsillo el sobre de fósforos. De pronto le asaltó una traidora oleada de piedad para con aquel pobre capitán tan estúpido, gordo y viejo, con una categoría que no le correspondía y vencido. Era una lástima que no se hubiese ahogado pacíficamente.

Lo siento, capitán.

Dennison tomó una cerilla y la rascó. Le saltó la cabeza.

La segunda y tercera cerillas no se encendieron. Tomó otra seca de la última capa, la frotó y la vio encenderse con un relámpago. La arrojó por la borda. La cerilla se apagó antes de alcanzar el agua cubierta de gasolina.

¡Maldita sea!

Tomó entonces cuatro cerillas, las frotó a la vez, contempló cómo ardían durante un instante y las arrojó al mar.

El agua, bajo él, estalló en una llamarada.

Aquella repentina llamarada chamuscó las cejas y los cabellos de Dennison, que retrocedió, tambaleándose. El fuego se extendió en torno al barco, lo rodeó y lamió sus costados. Bajo la proa se alzó un grito.

Era horrible escuchar los gritos del capitán. Eran gritos estridentes y agudos, como los de una mujer, y se sucedían a breves, rápidos e insoportables intervalos. Dennison vio a James reducido a una masa cilíndrica de llamas, apartarse de la proa, sumergirse, permanecer bajo el agua diez segundos, veinte, treinta, y salir luego a flote rodeado por las llamas. Y mientras aquella antorcha humana se revolvía y aullaba en el agua relampagueante, Dennison comenzó a vomitar. Apenas lograba entender lo que estaba aullando James.

—¡Nunca te hice ningún daño! ¡Siempre te traté como a un hijo!

Puerco y viejo embustero. Dennison se impuso la necesidad de mirar aquel fardo de pingajos llameantes que se ennegrecía, crepitaba, se revolvía desesperadamente y comenzaba a disgregarse.

El capitán estaba muerto.

Pero Dennison ni siquiera tuvo tiempo de experimentar remordimiento o alivio. Una de las drizas había comenzado a arder, y también la vela mayor, que derramaba sobre el puente una lluvia de

chispas. Dennison corrió a la cubierta de popa y tomó el extintor. El costado de babor, allí donde había manipulado la bomba de la gasolina, era presa de las llamas.

Lo roció con una nube blanca de anhídrido carbónico. Las llamas que devoraban la vela mayor estaban demasiado altas para lograr llegar a ellas. Pateó rabiosamente los llameantes andrajos de tela y cables que caían sobre el puente, y se pasó las manos por la camisa que comenzaba a humear. Ahora las llamas habían prendido también en la madera.

Las apagó; pero a bordo el incendio había comenzado a extenderse. Dennison roció las llamas con anhídrido carbónico, y vació el extintor. Corrió a la escotilla y quitó de su soporte el extintor de tetracloruro de carbono y lo utilizó para sofocar el fuego de la banda de estribor. Con una llama baja y azul estaba ardiendo la gasolina en el agua: ya estaba a punto de apagarse. Dennison pisoteó otros fragmentos de tela encendida que habían caído sobre el puente y consiguió rociar de tetracloruro de carbono la vela de mesana: tuvo el tiempo justo, porque ya iba a ser atacada por las llamas.

Ahora se había apagado el fuego en el agua. Dennison dio por dos veces la vuelta en torno al barco, examinando los costados. Parecía que ya se había acabado todo.

El incendio se había extinguido y el buque era enteramente suyo. En el agua flotaban los fragmentos de un cadáver carbonizado. La vela mayor se había perdido, y sería muy difícil reparar la de mesana. Pero al cabo de un instante...

4

...Dennison levantó la cabeza. Se volvió bruscamente y vio que la vela mayor, blanca y espectral, se hinchaba sobre él.

Pero ¿no se había quemado la vela?

Se incorporó y luego se dejó caer sobre el techo de la cabina, aturdido. Miró el reloj. Las diez y seis. El viento soplaba suavemente de popa y el queche estaba abandonado a sí mismo. La luna estaba baja y descendía hacia el horizonte, a oriente.

Se oyó un chirrido. Dennison echó mano del cuchillo que llevaba a la cintura y lo apretó con fuerza. El contacto de aquel metal frío le resultaba tranquilizador. Ahora podía volverse de nuevo, podía mirar la vela mayor, blanca e intacta, con los cabos de los rizos golpeando suavemente sobre la superficie curvada. Y detrás de la mayor estaba la vela de mesana, intacta y tensa.

No se había quemado. No había habido incendio alguno.

Para asegurarse, Dennison recorrió todo el barco y se asomó a mirar los costados y la popa. Ningún fuego había atacado la pintura. Volvió a sentarse en el techo de la cabina.

No creía posible haber soñado. El recuerdo del incendio era claro, clarísimo, más que cualquier otro recuerdo. ¡Dios mío! ¡La mente humana era algo espantoso! Había evocado desde las tinieblas aquel incendio, desde su miedo y desde su deseo. Había permanecido sentado en el techo de la cabina, con los ojos cerrados, había precisado con la imaginación cada fase del incendio, había inventado las dificultades, las había superado, había añadido algún fragmento de diálogo...

—Te he tratado como a un hijo...

Dennison se estremeció y se frotó las manos con fuerza. ¿Era posible que todo hubiese sido un sueño?

Sí. No había ninguna bomba de achique a bordo. ¡Dios mío, una bomba de achique! No había bombas especiales, no había tubos, no había sistema alguno para soltar al mar el contenido del depósito. El sueño debió de haber comenzado mientras él estaba sentado en el techo de la cabina, después de haberse dado cuenta de que la hélice no había extendido las palas.

Porque aquello era verdad.

Se había sentado en el techo de la cabina, había cerrado los ojos y contándose a sí mismo la historia de un incendio imaginario, como poco antes se había contado una aventura en una isla imaginaria de los mares del Sur. Pero había una enorme diferencia entre aquellas dos historias. Había comprendido perfectamente que la historia de Ua-Hiki no era verídica. Pero, en cambio, había creído verdadera la historia del incendio.

Por tanto, ¿se trataba acaso de una alucinación?

Por un instante Dennison se sintió orgulloso de haber experimentado una auténtica alucinación: esto demostraba que estaba atravesando una experiencia terrible. Pero aquel orgullo se desvaneció, dando paso a la sensación de un peligro inminente. Bajo la proa del queche había un hombre que aguardaba la ocasión de matarlo. No debía olvidar esto.

Mi vida depende de lo que haga ahora. Para salvarme he de descubrir el plan del capitán y malográrselo. Esto es lo importante. Todo lo demás —la insolación, la fiebre, los escalofríos, la sed— tiene una importancia secundaria. He de ser fuerte e inquebrantable, como en aquella ocasión ante Herrera.

Ahora sé que puedo tener alucinaciones. Y estaré prevenido. De ahora en adelante, aceptaré sólo la verdad. Las mentiras son demasiado peligrosas en este momento. He de pensar con claridad,

he de descubrir qué plan tiene James y hacer algo para impedir que lo realice. Soy más astuto que él. No será difícil.

Admitámoslo: el capitán James tiene un plan para reconquistar el queche. Puedo afirmarlo apoyándome en numerosas pruebas. Admitamos también que su plan sea factible, teniendo en cuenta las limitaciones de la situación en que se encuentra. En un sentido puramente físico su plan es bueno, probablemente. James conoce bien el mar y los barcos, y sin duda conoce también sus propias fuerzas. El único defecto de su plan debe consistir en el papel que me ha asignado a mí. Porque, naturalmente, ha tenido que asignarme un papel.

Para hacer esto ha de valorar mi carácter y prever mi comportamiento. Según James, soy un vagabundo, un hombre acabado, un tipo bonachón y ambiguo, un oportunista y un bellaco. James cree que soy todo eso en cualquier momento. Y precisará su plan únicamente con esta convicción.

Pero, por suerte para mí, James es un estúpido. No comprende a la gente. Se deja engañar por las apariencias. Puede comprender lo que yo era en St. Thomas, pero ¿y lo que yo había sido en Corea? James no sabe que logré sobrevivir en Corea, que pude sobrevivir al frío más atroz, al hambre, a las privaciones y a los peligros de toda clase. Salí de todo eso vivo y sano mentalmente y, en cambio, otros murieron o enloquecieron. James no sabe lo que pasó aquella noche en el puesto de bloqueo, cuando los rojos comenzaron a disparar sobre nosotros. No sabe que yo me arrastré afuera, fríamente, con el fusil en las manos, observando los fogonazos de sus armas y...

Pero ahora he de contarme a mí mismo sólo la verdad. No vi ningún fogonazo. Aquellos hijos de puta rojos debían utilizar algo que enmascaraba los fogonazos de sus disparos. No había nada a que mirar, ni siquiera un punto luminoso en aquella oscura colina. Sólo había aquellas balas que se estrellaban en la ventana o en el bidón de nafta, o se incrustaban en el suelo. No había nada contra lo cual disparar, excepto aquella montaña. Y esta fue la única razón por la cual no disparé.

Pero todo lo demás es verdad. El Dennison de Corea es tan real como el Dennison de St. Thomas. Los dos pertenecen al pasado y ahora, a bordo del queche, hay un Dennison nuevo.

Y James no conoce el momento más importante de mi vida. ¿Cree realmente que no soy capaz de enfrentarme con él? ¿Cree de veras que retrocederé? No sabe que aquel día en Shanghai...

...ni cómo descubrí el amor, ni la muerte repentina, y toda la vida en el breve transcurrir de pocos días y pocas noches. Corea me había forjado con rápidos y toscos martillazos, pero Shanghai modeló para siempre mi carácter. Aquella ciudad imprimió en mí su marca: solamente de uso en Shanghai. Hay lugares que lo transforman a uno. Y por esta razón hay norteamericanos que viven en París, e ingleses que se han pasado toda la vida en África, y holandeses que han tenido que ser echados a punta de bayoneta de una Indonesia ya hostil. Es posible que algunos emigrados exploten su nuevo ambiente y se enriquezcan; pero sé que, en general, no es así. Algunos eligen lugares muy hermosos. Otros se establecen en localidades en las que hasta un perro se negaría a vivir. Había algo especial en aquel lugar que lo hacía atractivo, un no sé qué especial e indefinible. Se convierte en la patria de uno y ya no cuenta nada más.

Esto fue lo que me sucedió en Shanghai. Era mi ciudad. Y desapareció del mundo cuando la ocuparon los rojos. Hoy es más fácil entrar en las ciudades prohibidas de Arabia que en Shanghai. Perdí para siempre mi ciudad y no me ha quedado nada en concreto a lo cual agarrarme. Sólo me quedan pocos recuerdos, e incluso esos recuerdos se han gastado y desvaído. Temo que dentro de poco se harán trizas y no sabré distinguir Nanking Road de Mott Street, el Bund con la 57 Avenida y a Janie misma entre otras cien chicas. Y creo que seré feliz cuando esto suceda, porque recordar es demasiado doloroso.

En 1947, aunque estuvieron retirándose, los ejércitos de Chiang Kai Chek eran todavía dueños de gran parte de la China continental. China era nuestra aliada. Por eso el ejército norteamericano decidió dejar perder Tokio, por el momento, y mandó con permiso un contingente a Shanghai. El primer embarque a Shanghai se fijó para el mes de agosto, y yo fui con un millar de hombres de la sexta y la séptima división de tropas de ocupación en Corea.

Nuestro buque remontó el Wang-poo y atracó, y descubrimos a los vendedores ambulantes en el muelle, bajo nosotros, con las jaulas de pájaros, las estatuillas, los bordados y los jades. Tras ellos había toda una flota de rickshaws. Más lejos, veíase la ciudad, desconocida y espléndida a la luz cegadora del verano. En seguida comprendimos que habíamos llegado a un lugar extraordinario. Estábamos en Shanghai, después de un año transcurrido en miserables villorrios como Taegu y Munsan, entre aquellos coreanos resueltos y puritanos, que montaban la guardia a sus montañas y su arroz y a una línea imaginaria llamado paralelo treinta y ocho. Estábamos decididos a soltar las cadenas.

Y Shanghai nos esperaba, deseosa de vendernos todo lo que se podía encontrar bajo el sol. Sus habitantes adivinaban muy bien el

futuro de la ciudad, aunque los occidentales no lo consiguieran. Sabían que los ejércitos de Chiang eran rechazados por las avanzadas comunistas. Sabíamos que el Kuomintang se había acabado, estaba tan muerto como los emperadores de la dinastía Ming. Shanghai, la única ciudad de China que idealmente estaba vuelta a occidente, no sería nunca más la misma. Millares de habitantes deseaban irse, y para irse necesitaban dinero. Además, había millones de habitantes que necesitaban dinero simplemente para comprarse un poco de comida. Y todos querían dinero auténtico, no el papel moneda inflacionado y carente de valor que había impreso el Kuomintang. Querían auténticos dólares norteamericanos, y no tenían demasiados miramientos cuando se trataba de procurárselos.

Me encontraba en un estado particular cuando desembarqué en Shanghai. Quería devorar toda clase de diversiones, quería saturarme de placeres en previsión de la miseria que me esperaba. Quería vivir toda una vida, porque tenía la sensación de que luego no me sería posible.

Traté de hacerlo y no lo conseguí. No se puede vivir en un estado de exaltación continua: ni por medio de las mujeres, ni del alcohol, ni de las drogas. No os dejéis inducir por los rufianes ni por los que lo pregonen creyendo que esto es posible. El exotismo desaparece pronto y queda la costumbre. La prostituta con la que uno se divierte acaba pareciéndose a nuestra vieja esposa, el vaso de licor nos parece lleno de agua, y la jeringuilla que tiene uno entre las manos se convierte en la muleta de un inválido. Luego continuamos repitiéndonos a nosotros mismos que todo es todavía exótico y maravilloso, pero estamos mintiendo. No es así. Al poco tiempo todo aquello a lo que uno se ve reducido a hacer, es intentar sacudirse el nerviosismo.

Sin embargo, en cierto modo lo conseguí. No logré vivir en un estado de exaltación continua. Pero cada instante que pasé en aquella ciudad, cada segundo, se saturaba con el conocimiento de que estaba vivo en una ciudad en la que la muerte era realmente posible. No consigo encontrar un modo mejor de expresarme. Creo que el paraíso debe de ser así, si existe un paraíso... uno auténtico, no una de esas piadosas ficciones con arpas y puertas de oro y un Padre Eterno que lo dirige todo. Si hay un paraíso, para mí lo fue Shanghai en 1947, con Janie y la proximidad de la muerte. No pido más.

Apenas llegado a Shanghai, alquilé una habitación en el YMCA junto con otro de mi compañía, Eddie Baker. Nos cambiamos y salimos, y los rufianes se nos pegaron inmediatamente a los talones. Eran un par de docenas, insistentes y atareados como viajeros de comercio. Se pegaban a uno como la sarna.

—Eh, Joe, eh, Mac, ¿te apetece? Una buena casa de citas europea. Chica rusa, chica turca, chica inglesa. ¿Te apetece? ¿Vienes conmigo, Joe?

A las diez de la mañana.

Era demasiado temprano para Baker y para mí. Fuimos a dar una vuelta por la ciudad. Los tipos esos nos siguieron, pero luego comenzaron a desperdigarse cuando vieron que no los escuchábamos. Al cabo de un par de horas sólo quedaba uno. Decía que se llamaba Joe y no sabía lo que era rendirse. Se tumbó en la calle, mientras nosotros comíamos en un restaurante reservado a los europeos, y volvió a pegarse a nosotros en cuanto salimos. Una vez entramos en un bar y salimos por un puerta excusada, para despistarlo. Pero Joe nos descubrió y continuó siguiéndonos. Regateó por nosotros en el bazar, habló con nosotros, nos contó chistes y no nos perdió de vista un instante. Fuera lo que fuese lo que le dijéramos, no se ofendía. Y le dijimos de todo. No conseguimos librarnos de él.

Aquella noche, a las nueve, Baker y yo habíamos terminado de cenar y nos detuvimos en la acera, preguntándonos qué podíamos hacer para pasar la noche. Joe se había detenido a nuestro lado.

—Bien —dije—, intentemos una casa de citas.

—¿Cuál? —preguntó Baker.

—La suya —dije, señalando a nuestro rufián, que seguía sonriendo malignamente—. Ese pequeño mal nacido nos ha seguido durante once horas, bajo el sol más cálido que he conocido. Creo que no ha comido ni bebido en todo el día. Y lo ha hecho para ofrecernos un poco de diversión.

—¿De veras? —preguntó Baker.

—¿Por qué no lo habría hecho? —inquirí yo—. Llévanos a tu casa de citas europea —le dije al rufián.

Rápido como un rayo llamó a un taxi.

—¿No será peligroso? —me preguntó Baker.

—¿Por qué tiene que ser peligroso?

—No me gusta nada todo esto.

—No te preocupes —repliqué.

El taxi recorrió un par de avenidas y llegó a una calle sin salida. Pagamos y Joe nos condujo ante una puerta. Llamó.

—Ahora —le dijo a Baker— verás algo que sólo un hombre de cada diez millones consigue ver. Una auténtica casa de citas oriental. ¡Una casa de citas de Shanghai, Baker! Piensa lo que podrás contarle a tus hijos.

—He oído decir que todas estas prostitutas son infectas — replicó Baker.

—Precisamente por eso te han dado el estuche profiláctico.

Se abrió la puerta y un criado nos condujo al recibidor. Pagamos a nuestro rufián. Le pagamos muy poco, habida cuenta del considerable tiempo que había perdido con nosotros.

—¿Y ahora? —preguntó Baker.

—Espera —le dije.

No tuvimos que esperar mucho. Llegó la dama, una mujer vieja, huesuda y digna, que nos llevó a un saloncito. ¡Y qué saloncito! Mesitas y jarros por todas partes. Arabescos e incienso. Una escalera de mármol. Mesas y sillas de teca oscura. Y tazas con vino de arroz.

Luego la señora dio dos palmadas, y una docena de muchachas descendieron por la escalera de marmol. Iban muy bien vestidas, incluso mejor que las muchachas que habíamos visto por las calles de Shanghai, y se colocaron en fila ante nosotros.

—¿Todavía temes algo? —pregunté a Baker.

—Tengo entendido que aquel tipo nos había prometido chicas europeas —repuso—. Estas son chinas.

—Los productos locales me parecen excelentes —repliqué.

—También a mí —admitió Baker.

La señora nos sonrió con aire muy distinto y dijo que teníamos que pagar quince mil dólares chinos por una vez, o bien treinta y seis mil por toda la noche.

—En dinero bueno, ¿cuánto sube? —preguntó Baker.

—Cinco dólares por vez, doce dólares toda la noche —repuso la señora.

Baker asintió y eligió una muchacha pequeñita, gordezuela y sonriente.

—Oye, Dennison —dijo—. Nos encontraremos aquí dentro de media hora, ¿eh?

—De acuerdo —repuse.

Di un paso y toqué en el hombro a la chica que había elegido. Me había fijado en ella en seguida. Demasiado alta para ser china, y luego supe que era oriunda del norte y tenía en las venas sangre manchú. Era muy bonita y se mantenía muy erguida. Asintió cuando le toqué el hombro.

Subimos y entramos en una habitación cuya puerta era de papel aceitado y en la que había un gran lecho de bronce. Se desnudó. Tenía un cuerpo esbelto, muy hermoso, muy distinto del de

las viejas prostitutas que se encuentran en el Bongchong en Seúl. Era muy experta y muy fría, y había algo en ella que me impresionaba profundamente. No hacía más que pensar en ella y no quería dejarla. Me vestí, bajé y pagué a la señora doce dólares por toda la noche y volví a la habitación. Me quedé toda la noche con aquella chica, y oímos los tiros en la calle. Más tarde supe que los del ejército nacionalista andaban a tiros con los policías de Shanghai, y los guerrilleros rojos disparaban sobre unos y sobre otros.

Era muy extraño. He leído que muchos hombres se consideran degradados cuando van con una prostituta, otros se sienten espiritualmente enriquecidos. Yo no experimenté ninguna de estas dos sensaciones. No me importaba quién era ni con cuántos hombres se había acostado. En aquel momento estaba conmigo en una habitación de paredes de papel aceitado, y con una lámpara minúscula en un rincón. Afuera había tiroteo, rifles y armas automáticas, que durante toda la noche no dejaron de recordarme la presencia de la muerte y que estaba vivo. Me había acostado junto a ella y pensaba en Joe el rufián, que había estado asediándome todo el día, se había desvivido durante once horas con la intención de venderme lo más precioso del mundo. Pensándolo bien, resulta muy extraño.

A la mañana siguiente me encontré con un verdadero problema. Quería para mí aquella muchacha (que se hacía llamar Janie), quería llevármela. La señora se empeñaba en conservarla. A Janie no parecía importarle mucho lo que fuera de ella.

La señora y yo regateamos, discutimos y soltamos palabrotas, y por último le pagué doscientos treinta y ocho dólares norteamericanos por quedarme a Janie el resto de la semana. Janie se puso un abrigo y salimos a pasear juntos.

Fuimos a dar una vuelta por la ciudad. Hasta el mediodía no descubrí que hablaba inglés. Lo había aprendido con los agentes de la policía militar.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Será mejor que no hablemos de esto.

Conseguí saber algo de ella. Procedía de una pequeña aldea de los confines de Sinkiang, y sus padres la habían vendido (exactamente, vendido) a un hombre que compraba jóvenes prostitutas para las grandes casas de Shanghai y Cantón. ¡Excelentes padres! Me dijo hasta su verdadero nombre, pero yo no lograba pronunciarlo, y lo olvidé. Ella tenía diecisiete años.

Yo había llegado a Shanghai con unos trescientos dólares en el bolsillo. Pedí prestados unos centenares a algunos compañeros y me instalé con Janie en un hotel no lejano del barrio de los rusos blancos.

Vivíamos juntos como marido y mujer. Ella escuchaba la radio todas las mañanas y me daba noticias sobre el avance de las tropas comunistas en China septentrional. En Corea jamás había oído hablar de esto. Por la noche íbamos a bailar a un pequeño café ruso, donde los precios no eran exorbitantes. Y pasábamos los días visitando la ciudad. Creo haber visto todas las viejas iglesias y los cementerios de Shanghai, y puedo decir que saboreé cada instante de mi estancia en la ciudad.

Una vez en Camp Polk, en la Louisiana, un viejo sargento me dijo que las prostitutas son las mejores esposas del mundo. Me dijo que en el momento de licenciarse se había ido a Nueva Orleans y elegido la prostituta más bonita que logró descubrir y se la llevó a Arkansas, a su pequeña hacienda. Creí que estaba loco. Y me había reído de aquellos que, en Corea, se habían enamorado de una prostituta. Pero ahora lo comprendía.

Le dije a Janie que la amaba. Ella me miró con su aire grave y sacudió la cabeza.

—Te ruego que no hables de amor.

—Pero, Janie, tesoro mío, te amo. Quiero casarme contigo. Quiero vivir contigo para siempre. Te lo digo en serio, imaldita sea!

—Lo siento. Creo que tus padres no lo aprobarían.

—Janie, escúchame: estoy solo en el mundo. Mis padres han muerto, mi hermano murió en la guerra combatiendo a los japoneses. Sólo tengo una hermana y la odio. Estoy solo.

Ella me dijo que no era cristiana. ¡Como si esto fuese muy importante! Le dije que yo tampoco era cristiano. No era nada. Le dije que me haría budista por su amor, o lo que le diera la gana.

—No lo dices en serio —me replicó—. No tardarás en irte, y no volverás. ¿Por qué habrías de venir a buscarme?

—Escúchame bien —le dije—. Te amo, Janie. Acaso no sea ningún tipo especial, pero te amo. ¿Te disgusta ser una prostituta? Bueno, también me disgusta a mí ser lo que soy. No te vuelvas de espaldas, escúchame. Janie, soy un embustero y un lioso, y soy también un pícaro. Nunca se lo he dicho a nadie, y no se lo diré nunca a nadie más. Pero quería que supieras con qué clase de hombre tratas. Te amo y quiero casarme contigo, si me aceptas.

Ella estaba conmovida.

—¿Por qué dices estas cosas? —preguntó—. Si no volverás.

—¡Volveré!

—Te ruego que no me hables ahora.

La aparté de mí para mirarla mejor.

—No volveré a Corea —le dije—. Desertaré y me quedaré aquí.

—Pero te agarrarán y te fusilarán.

—¿Lo sentirías?

—No quiero que te fusilen. Debes volver a tu puesto.

—¿Te casarás conmigo cuando vuelva a Shanghai?

—No volverás.

—¡Cristo! —grité—. ¿Qué debo hacer para lograr el amor de una prostituta? ¿Cortarme las venas? Dame un cuchillo y lo haré, si esto sirve para convencerte.

Saqué del bolsillo la navaja y la abrí. Lo hubiese hecho realmente, no me importaba.

Me miró con aire extraño. Luego me quitó la navaja de la mano y me abrazó.

—¿Janie?

—Te amo —me dijo.

Luego se echó a llorar. Creo que yo también lloré.

Aquellos últimos días de licencia fueron un paraíso. Amaba a Janie y ella me amaba. Me preguntó un millón de veces si la amaba de veras y si volvería, y dónde iríamos a vivir y si tendríamos un jardín. Yo pensé que Shanghai sería demasiado peligrosa para nosotros, a causa de los comunistas y de todo lo demás, y yo no quería volver a vivir en los Estados Unidos. Por eso decidimos que intentaríamos ir a Hong Kong, para ver si lograba encontrar un trabajo. Jane estaba segura de que lo conseguiría. Me dijo cómo arreglaríamos nuestra casa y lo que prepararía para comer. En dos días hicimos tantos proyectos que hubieran cubierto mil años.

La última noche de permiso no resistí más: decidí arrojar la capa al toro. Pero Janie se había vuelto virtuosa. Confiaba en mí y no quería que desertase.

—Has de volver —me dijo—. Sería horrible que desertases. Te agarrarían y te fusilarían. Has de terminar tu servicio militar.

—Termino dentro de seis meses —le dije.

—Y ¿luego serás libre? ¿En Seúl?

—No. Nos envían a todos a los Estados Unidos, como licenciados. Pero ahorraré dinero. Apenas tenga mi documentación, embarcaré en el primer barco y volveré por ti.

—¿Volverás por mí? —me preguntó Janie.

—Te lo juro por lo más sagrado.

—¡Oh, no volverás! —replicó ella, y se echó a llorar.

Le sequé los ojos y se lo prometí pacientemente, como si le hiciera una promesa a un niño. Luego le entregué doscientos cuarenta dólares norteamericanos, todo el dinero que había conseguido pedir prestado.

—¿Te bastará para vivir seis meses?

—Me bastaría la mitad.

—Quédatelo todo. Te mandaré más aún. ¿Te quedarás en este hotel?

—No. Iré a otro más barato. ¿Volverás de veras?

—Te lo juro. Dentro de seis meses me licenciarán. Dame un mes más para llegar a Shanghai. Volveré dentro de siete meses.

Escribió su nombre y la dirección del nuevo hotel, en inglés y en chino, y yo guardé religiosamente en mi cartera aquel trozo de papel. No le permití que me acompañara al puerto, porque temía echarme a llorar delante de todos. Me fui, y una vez más le dije que volvería.

Me embarqué y el barco partió, se dirigió lentamente hacia la desembocadura del Wang-poo, dejándose atrás a Shanghai, como si no hubiese existido.

Baker acudió a mí.

—¿Lo pasaste bien, amigo? —me preguntó.

—Sí —repuse.

—Deberá bastarte para todo el tiempo que habrás de pasar todavía en Corea —replicó él, y rió burlón.

También yo reí. ¿Qué podía hacer? Y miré a Shanghai, mi ciudad de sueños, desaparecer tras una ancha rada del río.

No le había mentado a Janie. La amaba, necesitaba de ella y estaba convencido de que ella me necesitaba. Dentro de siete meses regresaría a Shanghai, encontraría a Janie, me casaría con ella...

6

Dennison abrió de pronto los ojos. Sacudió la cabeza, rabiosamente. No era momento de pensar en Janie. Tenía que pensar en la situación en que se encontraba: hallábase a bordo de un velero inmovilizado por la bonanza, con las velas blancas y espectrales a la luz de la luna, una luna muy baja en el horizonte, a oriente.

Y tenía que pensar en el naufrago.

No he de perder el contacto con la realidad. James tiene un plan; subirá a bordo y me matará, si pierdo el contacto con la realidad. Un palmo de acero hundido en mi vientre, la sangre que

corre y los intestinos colgando... ¿Necesito esto para recordar la gravedad de la situación?

Algo chocó con la proa. Algo que arañaba. Luego el rumor se dejó oír de nuevo: un golpe sordo y el rumor de un arañazo.

Dennison se pellizcó el brazo. Y sintió dolor. Un dolor levísimo. Muy distinto de la cuchillada en el vientre.

Pero suficiente para recordar.

Una arañazo, un golpe.

Dennison se levantó. Una luna amarilla, hinchada, estaba rozando ya el horizonte a oriente. El reloj marcaba las doce y diecisiete.

El plan de James...

Un arañazo, un golpe.

Dennison apretó con fuerza el cuchillo y escuchó. El capitán estaba haciendo algo allí abajo, algo que provocaba aquellos sonidos regulares. Pero ¿qué?

Un arañazo, un golpe.

El capitán estaba...

Un arañazo.

Era cierto. James había esperado más de lo que había podido. Y ahora que sus fuerzas iban a abandonarlo, ejecutaba su plan.

Aquel arañazo lo causaría su cuchillo en el casco de madera del queche. Por tanto, su plan consistía en abrirse un agujero.

No, no podía ser, no lo conseguiría nunca. ¿Tratará de hundir el barco? ¿Es este su plan?

Un arañazo, un golpe.

Sí. Está intentando abrir una brecha en el queche. Es posible que crea obligarme a retroceder, amenazando con hundir el barco. Pero no me echaré atrás.

Un arañazo, un golpe.

Aunque abra una brecha en el barco y deje que el queche se llene de agua, no todo se irá a pique. Algo quedará flotando, aunque sea la tapa de un escotillón. James deberá estar convencido de que de este modo tendrá mayores posibilidades de salvarse que quedándose ahí abajo esperando... hasta que las fuerzas lo hayan abandonado.

Un arañazo, un golpe.

Probablemente es una alucinación mía, pensó Dennison. James no se decidiría nunca a hundir su barco.

Estrechó con fuerza el cuchillo. En su cuchillo podía confiar. Y mientras lo apretaba oyó otra vez el arañazo y el golpe. Sí, era real.

Pero James no conseguiría nunca hundir el barco. El queche tiene el maderamen doble. No es posible penetrar a través de seis centímetros de dura caoba de Honduras con una simple navaja.

Pero el queche sólo tiene el maderamen doble por debajo de la línea de flotación. Una brecha abierta en la línea de flotación, por encima del doble maderamen, bastaría para que se llenase de agua. James tenía que penetrar sólo a través de tres centímetros de espesor, pero tampoco sería fácil. La caoba de Honduras es sólida, no es como la de Filipinas. Era posible que se rompiera la hoja de la navaja.

Pero James no tiene necesidad de acuchillar la madera. Le bastaría arañar el calafateo de una de las juntas, alargarlo, arañar...

Esto es lo que yo haría en su lugar.

Aquel arañazo, aquel golpe.

¿Qué puedo hacer para evitarlo?

Dennison permaneció a la escucha, con el cuchillo en una mano y el garfio en la otra. Tenía que hacer algo, tenía que detener al capitán antes de que hundiera el barco.

Luego, con el rabillo del ojo vio algo que se movía. Se volvió y se encontró ante una silueta negra que se precipitaba sobre él.

7

Era imposible equivocarse. Aquella silueta se levantaba sobre el agua con la compactibilidad de una montaña, negra contra el cielo azul negro, y sobre ella resplandecía una luz roja, una sola. Mientras Dennison observaba, aquella masa se acercó, y luces blancas aparecieron sobre las luces rojas. Luego se oyó el zumbido constante de los motores.

¿Qué diablos haría un mercante por aquellas latitudes?

Probablemente se trataría de un barco de la línea Estados Unidos el Caribe, pensó Dennison. ¡Todo un océano para él, y precisamente tenía que precipitarse sobre él! Era muy improbable un encuentro semejante, pero los veleros no pueden prevenir una colisión en alta mar, como tampoco la escasa frecuencia de los huracanes. ¡Diantre! Si navegáis durante cierto tiempo, acabáis por hacer frente a todas las circunstancias más desfavorables, en todas las combinaciones peores entre las fuerzas del viento y del mar. Incluso cuando se está lejos de las rutas habituales, hay que estar muy al cuidado, día y noche. Es indispensable. Los mercantes están

extrañamente especializados en la búsqueda de los veleros, en la oscuridad; no los sitúan con el radar, lo embisten y lo destrozan, tan rápida y silenciosamente que los hombres de la tripulación ni siquiera se dan cuenta de que han chocado contra algo. Sucede a menudo que un velero se ve obligado a escapar frenéticamente para que no se le eche encima un buque de hierro que se lanza a través del océano con el radar apagado y los vigías completamente dormidos.

Los rumores bajo la proa cesaron. También James habría visto al mercante o lo habría oído.

El mercante avanzó con los motores que zumbaban poderosamente, y la luz de babor resplandeciendo como un ojo rojo diabólico. Dennison no conseguía descubrir la luz verde de estribor. Hubiese logrado descubrir las dos, la roja y la verde, si el mercante hubiera avanzado en una línea de colisión con respecto a él. Pero ¿era esto cierto en todas las circunstancias y todas las posiciones? ¿Qué decía aquel condenado reglamento? Babor a babor, estribor a babor... Dennison no conseguía recordarlo.

Y no podía hacer nada. No podía utilizar el motor, y no había el menor soplo de viento que le permitiese quitarse de en medio, ni siquiera sabiendo adónde tenía que dirigirse. Si el mercante embestía al queche, él moriría en la colisión, o sería arrojado al agua y absorbido por las hélices del barco. O bien podría ocurrir que a bordo del mercante se dieran cuenta de la colisión, se detuvieran para indagar... y en este caso le encontrarían a él y al capitán. Y acabaría en la cárcel.

Millares de millas cuadradas de océano desierto, en torno a mí, y ahora un mercante se me echa encima. No es justo, imaldita sea!

Oía gritar al capitán James:

—¡Ah del mercante! ¡Ah, socorro!

Pero, naturalmente, ellos no podían oírlo: los motores hacían demasiado ruido.

El mercante estaba ya muy cerca. Dennison veía su proa, alta como una colina, que avanzaba hacia el costado del queche como un hacha gigantesca. La velocidad del mercante pareció aumentar. Luego, la masa inmensa del barco pasó de largo, y el queche cabeceó con violencia, cuando la espumosa ola lo embistió.

El mercante se alejó, la ola levantada por la proa apartó al queche. A causa del rechazo el palo mayor de la embarcación dio contra el costado de hierro de la nave. El trinquete se hizo pedazos, pero el mástil resistió.

—¡Ah del mercante! —gritó James.

El buque se alejó dejando tras de sí un remolino de agua blanca y el olor de la nafta quemada. Pero ¿los había visto? ¿Regresaría?

Dennison aguzó la vista en la oscuridad. Se agarró al palo del foque, manteniéndose en equilibrio sobre el barco que oscilaba violentamente, y siguió con la mirada el mercante. Su popa era una constelación de luces blancas que se alejaban. Era evidente que no volvía atrás.

Quizás el capitán hubiera sido arrebatado de su agarradero bajo la proa.

No, no había tenido esta suerte. Dennison volvió a oír el arañazo seguido del golpe. Un arañazo, un golpe, un arañazo, un golpe: ¿qué podía hacer para que cesara?

Luego, mientras miraba en dirección al mercante que se alejaba, vio que no era necesario hacer nada para liquidar al capitán. Nada. El problema iba a resolverse sin necesidad de su intervención. Vio claramente una aleta cortar el agua en dirección al queche. Mejor dicho, dos. Tiburones.

Sin duda habrían seguido al mercante, alimentándose de los desperdicios. Algunas veces los escualos son capaces de seguir a un barco durante semanas para comer los desechos. También solían ser hasta una docena, y comían todo lo que se echaba por la borda.

Pero aquellos dos tiburones habían abandonado el mercante. Habrían olfateado algo mejor que desperdicios. Habían percibido el olor del hombre en el agua. Dennison se apoyó en el palo del foque y esperó. ¿Qué intenciones tienen esos dos tiburones, capitán?

8

Bajo la proa se oyó un grito sofocado. También el capitán James había visto a los tiburones. De improviso sus manos aparecieron en la borda del queche. Estaba intentando frenéticamente izarse a bordo.

Dennison vaciló, experimentó el absurdo impulso de ayudarlo a subir. Aquel pobre bastardo ya había pasado lo suyo...

Pero no era posible. Su decisión era irrevocable. No podía anular un homicidio tan largo y difícil de llevar a cabo. Dennison apretó los labios y dio un puntapié a las manos del capitán. Le golpeó tres veces, y el capitán soltó la presa y cayó al agua.

Ahora James estaba girando a nado en torno a la proa, y contemplaba a los tiburones que se deslizaban hacia él.

—¡Dennison! —gritó—. ¡Por amor de Dios, haz algo!

Dennison asintió lentamente, pero no se movió.

—¡Ayúdame! Dennison, siento lo que ha sucedido. Haz algo, ayúdame.

Una vez más Dennison asintió, casi imperceptiblemente: miraba a los tiburones horrorizado y fascinado.

James estaba a menos de seis metros del queche. En la diestra empuñaba el cuchillo, y la luna, baja en el horizonte, se reflejaba cabrilleando en la hoja y en su cabeza calva. Los escualos giraban en torno suyo perezosamente, a tres metros de distancia. James jadeaba, y se revolvía en el agua tratando de no perder de vista, al mismo tiempo, a los dos tiburones.

Luego uno de ellos se dirigió hacia él. James levantó una gran salpicadura de agua y el tiburón se alejó. El otro lo siguió, se acercó y volvió a alejarse antes de haber alcanzado al capitán.

De nuevo nadaron en círculo, y James se giraba lentamente en el agua, respirando con fatiga. Su rostro era de una blancura espectral a la luz de la luna. Se volvió y los tiburones estrecharon el círculo, casi lo rozaron con sus cuerpos oscuros y poderosos.

No puede continuar así, pensó Dennison.

James volvió a sacudir el agua lanzando salpicaduras contra los escualos, que esta vez no se retiraron.

—¡Dennison, ayúdame!

Dennison se mantenía agarrado al palo del foque y siguió observando la escena: experimentaba una extraña sensación de desasimio, como si estuviese asistiendo a la escena de un filme, sin prestarle demasiada atención.

Uno de los tiburones dejó de nadar en círculo. Un instante después James lanzó un grito y se sumergió. El escualo debió de haberle mordido una pierna.

James volvió a flote y su alterado rostro era irreconocible. Aún apretaba con la mano el mango del cuchillo. Los dos tiburones se sumergieron. James lanzó un golpe, chocó contra algo sólido y golpeó de nuevo. Uno de los dos tiburones saltó en el agua, y se mantuvo un instante en equilibrio sobre la aleta caudal, con el vientre gris blanco abierto. Cayó de nuevo en el agua y las salpicaduras llegaron a la cara de Dennison. Luego se quedó flotando, agitando débilmente la cola.

James se volvió de pronto, tratando de localizar al segundo escualo. Luego gritó de nuevo. El tiburón estaba debajo de él y lo atacaba bajo el agua. Mientras James luchaba por mantenerse a flote, el escualo herido se volvió, cansadamente, y sus terribles mandíbulas se cerraron sobre el brazo derecho del capitán, cerca del hombro. Las mandíbulas se unieron con un golpe limpio. Cuando el tiburón se alejó, llevaba entre los dientes el brazo, con el cuchillo todavía apretado entre los dedos convulsos.

El capitán gritaba todavía. El agua estaba salpicada de la espuma blanca levantada por la lucha y estriada de sangre negra. El hombre sin brazo gritó hasta que el agua se cerró sobre su cabeza calva, y el último grito se convirtió en un estertor.

Esto fue todo. Esto fue todo, y sólo quedaron los tiburones que siguieron nadando en círculo, en busca de otra cosa que devorar. El capitán había desaparecido, estaba muerto, había fenecido en el mar. Los tiburones lo atacaron mientras estaba nadando. Nadie tenía la culpa.

Pero ¿realmente había terminado todo?

Dennison miró el agua. Los tiburones habían desaparecido. Bajo la proa volvió a oírse el rumor de un arañazo y un golpe, un arañazo y un golpe.

La mano de Dennison apretó el cuchillo que llevaba a la cintura. Lo apretó con fuerza, hasta que le dolió la mano, y miró el agua tranquila.

A lo lejos se distinguían aún las luces de popa del mercante. En torno al queche el agua estaba inmóvil. Bajo la proa oíase un arañazo seguido de un golpe.

Por tanto, aquellos tiburones no habían existido jamás. No hubo tiburones. Los había soñado cuando pasó el mercante. No había tiburones. Sólo James bajo la proa, que estaba haciendo algo.

A oriente, la luna descendía en el mar.

9

El reloj de Dennison señalaba las dos y siete. El borde inferior de la luna tocaba ya el horizonte, y de vez en cuando alguna nube transparente pasaba sobre el fúlgido rostro amarillo. Se había levantado una brisa ligera, y parecía que el queche se estaba moviendo. Bajo la proa seguían aquellos arañazos y aquellos golpes.

Tenía que descubrir, fuera como fuere, el significado de aquellos ruidos. Basta ya de teorías, porque sus teorías resultaban todas desastrosamente equivocadas. Basta ya de sueños, porque sus sueños lo apartaban del problema real representado por el hombre que estaba en el agua. Basta de mentiras, porque las mentiras y las evasiones lo incapacitaban para enfrentarse con el peligro que lo amenazaba: el momento en que el capitán subiría a bordo, desnudo y chorreando. Basta ya de incendios imaginarios y tiburones fantasmas. En este instante sólo podía permitirse la verdad desnuda y simple. Tenía que mirar bajo la proa, ver lo que sucedía, valorar rápidamente la situación, y obrar. Nada más.

Un arañazo, un golpe.

¡Adelante!

Dennison se agarró con ambas manos al grueso cabo de seguridad y se asomó al agua. A la luz centelleante de la luna descubrió el rostro palidísimo del capitán bajo la proa, y lo vio moverse. Pero ¿qué estaría haciendo?

James lo descubrió y una sonrisa confianzuda, casi cordial, iluminó su cara pálida.

Un arañazo, un golpe.

El capitán James estaba haciendo gimnasia. Se levantaba y descendía entre el cabo y el barbiquejo del bauprés. El leve movimiento undoso hacía rozar su cuerpo con el casco, y el golpe era el sonido producido por sus hombros cuando daban en la parte curva de la proa. Dennison se retiró. Estaba muy agitado. Aquella gimnasia realizada por el capitán era algo horrible. Se sentó en el techo de la cabina, con una mano sobre el cuchillo. Miró en torno suyo buscando el garfio, pero no consiguió verlo. Probablemente habría caído al agua cuando se cruzaron con el mercante.

El capitán James estaba haciendo gimnasia para obligar a la sangre a que circulara activamente por los brazos y las piernas perjudicadas por los calambres, y para calentarse el cuerpo entumecido. Estaba preparándose como podía para cuando llegara el momento de intentar subir a bordo del queche.

¿Cuándo?

Desmayadamente, Dennison trató de imaginar lo que el capitán estaba proyectando.

Aquel obstinado pensaba sin duda en que había sido lanzado al agua al mediodía, y el loco a quien había enrolado en St. Thomas le impedía subir a bordo. Por fortuna, el queche había quedado inmóvil a causa de la bonanza. Él había tomado algunas precauciones elementales: se había sumergido bajo el buque y consiguió atar las palas de la hélice, de manera que a Dennison le fuera imposible alejarse poniendo en marcha el motor. Si la hélice no hubiera sido plegable, sin duda habría atado una de las palas al timón, o al cigüeñal.

Durante toda la jornada no había sucedido mucho más: el hombre que estaba en el queche había tratado de pegarle un tiro con el rifle descargado, nada más. El tiempo se había mantenido constante, como sucede en aquellas latitudes: bonanza y vientos ligeros, pero ningún temporal, desgraciadamente. Una tormenta, después del crepúsculo, habría podido crear una distracción que le hubiese permitido subir a bordo, pero no siempre se puede tener suerte. Luego había caído la noche, pero la luna era demasiado brillante para favorecer la tentativa de subir. Había pasado muy cerca un mercante, pero su paso no ofreció ninguna buena ocasión a

ninguno de los dos. Y ahora estaba haciendo gimnasia bajo la proa y esperaba...

Que se pusiera la luna.

Sí, era lógico. El capitán era un hombre flemático, habituado a las aventuras, y había valorado exactamente la situación, como lo hizo cuando tuvo que hacer frente a la sublevación de los culis en Kuala Riba, como lo hizo asimismo cuando tuvo que enfrentarse en tantos momentos peligrosos de su vida. Había valorado fríamente sus posibilidades contra el loco que estaba a bordo, había considerado las ventajas que podía ofrecerle demorar el ataque hasta que la luna se hubiese puesto, aunque esperar le costase una incesante pérdida de fuerzas. Para el capitán se trataba de un problema más bien sencillo. La solución mejor era esperar a que se hubiese puesto la luna: esperar y dejar que aquel idiota de a bordo se preocupara hasta sentirse mal. La pérdida de calor del cuerpo podía compensarse con un poco de gimnasia. La pérdida de las fuerzas no era demasiado inquietante, dado que el adversario contra el que tendría que batirse era aquel idiota flaco, despavorido y febricitante.

Dennison miró el reloj. Eran las dos y diecisiete, y la mitad de la luna se había sumergido ya en el mar. Dentro de diez o quince minutos habría desaparecido bajo el horizonte. Digamos a las dos y media. Apuntaría el alba a las cinco, dos horas y media después. James dispondría de dos horas y media de oscuridad completa para desencadenar su ataque. Y Dennison tendría que defender el queche, dos costados de quince metros, treinta en total, contra un hombre a quien le bastaba un espacio de pocos centímetros para subir a bordo.

Era una perspectiva descorazonadora. Sin embargo, Dennison experimentó una extraña sensación de esperanza. Por fin la lucha adquiriría una estructura precisa. Ahora podía comprenderla plenamente.

James tendría ganada la partida si lograba subir a bordo durante las dos horas y media que transcurrirían desde la puesta de la luna al alba. Si Dennison lograba vigilarlo hasta la salida del sol, el capitán habría perdido. Porque el sol le proporcionaría dieciocho horas de luz, dieciocho horas que agotarían las energías del capitán y le harían conocer el sabor de la desesperación. En esas dieciocho horas podría levantarse el viento: un viento bastante fuerte para empujar al queche y sumergir para siempre a aquel hijo de puta. Durante dieciocho horas de luz pueden suceder muchas cosas.

Las próximas dos horas y media serán cruciales, pensó Dennison. Ese bastardo está seguro de lograr su intento. Para él ésta es sólo una aventura en una vida hecha de aventuras. Uno de tantos momentos difíciles que hay que superar. Probablemente se ha encontrado en situaciones todavía peores y siempre ha salido con bien. Por tanto, es seguro que también saldrá con bien de ésta.

Pero no es inevitable que su valoración de los hechos sea exacta. Todos mueren, incluso el capitán. Y él está en el agua, mientras yo estoy a bordo, en el barco. Tengo que recordarlo porque es importante.

Yo soy capaz de cometer un homicidio. Soy capaz de apretar un gatillo o dar una cuchillada. Basta un segundo. Basta un segundo para cometer un asesinato.

Pero estoy asesinando al capitán desde el mediodía. Hace más de catorce horas que estoy asesinando al capitán. El asesinato es una tensión terrible, y debería concluir en un segundo. Pero yo he debido matarlo, y matarlo todavía durante cada segundo de estas catorce horas interminables, recurriendo a toda la fuerza de voluntad y toda la energía que requiere ese acto fulminante. ¿Por qué sorprenderse de que me encuentre tan turbado?

Yo sé matar como cualquier otro... en un segundo. Pero matar ininterrumpidamente durante catorce horas...

La luna casi se ha puesto y las estrellas no dan mucha luz. Tengo que pensar. Una hoja de frío acero en mi estómago. Tengo que pensar.

¿Por dónde puede subir a bordo? Por la proa, por cualquier parte. Por la parte central del queche, encaramándose por las jarcias. Por la popa, apoyándose con los pies en el tubo de escape. Estas son las brechas de mi fortaleza, las brechas por las cuales puede penetrar el enemigo. Estos son los puntos que debo vigilar. Pero ¿cómo puedo vigilarlos todos?

Moviéndome, como hice en Corea. James necesitará cierto tiempo para encaramarse a bordo. Por esto he de recorrer continuamente el barco, con el cuchillo en la mano. ¿Acaso no sería mejor que me pusiera de centinela sobre el techo de la cabina y diese lentamente vueltas sobre mí mismo, en espera de descubrir una oscuridad más oscura aún sobre un fondo hecho de oscuridad, una silueta negra que tapa las estrellas?

No debo hacerme ilusiones, he de ser sincero conmigo mismo. Sé ser sincero. Confieso que después de haber hecho frente a Herrera con tanto valor, dos semanas después se repitió la escena. Todo mi coraje, toda mi decisión, aquella primera vez, no sirvieron para nada. Y la segunda vez no estuve en condiciones de plantarle cara. No me pisoteó porque me arrastré bajo sus pies. Tampoco era digno de buscarle. Era el hazmerreír de la compañía. Y yo también me reí de mí, y bromeé, hice el payaso y me arrastré cada vez que se impuso. No tuve el valor de batirme ni de matarme, ni siquiera tuve el coraje de enloquecer. No supe hacer otra cosa que arañarme un brazo con un cuchillo oxidado, en espera del tétanos.

Confieso que nunca he matado a un hombre, nunca, en toda mi vida.

Janie, te amo todavía. Quisiera haber vuelto a tu lado. ¿Durante cuánto tiempo me esperaste? ¿Me esperas aún? Janie, me licenciaron en Berkeley y una hora después había perdido en juegos de azar todo lo que me dieron. Encontré trabajo a bordo de un mercante que se dirigía a Panamá y Nueva York. Janie, confieso haberte olvidado, aunque te quería. Soy el tipo de hombre capaz de hacer estas cosas. Luego Shanghai cayó en manos de los comunistas y comprendí entonces que había perdido para siempre mi única ocasión y, Dios me perdone..., estuve contento de que la responsabilidad no fuese mía. Lo siento muchísimo, Janie.

Confieso que soy un embustero, un lioso y un pillo. Confieso que quisiera ser un asesino, si encontrara fuerzas y el valor necesario para matar. Quisiera construirme una vida nueva, partiendo de este asesinato. Quisiera tener el barco de James y su dinero, pero... ¡Al diablo! Lo único que quiero ahora, lo único que le pido a la vida es valor para matar al capitán James.

Dennison se frotó los ojos cansados y miró hacia Oriente. En el horizonte asomaba sólo el borde superior de la luna.

Tenía que actuar en seguida, pillarlo por sorpresa cuando menos lo esperase. ¿Qué debo hacer?

También desapareció el último resplandor de la luna. El cuadrante luminoso del reloj señalaba las dos y treinta y un minutos.

Bajo la proa James había dejado de hacer gimnasia. La embarcación se había sumido en la oscuridad más completa. Dennison, sentado en el tejado de la cabina, se preguntó si había llegado el momento de actuar.

10

Santo Dios, ¿de qué ilusiones es capaz la mente humana? ¿Durante cuánto tiempo me drogué de esperanza? ¿Por cuántas horas me alimenté de sueños, alimento fúnebre de los muertos?

El agua fría lamía el cuello de Dennison. Una ola minúscula se deshizo en su rostro y le llenó la boca. Buceó, metiendo la cabeza bajo el agua; luego dio un talonazo y salió a la superficie, y su mano izquierda se apoyó, tocó el costado de madera del queche, rozó un cabo colgante. Se agarró al cabo y abrió la boca para cobrar aliento.

¿Cuándo había comenzado aquel sueño absurdo? ¿Durante cuánto tiempo creí que era yo quien había arrojado al mar al capitán James?

El agua negra le lamía el cuello y los hombros. Estrechaba el cuchillo en su mano derecha, asegurado a la muñeca por una atadura de cuero. Por encima de él amenazaba el queche, una incierta blancura de velas contra las tinieblas del mar y el cielo.

Pero ¿era real todo esto?

Tocó con la mano derecha el costado del queche, advirtió los crustáceos bajo la línea de flotación, el limo que se había formado sobre la pintura. Tragó un poco de agua: era salada. La escupió. Apretó con fuerza el cuchillo, aquel cuchillo que no le había mentido jamás. Estaba en el agua. Se rasguñó el hombro izquierdo. Dolor. Estaba en el agua. Todavía incrédulo, se golpeó con más fuerza en el hombro y el dolor agudo, repentino, le obligó a abrir los ojos.

Otra ola minúscula se le rompió en la cara, le llenó los ojos de sal punzante.

Es la prueba decisiva. Estoy en el agua.

¿Qué había ocurrido?

Al mediodía, de pronto, el capitán James me arrojó al mar. ¿Por qué?

Porque James está loco.

Con el pretexto de señalarle un tiburón, el capitán había arrojado al agua, a popa, a Dennison. Y durante todo el día Dennison había luchado por sobrevivir, agarrándose bajo la proa, mientras el agua le azotaba el rostro y los hombros, mientras su cuerpo se iba entorpeciendo lentamente, y en el camino de la salvación estaba el obstáculo de aquel loco. Y Dennison no se había rendido, a pesar de los sueños traidores evocados por el agotamiento.

Qué extraño tipo era aquel capitán James, pobre loco. Y más extraño era aún que Dennison experimentara por él un sentimiento de piedad. Sólo podía sentir piedad por aquel asesino que caminaba de un lado a otro del puente. Ninguna acción, ni siquiera ésta, podía aislarse del contexto del mundo en el que se habían originado. Todas las leyes morales del mundo estaban al lado de Dennison. Toda la compasión, toda la comprensión del mundo pertenecían a Dennison, la víctima todavía no aniquilada. Dondequiera que hubiese hombres y mujeres, en las tierras calientes, más allá de aquel horror de aguas gélidas y negras, sus corazones palparían por el naufrago, por Dennison, que flotaba en silencio junto al queche. Y el pobre James, con su actitud criminal, se había excluido para siempre de la comprensión de los hombres y de la compasión de las mujeres. No habría nadie que experimentara piedad por el capitán: nadie, excepto Dennison.

Pero ¿por qué he soñado que era yo quien arrojaba al mar a James?

La respuesta es obvia. ¿Quién deseaba acabar en el mar? Oh, es magnífico tener a toda la humanidad de tu parte. Pero luego, cuando se llega al momento decisivo, ¿quién puede desear estar de parte de la razón... y morir? No es sorprendente que haya soñado que a bordo del queche estaba yo, y que el capitán era quien había caído al mar. El agotamiento y el miedo han dado forma a mis fantasías. Y por esto he preferido soñar que cometía un homicidio, antes que afrontar la atroz realidad de mi muerte.

Pero es extraño que yo haya logrado convencerme, aun cuando fuera en sueños, de que era capaz de matar a un hombre así, lentamente. Nada había en mí que pudiera impulsarme a crearme capaz de tanto. Mi mente exhausta ha perpetrado el engaño supremo, me ha dicho que yo era un asesino, y luego, con la paciencia de una hormiga, ha creado las pruebas... para rechazar la realidad, para no tener que admitir que el asesino era yo.

Dennison se frotó los ojos, que le ardían. Basta ya de sueños. La luna se había puesto. Aquél era el momento que tanto había esperado, la ocasión de subir a bordo, con toda la fuerza de las leyes morales y del orden universal, todas de su parte; la filosofía, la ciencia y la religión estaban a su lado, y la comprensión de los hombres y la compasión de las mujeres que lo sostenían y le daban fuerzas.

No moriré. Y ahora, manos a la obra.

Dennison permaneció a la escucha, pero no oyó ningún ruido sobre él. Sus manos tantearon el costado del queche. Sí, estaba a popa, no lejos del yugo. Alejarse de la proa fue una buena idea. Presumiblemente James estaba todavía arriba, empuñando el cuchillo, y esperaba que él subiese a bordo agarrándose a los cabos y al barbiquejo. Por otra parte, era posible que el capitán hubiese cambiado de táctica. Acaso andaba por el puente, empuñando el cuchillo, en espera de descubrir una masa más oscura sobre un fondo hecho de oscuridad, una sombra negra que ocultase las estrellas.

Tenía que intentar subir a bordo. ¿Por dónde? ¿A proa, a popa, hacia el centro de la embarcación?

Hacia el centro, en el costado de estribor. Las jarcias lo protegerían de una posible cuchillada.

Dennison soltó la amarra que colgaba a popa y nadó sin hacer ruido hacia el costado de estribor. Nadaba con una mano, y con la otra seguía a tientas el casco. Cuando llegó a las jarcias, descansó un instante y rezó. Luego levantó los brazos y se agarró con las dos manos.

Esperó. No apareció ningún pie dispuesto a aplastarle los dedos. Se izó agarrándose a los cabos. Tenía la carne de gallina, en

espera de la cuchillada del asesino, pero se decidió a continuar el esfuerzo. Levantó una pierna sobre la borda. Luego otra.

Estaba a bordo. Se agazapó, abriendo mucho los ojos en la oscuridad, el cuchillo a punto de herir.

Nada.

Esto significaba que James estaba todavía a proa. Muy bien: la lucha concluiría allí.

El agua resbalaba goteando por su piel helada, mientras él se deslizaba hacia proa. Llegó allí, pero no vio ninguna silueta negra de hombre que interrumpiese la extensión de la bóveda estrellada, no había sombra alguna que se destacase, más negra, contra la oscuridad de la noche.

Dennison dio la vuelta al barco y regresó a proa. Estaba solo. James había desaparecido.

¿Dónde estaba el capitán?

Durante un instante Dennison no comprendió. Luego recordó, y pronosticó que moriría antes de haber recordado.

11

Su reloj se le había caído cerca del cabrestante. Lo recogió, miró el cuadrante luminoso. Las dos y cincuenta y tres. La luna se había puesto a las dos treinta y uno, hacía veintidós minutos. Basta ya de sueños, se había dicho a sí mismo. Tenía que actuar. Actuar de una vez para siempre, actuar para poner fin a aquella larga lucha que lo hacía enloquecer.

Se dijo que el mejor plan era prevenir el ataque del capitán atacándolo a su vez. ¿Por qué permanecer pasivamente a bordo del queche, temblando, de guardia en una fortaleza que era imposible defender, en espera de que el enemigo diera el primer golpe? ¿Por qué no podía ser él el primero en darlo? Tendría que deslizarse al agua, nadar hacia la proa sin hacer ruido y acuchillar al capitán, atacándolo a ser posible de espaldas, mientras James se agarraba con ambas manos al barbiquejo del bauprés y al cabo.

Soltó al agua una amarra, a popa, y descendió. Luego, cuando se encontró en el agua, el agotamiento y el miedo se apoderaron de él de repente, y durante muchos minutos perdió el contacto con la realidad y soñó cosas absurdas; luego subió penosamente a bordo.

Pero ahora ya no soñaba. Ahora estaba de nuevo a bordo del queche, chorreando y tembloroso, y tenía que hacer frente otra vez a la incertidumbre, eternamente diferida, de su muerte o de la del capitán.

Su plan había sido bueno. Todavía era bueno. Sólo era necesario tener valor.

Yo tengo valor.

De prisa, para no tener tiempo de pensar, Dennison se dirigió hacia popa. Por segunda vez se metió en el agua, deslizándose por la amarra. Esta vez acabaría con aquello. Matar o morir: ahora ya no tenía mucha importancia.

Su mano derecha apretaba con fuerza el cuchillo. Dennison aspiró profundamente una bocanada de aire, luego se sumergió. Se zambulló bajo el barco, dirigiéndose hacia proa. Luego algo le hirió la espalda, desde el hombro derecho hasta abajo, a lo largo de la espina dorsal.

¡Dios, había olvidado al capitán! James debió de oírlo cuando se zambullía en el agua. El capitán se había alejado de la proa y quedado inmóvil, en espera de oír el rumor del agua movida por Dennison. Y cuando lo oyó pasar cerca, lo hirió.

Dennison se debatió bajo el agua y sintió otra puñalada en el muslo izquierdo. Rabiosamente blandió a ciegas el cuchillo y lo sintió penetrar a través del agua con una lentitud increíble, luego oyó el choque contra el casco de madera del queche.

Hirió de nuevo y esta vez su cabeza golpeó la quilla. Dio un talonazo y se alejó, volvió a la superficie y se dirigió nadando hacia popa. Se agarró a la amarra y se izó a bordo.

Dennison quedó tendido a popa, jadeando fatigosamente para cobrar aliento, mientras el agua y la sangre le corrían por la piel. ¡Maldito capitán! Se tocó la herida del muslo.

No era la herida de un cuchillo, sino sólo un rasguño.

Se sentó y se tocó la piel lacerada de la espalda. Los dedos le revelaron que también aquella herida era irregular y superficial. No era la herida de un cuchillo.

¡Maldita sea! Tenía que haber rozado con la espalda y el muslo el fondo del queche, cubierto de cirrípedos, y había huido a popa poseído del pánico.

¿Y el capitán?

Todavía estaba bajo la proa. Seguía esperando, decidido a actuar en el momento previamente establecido, ni un instante antes.

Dennison volvió a levantarse y se dirigió hacia proa. Se sentó en el techo de la cabina, con el cuchillo suelto entre los dedos aflojados. ¿Qué hora sería? Las tres. Había transcurrido media hora desde que la luna se había puesto y faltaba hora y media para el alba.

Había muchas cosas que hacer; tenía que inspeccionar el barco. Pero Dennison no conseguía moverse. Se quedó sentado, solo, bajo las estrellas remotas, y esperó.

12

A las tres y diez Dennison descubrió una masa oscura e informe moverse lentamente bajo el bauprés. El bauprés crujió. El cabo de babor golpeó y se tensó. La masa oscura se agitó, destacando una cabeza y un par de hombros sobre el fondo de las estrellas.

Dennison la miró y reconoció la silueta del capitán. James estaba erguido, con un pie sobre el cabo de babor y el otro sobre el barbiquejo del bauprés. No estaba sobre el barco y tampoco fuera del barco, sino en una zona entre el barco y el agua, dispuesto ya a avanzar o retirarse de nuevo bajo la curva del casco.

Este es un momento decisivo. Creo que debería...

El capitán se movió de pronto y pasó una pierna por encima del bauprés. Luego se izó a caballo y se agarró con una mano al mástil; en la otra mano, que mantenía baja, se veía un resplandor blanco, metálico. Después, de la posición en que se encontraba, James comenzó a deslizarse hacia la proa.

Dennison se preguntó si el bauprés podía considerarse realmente una parte del queche. Vio los ojos y los dientes del capitán brillar en la oscuridad, vio una mancha de luces resbalar sobre el cuchillo que tenía en la mano. James avanzaba hacia proa, agarrándose al bauprés, y avanzaba lentamente, pero con gran seguridad. Tenía que haberse aprendido de memoria cada movimiento, pensó Dennison: la mano derecha allí, el pie derecho allá.

El capitán ya había llegado al punto en el que el bauprés se insertaba en la proa. Dennison podía ver el agua que resbalaba por su cuerpo. James estaba a menos de tres metros de él.

Frente a aquel avance lento e inexorable, Dennison dejó el techo de la cabina y retrocedió a estribor.

El capitán dejó el bauprés y se plantó en la proa, por primera vez después de quince horas. Las rodillas se le doblaron y se dejó caer sentado, pesadamente.

Atácalo ahora...

Dennison avanzó, pero el capitán lo aguardaba, sentado en el puente, con el cuchillo en la mano, levantado a la altura de su pecho.

—Adelante —estaba diciendo James con un ronco susurro—. Es lo que he pensado: plantarte este cuchillo en el pecho. He rezado

mucho para que se me concediera poder hacerlo. Adelante, sigue adelante.

—Estoy armado...

—¿Crees que me preocupa? —susurró James—. ¿Crees que me preocupa también que me pinches con tu cuchillito? ¡Adelante, ataca, Dennison!

Dennison se dio cuenta de que el capitán estaba furioso.

James se levantó de nuevo, comprendió que las piernas podían sostenerlo. Avanzó por el lado de estribor, siguiendo a Dennison, que siguió retrocediendo hasta alcanzar las jarcias del palo mayor.

Y ahora se arrastraba...

—Capitán, he de haber perdido realmente la cabeza. Capitán James, no sé qué me ha pasado. He de haberme vuelto loco.

—Te mataré —dijo James, y siguió avanzando.

—No podrá matarme —repuso Dennison—. Porque no me defenderé.

—No me importa nada que te defiendas o no —dijo James.

Dennison tuvo que retroceder aún más. Fue aculándose hasta llegar a las jarcias de la vela de mesana. Tras él había aún cinco metros de sólidas tablas. Había levantado el cuchillo para herir, pero era absurdo pensar que podía servirse del cuchillo contra el capitán, implacable, omnipotente.

Luego oyó...

13

...un ruido seco, de arañazo, bajo la quilla. También James lo oyó y se detuvo a escuchar. Una vez más se oyó el ruido del coral al romperse contra la quilla.

—¿A dónde diablos nos has traído, Dennison?

El queche chocó contra algo sólido. La proa se levantó en el aire y el barco se inclinó de babor. Luego se desencalló.

—¡Dennison, gira el timón!

El queche volvió a chocar contra los corales impulsado por el oleaje. Chocó y se desencalló. El oleaje se extendía ante el barco en anchas medias lunas brillantes, y al otro lado de esa extensión Dennison descubrió el perfil incierto de las palmeras contra el cielo que empezaba a clarear.

—¡Maldita sea, hemos acabado en las Bahamas! —gritó James por encima del rumor de las rompientes.

Luego se acordó de Dennison y corrió hacia él a lo largo del puente inclinado.

Dennison actuó con fría seguridad. Empujó el cuchillo contra el capitán. Luego, sin más, sin asegurarse de si lo había herido o no, se arrojó al mar y nadó bajo el agua, hasta que sintió en el pecho el contacto de la arena basta. Entonces se levantó.

Estaba en una playa desierta. A unos quince metros había encallado el queche. No logró descubrir a James.

Dennison echó a correr, subiendo por la playa. Ante él se extendía una barrera de follaje. Se escondería allí hasta que...

14

La tierra más cercana dista trescientas millas, recordó de pronto Dennison.

El lento avance del capitán lo rechazó lejos también de las jarcias de mesana. Ahora estaba en la cubierta de popa. El queche seguía inmóvil en el mar negro y muerto. En el cielo las estrellas parecían más pálidas.

El capitán James saltó de pronto sobre el puente. Las piernas casi se le doblaron, pero consiguió mantener el equilibrio. Ahora podía impedir a Dennison que tratara de escabullirse corriendo en torno del queche. Podía continuar su avance, y a Dennison le quedaba sólo un metro y medio de puente, tras la cubierta de popa. Luego estaba el agua.

Dennison retrocedió aquel último metro y medio, decidido a no moverse de allí. Se apoyó en la borda y se encogió dispuesto a la lucha. El capitán avanzaba lentamente, y sólo tenía tiempo para...

15

...una tormenta que ocultó el brillo de las estrellas a lo largo de todo el horizonte, en dirección sudeste, y se precipitaba hacia el queche prisionero de la bonanza como un tigre feroz y aullante. El queche, con todas las velas desplegadas, escoró violentamente, peligrosamente, veinte grados, treinta grados, amenazando volcarse.

James se había agarrado al timón para no precipitarse en el mar. Estaba tratando de soltar la vela mayor.

—¡Dennison —gritó—, larga la mesana!

—Pero, capitán... Usted iba...

—Olvídalo —gritó James—. Maldición, lo primero es el barco.

El capitán miró a Dennison fijamente a los ojos y arrojó el cuchillo al mar.

Dennison lo miró a su vez un instante y también él arrojó su cuchillo al agua. Sus manos se encontraron y se estrecharon.

—¡Y ahora, rápido!

El queche, escorado, con media cabina ya sumergida, se iba llenando de agua, que se acumulaba con una rapidez superior a aquella con que los imbornales la vaciaban. El foque estaba roto. Dennison oía el ruido producido por los jirones de la vela golpeando contra el palo. Se agarró a la vela de mesana. Estaba bloqueada. Dennison se esforzó desesperadamente en soltarla. Todos los cabos del queche se habían enredado. El capitán luchaba con la vela mayor. Sin embargo, incluso en aquella terrible situación, tuvo tiempo para volver la cabeza a Dennison y dirigirle una amistosa sonrisa...

16

Dennison estaba rígido en el extremo de popa, apoyado contra la borda. Tras él sólo estaba el agua negra e inmóvil. El capitán subía ahora a la cubierta de popa, estaba ya casi a una distancia útil para herirlo, el cuerpo encogido para iniciar el salto, el cuchillo dirigido hacia adelante.

—¡Capitán! ¡Mis últimas palabras!

James sonrió.

—¡Maldita sea, capitán! Un condenado a muerte siempre tiene derecho a decir las últimas palabras.

La idea pareció divertir al capitán. Se detuvo, sin dejar de sonreír.

—Claro —dijo—. Anda, di tus últimas palabras.

—No emplearé mucho tiempo —repuso Dennison, reflexionando febrilmente.

La verdad, ahora toda la verdad. Sólo la verdad podía salvarlo.

—Capitán, he intentado asesinarle con todos los medios que tenía a mi disposición.

James asintió.

—Al principio, quise matarlo para apoderarme de su barco y de los dos mil seiscientos dólares que vi en su cartera. ¡Espere, déjeme acabar! ¡Me lo ha prometido!

—Espabila.

—Estoy tratando de hacerlo. De todos modos mi idea era esa. Pero ahora me doy cuenta de que no quería ni el barco ni el dinero.

En realidad... naturalmente, me habría apoderado de todo si hubiese podido. Pero sólo quería matarle, capitán James. Quería matarle para demostrarme a mí mismo que era capaz de hacerlo. Y porque usted quería que lo intentase.

—¿El qué? —preguntó James.

—¡No lo niegue! —replicó Dennison—. Claro que usted quería que yo lo intentase. Es usted un hombre acostumbrado a las aventuras, necesita el sabor de la muerte, como un alcoholizado necesita la botella. ¿Por qué usted acaba siempre en medio del peligro, capitán? ¿Lo busca usted, o lo provoca?

—Te estás demorando.

—Porque estoy nervioso —dijo Dennison—. Piense en lo que me contó: la plantación de caucho de Kuala Riba. Capitán, usted, consciente o inconscientemente, empujó a los culis a la rebeldía. Piense en ello, capitán. Podía elegir entre tres hombres dispuestos a embarcarse con usted. No quiso aceptar al negro porque sabía que no se rebelaría. Y el pobre viejo borracho de Billy Bilder no le ofrecería nunca la ocasión de lucha. Luego me vio a mí, y comprendió que podría impulsarme a atacarle. Era un excelente material tosco para sacar de él una aventura. Por esto dejó la cartera a la vista y...

—Hablas como un loco —repuso James—. Pero te advierto que fingirte loco no va a servirte de nada.

—No hablo como un loco —replicó Dennison—. Acaso ni siquiera se dé usted cuenta de los motivos que le impulsaron a elegirme a mí, capitán. Pero no puede usted ignorarlo totalmente. ¿Por qué me impulsó usted a que lo matara? Lo hizo para tener ocasión de otra aventura, otra victoria sobre la carne humana. Ha obligado a rebelarse al marinero traidor. Completamente, absolutamente justificado ante el mundo y ante usted mismo.

—Así es —dijo James.

—Y, en cambio, no es precisamente así —gritó Dennison—. ¡Mírese, James! ¡Y míreme a mí! ¿He de ser precisamente otra de sus víctimas? Soy un traidor y un miserable, lo sé; pero deseo desesperadamente, con todas mis fuerzas, ser leal y animoso. Podría ser un amigo fiel, capitán. Podría incluso ser valiente, si se me guiara bien.

—Has intentado matarme —dijo James, y avanzó hacia popa.

—¡Dios mío, es usted un estúpido! —gimió Dennison—. Por tanto, ¿éste ha de ser mi destino? Capitán James, he intentado cambiarme a mí mismo. Intente ahora cambiarse usted. Usted ha proyectado minuciosamente esta tentativa de asesinato sabiendo muy bien que yo nunca podría matarle, como nunca habrían podido matarle aquellos culis. Y ahora me matará porque su derecho y su

privilegio es matarme. ¡Espere! ¿He de morir porque no sé asesinar? Piense en los millones de criminales que se han escapado de la justicia. ¿Quién los castiga? ¿Dios? Entonces deje que Dios me castigue. ¡No lo haga usted mismo, capitán! ¡Déjeme quedarme con usted, déjeme que trabaje para usted! ¿No podríamos cambiar esta estúpida fábula del delito y del castigo? ¿No podemos? Estoy dispuesto, capitán. Pero ¿y usted? ¿Puede cambiar? ¿O ha de llegar hasta el final? ¿Ha de acabar a toda costa lo que usted ha comenzado, debe llevar a cabo ese delito legal tramado desde el primer momento? ¿No puede cambiar, capitán? ¿De veras no puede?

James lo miró. Dennison esperó, preguntándose si algo de lo que había dicho había producido efecto. El capitán estaba ante él, vigoroso y paciente, impasible e impenetrable: hombre que se había impuesto perder la autoconciencia, convertirse todo de una pieza, mente y cuerpo fundidos, en una piedra. ¿Era todavía un hombre? ¿Qué haría James?

Un gin sienta muy bien. Gracias, señores. Sí, en mis tiempos estuve en muchos lugares extraños, y he visto también muchas extrañas cosas. Estuve en Corea, cuando los rojos cayeron sobre nosotros como un derrumbamiento. Descubrí el amor en Shanghai. Vi muchas cosas extrañas en las Tuamoto, en Calcuta, en Borneo. Creo haber recorrido el mundo como pocos.

Pero lo más extraño me sucedió hace algunos años. Navegaba a bordo de un velero, que iba de St. Thomas a Nueva York.

Pero a Nueva York no llegamos jamás.

Me sucedió una historia muy rara. Pero es auténtica. ¿Qué me sucedió? Estábamos a mitad de camino entre St. Thomas y las Bermudas, justamente en plenas Latitudes del Caballo, cuando mi capitán me arrojó al mar.

Ríanse. Pero es cierto. Cuando se navega se encuentran tipos muy raros. El hombre con quien me hice a la mar y cuyo nombre no diré, estaba loco. Maníaco homicida. Había matado en la India, había matado en Malaca, había matado en Java. Se alimentaba de la muerte, como un buitre. Tengo motivos para creer que trató de evitarlo. Pero dos hombres solos, en medio del océano desierto, sin testigos, sin pruebas... La tentación era demasiado fuerte para él. Me arrojó al mar y comenzó a montar la guardia en el puente empuñando un garfio, y el barco estaba inmovilizado en medio de un mar liso como un cristal.

Sí, un poco más, gracias. ¿Que cómo estoy vivo? Bueno, en una situación como aquella no se puede perder la cabeza. Lo primero que hice fue atar las palas de la hélice plegable. Para que no pudiese

poner en marcha el motor y largarse. Luego me di cuenta de que podía permanecer agarrado bajo la proa, asiéndome a un cabo y al barbiquejo del bauprés. Y él no podía alcanzarme porque el barco tenía los costados curvos.

Él no podía alcanzarme, pero yo no podía subir a bordo. Él estaba en el puente, de guardia, dispuesto a apuñalarme si comparecía. Había atado un cuchillo al extremo del garfio y lo había convertido en una arma asesina.

¿Qué hice? Pensé. Examiné atentamente la situación. Sabía que no podía permitirme hacer un falso movimiento. Calculé que el momento mejor para subir a bordo sería durante la noche, cuando ya se hubiese puesto la luna. Esto significaba esperar casi quince horas. Mal asunto estar tanto tiempo en el agua. Pero sabía que para él era incluso peor.

Pues claro. Piénsenlo. Me daba cuenta de que aquel pobre loco caminaba de un lado a otro refunfuñando. ¡Dios sabe lo que estaría pensando! El sol le daba en la cabeza; no tenía una camisa gruesa encima y no se atrevía a bajar para ponerse una. Sólo podía permanecer sentado en el techo de la cabina, esperando que yo hiciera el primer movimiento.

Durante la noche lo oí temblar, caminaba de un lado para otro, hablando solo. Pasó cerca un mercante, pero no nos vio. Aquel pobre loco seguía paseándose por el puente, hablando solo, poseído por las alucinaciones. Probablemente yo hubiese podido subir a bordo con toda tranquilidad. Pero cuando concibo un plan me gusta llevarlo a término.

Gracias. A la salud de ustedes.

Todo ocurrió de acuerdo con mis planes. Subí a bordo una hora después de haberse puesto la luna, cuando calculé que su resistencia se había reducido al mínimo. Si hubiese dudado aún, se habría reanimado a la idea del alba inminente. Pero en aquel momento, el pobre había llegado al final de su resistencia. Trató de acuchillarme, claro está, pero estaba demasiado trastornado. La permanencia en el agua me había privado casi completamente de mis fuerzas, pero conseguí hacer acopio de suficiente energía para darle un puñetazo en la mandíbula. Se desplomó como un saco.

¿Y luego? Lo até y puse rumbo hacia la costa más próxima. Bermudas. Bajé a tierra y lo conté todo a las autoridades. El capitán estaba ya completamente loco. ¡Seguía gritando que yo había intentado asesinarlo!

Pero nadie lo creyó. Se comprendía en seguida que estaba loco. Si yo hubiese querido matarlo, ¿por qué no lo había hecho, en lugar de llevarlo a las Bermudas? Si hubiese tenido algún proyecto criminal,

¿por qué no lo había arrojado al mar y me había largado con el barco y el dinero que había a bordo?

Luego resultó que tenía una hermana en los Estados Unidos. Me dio las gracias por haberlo salvado, pero no me dio un céntimo de mi paga. En cuanto al capitán, la última vez que lo vi, estaba en un manicomio de Maryland. ¡Pobre diablo!

Por lo que se refiere a lo que estoy haciendo aquí, en las Fiji, es otra cuestión. Gracias, pero tengo bastante. Otro día les contaré cómo...

17

El cuchillo, empujado por James con toda la fuerza que le quedaba, se clavó en el vientre de Dennison, y lo abrió hacia arriba hasta llegar a las costillas. Cuando la hoja lo hirió, Dennison dio una cuchillada a su vez apuntando a la garganta del capitán.

Pero falló el golpe. La hoja resbaló sobre el pecho de James, hirió su brazo derecho y se clavó en él hasta el hueso. El capitán lanzó un gruñido y retrocedió. Se llevó la mano al brazo, tratando de detener la sangre que brotaba de él.

Dennison cayó sobre el puente. Era raro que aquella cuchillada en pleno vientre no le doliera. ¡No dolía! Si lo hubiese sabido antes, se habría mostrado más animoso. Durante un instante creyó descubrir en oriente las primeras luces del alba.

Sus ojos comenzaron a velarse, pero pudo ver al capitán James que recogía un trozo de tela y se ataba el brazo entre la herida y el hombro. Apretando los dientes, James estrechó el nudo; la sangre dejó de fluir.

Bien hecho, capitán James, pensó Dennison. Tu inmensa estupidez nos ha obligado a terminar la partida en tablas. Un final perfecto, maravilloso, inevitable, un final que podría satisfacer al hombre más virtuoso del mundo. Has matado al traidor Dennison, lo has matado y la justicia está de tu parte.

¡Y estás herido, capitán! Es una herida que no me gusta. Ahora no podrás usar ese brazo, tu buen brazo derecho. Y esto hace todavía más fascinante la aventura. Porque ahora, cuando hayas precipitado al mar mi cadáver, te encontrarás con que tienes que gobernar tú solo el barco, una tarea casi imposible ahora que estás herido y tienes un brazo inservible.

Muchos otros hombres no saldrían de ésta, capitán. Tu herida, infectándose lentamente bajo el sol, te quitará fuerzas y ánimos. Y pasarán los días, los lentos días de estas latitudes. Luego, en un momento u otro, un buque de paso encontrará al Canopus llevando a

bordo al capitán muerto, con los ojos muy abiertos y agarrado al timón.

Esto es lo que ocurrirá. Pero no creo que te suceda a ti, capitán. Ruego que sea así, pero no lo creo. Resuelto, apretando los labios, conducirás tu buque a través de los huracanes y bonanzas, con sólo un brazo, gravemente herido, y llegarás al puerto que hayas elegido, con los ojos vidriosos y el rostro exangüe, pero todavía erguido y vivo junto al timón. Y contarás esta historia a los demás capitanes, a tus iguales, cuando te encuentres con ellos en los puertos del mundo. Y ellos inclinarán la cabeza y dirán que hiciste bien.

Pero espero que no. Espero que mueras aquí, en el mar, en la más sombría desolación. Si yo he de morir, espero que tú también mueras. Ruego a Dios que te haga morir, y que por una vez no se haga justicia. Ruego...

FIN